

traversales

nº 28, febrero 2013, año VIII. ISSN: 1886-1083
serie histórica: nº 105-año XXV. 8 euros

Jimmy Santiago Baca / Marisol Sánchez Gómez
Ángel Rebollar, Avelino Abilheira

Poesía

Mar Noguerol, Ángel Cameselle, Jesús Jaén

La marea blanca. La Sanidad se defiende

José Luis Carretero, Beatriz Gimeno

José Luis Redondo, José M. Roca

¿En transición...?

Almudena García Mayordomo

Marea verde. Educación pública

Victor Martí

Un techo es un derecho

Toñi Ortega

Mujeres en movimiento

Despina Lalaki

La crisis griega

Paul Bowman

La clase, hoy

Sí se puede



Delawer Omar (c)
Feministe revolution, 2009
[facebook.es/Delawer.Art](https://www.facebook.com/Delawer.Art)

Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Siria

Para Siria no hay otra solución que el derrocamiento del sistema y la victoria de la revolución popular

El discurso del tirano Bashar al-Assad el pasado 6 de enero confirma que todas sus promesas son vacías y se burlan de los considerables sacrificios hechos por nuestro pueblo en rebelión, por sus mártires, por los heridos y prisioneros, por las personas desplazadas, por los habitantes de los barrios y localidades destruidas, todo eso simplemente porque nuestras gentes han salido a pedir justicia, libertad, dignidad e igualdad social.

Una vez más hemos visto al jefe del régimen dictatorial hablando de conspiraciones en su contra, descalificando descaradamente como terrorista a la lucha de nuestro pueblo por la libertad, declarando su voluntad de continuar con su guerra contra el pueblo, lo que significa más muertes y más destrucción.

El régimen dictatorial, con sus falsas y desleales promesas y con sus amenazas de intensificar la guerra contra la multitud en rebelión, se propone inhibir el apogeo de la gran revolución popular, desviarla de su camino o paralizarla. Pero cada día comprobamos que esta revolución, iniciada por el pueblo encolerizado en Deera el 18 de marzo de 2011, exigiendo la libertad, la dignidad y el derrocamiento del régimen, esta revolución que ha pasado de la lucha pacífica a tomar las

armas en su propia autodefensa, sigue el camino que la lleva hacia sus objetivos, pese al mar de sangre y dolor creado por el régimen. Y es así también pese a la debilidad y la hipocresía de los gobiernos, de las organizaciones regionales e internacionales, tanto los aliados con el sistema como los que afirman su “amistad” con el pueblo sirio. Todos estos Estados comparten el deseo de que todo cambio se produzca dentro del propio sistema y comparten el miedo a la naturaleza social de la revolución popular en nuestro país y a su impacto en toda la región.

Frente a estos obstáculos, las masas rebeldes han creado organismos autónomos e iniciado procesos de autogestión, dando continuidad a la revolución para derribar a una de las dictaduras más duras y sangrientas de la historia.

Desde la corriente de izquierda revolucionaria en Siria rechazamos todo lo que venga de un régimen capitalista dictatorial y tiránico, y hacemos un llamamiento a nuestro gran pueblo para seguir adelante con nuestra revolución popular para derrotar toda tiranía y toda explotación, haciendo caer un régimen sanguinario y estableciendo un Estado democrático y civil pluralista, basado sobre la igualdad y la justicia social.



Delawer Omar (c)
The Last Farewell, 2013
facebook.es/Delawer.Art

Toda la riqueza y el poder para el pueblo.

Damasco, 7 de enero de 2013

LO QUE HAY...

EDITORIAL. **La sociedad en movimiento, sí se puede**, 3-4

ESPACIOS I. **Construir: tarea para hoy**, José Luis Carretero, 5-7. **Misión histórica de una losa de granito**, José M. Roca, 9-13. **La realidad se coló en el Congreso**, Beatriz Gimeno, 15-16. **Conjeturas sobre una guerra social en curso**, Luis M. Sáenz, 17-22.

TRAVESÍA *Mareas sociales, sí se puede*. **De la crisis y nuestra salud hacen negocio**, Mar Noguerol, 23-27. **La privatización de la Sanidad es un mal negocio... para los ciudadanos**, Ángel Cameselle, 29-30. **Algunas reflexiones sobre la lucha en la Sanidad**, Jesús Jaén, 31-35. **La lucha contra los desahucios y la vivienda como derecho**, Víctor Martí, 37-43. **La marea verde**, Almudena García Mayordomo, 45-46. **Las mujeres en movimiento**, Toñi Ortega, 47-48.

ESPACIOS II. **¿Hay salida de la crisis sin crecimiento?**, José Luis Redondo, 49-51. **Repensando la clase: de la recomposición al contrapoder**, Paul Bowman, 53-73.

SEÑAS I. Poesía, Avelino Abilheira, 74.

ESPACIOS III. **Grecia en crisis**, Doug Greene Enaa hablando con Despina Lalaki, 75-81

SEÑAS. Poesía, Ángel Rebollar, 82-83. Poesía, Jimmy Santiago Baca / Marisol Sánchez Gómez (trad.), 84. **El nuevo continente negro**, Lois Valsa. 85-87.

GRAFISMOS. En tapas, obras de **Delawer Omar** (Kurdistán Occidental, 1986). En el interior, algunas reproducciones de obras de **Anna Rosalie Boch** (1848-1936), modificadas a B/N por Trasversales.

LA REDACCIÓN

Ángel Barón, Pedro A. Bueno, Francisco Carvajal, Miquel Coll, Margarita Díaz, Manuela Fernández, Almudena G^a Mayordomo, Beatriz Gimeno, Aquilino Ginory, Jesús Jaén, Ramón Linaza, Luis Martín, Teresa Martínez, Pilar Membrillera, Enrique del Olmo, Toñi Ortega, Celia Pérez, Manuel Pozuelo, Freddy Quezada, José L. Redondo, Fernando Ruiz, José M. Roca, Ángel Rodríguez Kauth, Miguel A. Rodríguez Lorite, Luis M. Sáenz, Belén Saiz, Juan Manuel Vera.

LOGO: Ana Muiña y Agustín Villalba. ΜΑΥΕΤΑ: Akilino & Armando

CORRIQE: Marga

ΠΡΟΠΙΕΔΑΔ √ ΕΔΙCΙΟΝ: Asociación TRASVERSALES

<http://www.trasversales.net> - trasversales@trasversales.net - ap. 6088, 28080

ΙΜΠΡΙΜΕ: Torculo Artes Graficas, S.A.

ΔΕΠΟCΙΤΟ ΛΕΓΑΛ: C-2456-05. ISSN: 1886-1083

CΥCΡΙΠCΙΟΝΕC: ver páginas 88

La opinión colectiva de Trasversales se expresa sólo en textos editoriales. Se autoriza el uso de aquellos materiales de cuyos derechos dispongamos, lo que confirmaremos tras aviso previo.

consejo internacional de apoyo

La pertenencia a este Consejo no implica compromiso con la labor editorial, la línea general o el contenido y criterios de selección de los artículos publicados. Muchos de sus miembros lo eran ya durante la primera etapa de la publicación (1989-2005).

Pilar Miró (1940-1997)	Cristina Almeida	Veronique Kleck
José A. Valente (1929-2000)	Vicent Alvarez	Raúl Kollman
Eugenio Royo (1931-2001)	Ana Belén	Tamas Krausz
José M. de la Parra (1952-2001)	Fernando Ariel del Val	Bernard Langlois
Laurent Schwartz (1915-2002)	Alejandro Arizkun	José Manzanares
Ignacio Iglesias (1912-2005)	Enrique Baquedano	Bill Marshall
Pierre Broué (1926-2005)	Aaron Barnea	Rosa Martínez
Joel James Figarola (1942-2006)	Rui Bebiano	José Enrique Martínez
Jesús Cos Causse (1945-2007)	José M. Benítez de Lugo	Jean-Luc Mélenchon
Leopoldo Alas (1962-2008)	Jacobo Bermejo	José M ^a Mendiluce
Phyllis Jacobson (1922-2010)	Alain Caillé	Vicente Molina Foix
Wilebaldo Solano (1916-2010)	David Casacuberta	Juan Moreno
Jean-René Chauvin (1919-2011)	Antoni Castells Durán	Maurice Nadeau
Alex Falconer (1940-2012)	Carmen Castro	Manuel Núñez Encabo
Francisco Fernández Buey (1943-2012)	Marisa Castro	Awilda Palau
Isidro Guardia Abella (1921-2012)	Reinaldo Cedeño	Rosana Pastor
	Linda de Sousa	María Pazos
	Luis Antonio de Villena	Luis Alejandro Pedraza
	Elías Díaz	Pedro Pérez Ramírez
	Javier Doz	Miguel Serras Pereira
	Javier Esteinou	Gilles Perrault
	Rafael Estrella	Gonzalo Puente Ojea
	Sam Farber	Ángel Requena
	Rafael Feito	Laura Restrepo
	Benjamín Forcano	Christian Retamal
	Vasco Franco	Manuel de la Rocha
	Antonio Gala	Peter Rossman
	Dan Gallin	Fanny Rubio
	Vicent Garcés	Antonio Ruiz
	Pere Gimferrer	Pedro Sabando
	José A. Gómez Yáñez	Robinson Salazar
	Carlos Gómez Gil	Víctor Manuel San José
	Juan González Díaz	Carlos Sánchez
	Enrique González Macho	Marisol Sánchez Gómez
	Jordi Gordon	Mariano Sánchez Soler
	Ramón Górriz	José M. Sánchez Zegarra
	Juan Goytisolo	Andrés Sorel
	Isabel Gutiérrez Arija	Carlos Téllez
	Esteban Ibarra	Anne Vernet
	Jesús Jaén	Isabel Vilallonga
	Miguel de Julián	Immanuel Wallerstein
	Boris Kagarlitsky	
	Adam Keller	

La sociedad en movimiento: sí se puede

Hemos hablado de lo que *ellos* nos están haciendo. Dediquemos algún tiempo a pensar en lo que estamos haciendo y en cómo nos estamos *rehaciendo*.

Fuerzas sistémicas poderosas están decididas a empobrecernos y disciplinarnos. La precariedad es el horizonte colectivo que nos proponen. No está descartado que nos hundan en la miseria. Y, sin embargo, late un pulso que se opone a esa tendencia. No es una ilusión, es el poder activo de la gente. No está descartado que hagamos fracasar la estrategia de las élites políticas y económicas del capitalismo.

Que hay *resistencia social* no es una hipótesis, es un hecho. Lo que sí es una hipótesis, a contrastar con otras, es la idea de que el ciclo de luchas sociales iniciado en mayo de 2011 no es la traca final de un movimiento social que se agota, sino expresión de un emergente movimiento social diverso y transversal y de un proceso de transformación del imaginario social.

Ha surgido un nuevo *activismo social*. Cientos de miles de personas con escasa o nula experiencia en protestas sociales participan ahora activamente en movilizaciones de diverso contenido pero enfrentadas todas ellas a las medidas tomadas por el Gobierno o por grandes empresas. La primera gran oleada de ese activismo estuvo vinculada al espíritu del 15M, en un contexto transnacional marcado por las rebeliones del mundo “árabe”, pero el fenómeno impregnó a población con otras características culturales, generacionales y sociales, incluyendo, sobre todo a partir de mediados de 2012, a muchas personas que antes simpatizaban o al menos habían votado al Partido Popular.

Hay una marcada *politicización social*. En todos los espacios de encuentro la cosa pública es *la conversación*. Desde hace mucho tiempo no había tantas personas pensando por sí mismas tan políticamente.

Se está constituyendo una amplia alianza social. Poco a poco se impone el sentimiento de que hay que sumar fuerzas y darse ayuda mutua. Esta tendencia se expresa en acciones comunes y en la simpatía y comprensión entre quienes hasta hace poco tiempo se ignoraban. Surge una nueva conciencia de cercanía social en la común precariedad y se tiende hacia una polarización entre “arriba” y “abajo”. Las luchas sociales tienen ahora, en grados diversos, una fuerte componente de *autonomía, horizontalidad y participación*, cuestionando la división entre “dirigentes” y “dirigidos”. Una multitud activa, creativa, que genera modos multipolares de coordinación y de iniciativa social, desborda a todas las organizaciones estables ya existentes, sin prescindir de ellas pues también nos son necesarias. Así, por ejemplo, la marea blanca ha inventado su propia *gobernanza*, compleja y flexible, articulando la iniciativa individual con las asambleas, los encierros, plataformas, coordinadoras, asociaciones, sindicatos, colectivos profesionales, etc. Las luchas sociales con estas características tienen un valor añadido a sus efectos inmediatos: transforman de forma duradera a quienes participan en ellas.

Nuestra sociedad está convulsionada por una *mutación de la mentalidad social*, causa y consecuencia de las transformaciones ya citadas. La lucha contra los desahucios y por el derecho a techo ha ganado ya la simpatía de más o menos el 90%

de la población. El vínculo social con el sistema público de salud está cambiando, ya que lo que antes era visto como un servicio *dado* por el Estado ahora tiende a verse como algo *nuestro*, potencialmente común más que estatal, algo que hemos construido colectivamente y que ahora nos quieren arrebatar.

La comprensión de lo positivo que tiene esta autotransformación no debe llevarnos al triunfalismo. Nuestras luchas son luchas de resistencia, que parten de la defensa de aquello que quieren quitarnos. Pero si resistimos no nos hemos rendido, y mientras nos defendemos vamos adquiriendo y compartiendo también una visión más crítica de este tipo de sociedad. Es cierto que pueden derrotarnos de forma duradera y echar por tierra gran parte de lo que estamos construyendo. Pero no está determinado que así ocurra. Nuestra determinación colectiva puede impedirlo. *Sí, se puede*, como prueban primeros logros, tales como la paralización del euro por receta en Cataluña y Madrid o del cierre de algunas urgencias en Castilla La Mancha, o la tramitación de la ILP por el derecho a la vivienda tras reunir 1,4 millones de firmas. Por eso, porque se puede, son tan valiosas las propensiones positivas del movimiento social. Hay que cuidarlas y fomentarlas como “oro en paño”, sin ignorar limitaciones, riesgos, vacíos políticos e insuficiencias, pero sin minusvalorar lo mucho que significan y sin ponerlas en peligro con sectarismos, conservadurismos, aventurerismos, intereses particulares o dogmatismos.

No es cierto que “como tienen mayoría absoluta parlamentaria les dan igual nuestras luchas y protestas”. Nuestras luchas y protestas no les son indiferentes. Por eso están articulando reformas legislativas autoritarias. La movilización y los cambios en el imaginario social han llevado al desprestigio del conjunto de las instituciones controladas por las élites políticas y económicas, a una *crisis de régimen* de hecho. Han llevado también a una sana y necesaria ruptura de los vínculos de confianza de las y los de “abajo” hacia los de “arriba”.

En las últimas décadas ningún gobierno ha sido deslegitimado en tan poco tiempo como el presidido por Rajoy, pese a que antes, pero en un plazo más largo, también terminó incinerado el de Zapatero, y pese a que en el ámbito institucional aún no hay una efectiva oposición política. Los mecanismos de hegemonía política y cultural se desmoronan, por lo que las élites del capitalismo profundizan los rasgos autoritarios y antidemocráticos de las oligarquías parlamentarias mientras que debilitan los que protegen libertades y derechos. Saben que *el proceso constituyente social que se ha puesto en marcha se orienta hacia un proceso destituyente político*, pese a la ausencia de referentes “sustitutivos”. La confrontación abiertamente política es inevitable y de hecho ya está en marcha. Al desafiar sus políticas y desobedecer sus órdenes hemos empezado a desafiar su poder.

Las condiciones en que se produzca la confrontación en ciernes nos serán tanto más favorables cuanto más hayamos sabido darle una *dimensión europea y transnacional* y cuanto más entendamos que no estamos luchando sólo contra una banda de estafadores sino contra un *sistema de dominación social* basado en la apropiación privativa de la riqueza y del poder por una pequeña minoría. Quienes así lo pensamos debemos decirlo y explicarlo, sin que, claro está, esa opinión sea precondition de la alianza social y la unidad de acción, basadas en lo que nos une.

José Luis Carretero Miramar

Construir: tarea para hoy

José Luis Carretero es profesor de Formación y Orientación Laboral. Miembro del Instituto de Ciencias Económicas y de la Autogestión y de Solidaridad Obrera

<http://joseluiscarreteromiramar.blogspot.com/>

Desde la sorprendente primavera del año 2011, la fisonomía de los movimientos sociales en el Estado Español ha mutado de manera radical. La irrupción del 15-M abrió el cauce a un torrente de creatividad popular que experimentó en las calles con el asambleísmo, la protesta masiva y la generación de discurso colectivo.

Los que conocimos la izquierda antagonista pre-indignada sabemos la magnitud de los cambios introducidos por la emergencia de las Plazas. Las Mareas de lo público, las últimas huelgas generales, todo ello no habría sido lo mismo ni hubiera alcanzado la dimensión masiva de que se precia sin esa previa recomposición dinamizadora de las energías antagonistas.

En el haber de todo ello está una nueva tolerancia, enormemente positiva (aunque, desgraciadamente, aún en cuestión en muchos sitios), a la pluralidad, a las tentativas heréticas e innovadoras en lo organizativo y en lo ideológico; una fundamentación absolutamente asamblearia; y una recomposición del tejido social afirmada, sobre todo, en los barrios con más tradición vecinal y combativa.

Sin embargo, el tiempo pasa, y se engañan quienes creen que la dinámica de la realidad se somete a los designios de la estabilidad o del atesoramiento de lo ganado, al simple cultivo y adorno de lo ya edificado. La realidad es móvil y contingente, flexible y recombinante, y la tentación de repetir ad infinitum la “pose 15-M”, reconvirtiéndola en un nuevo mantra (otro discurso que busca la hegemonía en la protesta) no nos va a llevar a conseguir lo que auténticamente queremos: hacer crecer la indignación, hacer crujir el dispositivo institucional y cultural de un poder que amenaza con engullir la totalidad de nuestros medios de vida.

Lo que no avanza, acaba retrocediendo. Tengámoslo presente.

Si el 15-M afirmó un nuevo dinamismo y una nueva frecuencia de contaminación mutua, es eso precisamente lo que hay que subrayar en el momento actual, no congelar el gesto tratando de reiterar la fotografía titular del indignado mediático y virtual.

Se trata de crear, de proliferar, de contaminar, de alcanzar una nueva extensión, pero también una nueva densidad.

Por eso, aun conociendo de sobra la angostura, las limitaciones y el sectarismo de lo que precede a esta hora, algunos apostamos también, junto a la masificación y regeneración de la protesta, por la organización. Concretemos algún aspecto. No se trata de “llevar a la gente a las Iglesias”, como afirman Negri y Hardt, sino de reforzar los lazos mutuos, garantizar la efectividad de las acciones, la productividad de las prácticas. Construir densidad social pasa también por tejer los nudos de las redes y, para garantizar la esencia democrática de lo levantado, hacer explícitos y públicos sus mecanismos de toma de decisiones.

Es verdad que la pesada carga del pasado más o menos inmediato incapacita a la mayor parte de las estructuras preexistentes, atravesadas por un dogmatismo cainita y una inercia plomiza, para articular la nueva abundancia. Sus tradiciones mal digeridas tienden fuertemente al autosabotaje y la vendetta interna, así como a la competición primaria y sin sentido. Eso implica que en esto, como en todo, el nuevo movimiento debe abrir nuevas vías e instituir nuevas prácticas, recuperando lo recuperable, apoyándose en lo que sigue razonablemente sano, pero generando experiencias de nuevo cuño capaces de hacer confluír la sinergia de las protestas en espacios y apuestas concretas.

Para eso, obviamente, cada cual ha de elegir su espacio y su familia, y estrechar las manos que desee; pero lo cierto es que el movimiento ha de insertarse en los centros de trabajo, en los lugares de estudio, en los espacios de reunión de los parados (aún por construir), en todas partes. Y discutir, en esos contextos, la hegemonía con el discurso y práctica oficial.

No se trata tan sólo de ser simpáticos, ocurrentes, creativos, muy cognitivos (aunque eso también tenga su valor) o, en otro registro, puros, moralmente intachables, absolutamente coherentes con la inercia, elitistas de la propia secta. Hay que ser capaces de construir alternativas de vida y aparatos de confrontación eficientes.

En ese camino, la deriva institucional y electoral puede, quizás, jugar un papel, pero no puede convertirse en el principal campo magnético de nuestro pensamiento y acción. No se trata de saber si IU, si Partido X, si municipalismo o si abstención. No se trata de copiar Syriza y nada más, ser indignados simpáticos que se transforman en políticos honestos. Se trata de ir mucho más allá, de levantar una auténtica alianza social de la mayoría, de construir contrapoder popular, de hacer a las multitudes capaces de ser dueñas de su propio destino, lo cual implica mucho más que introducir su voto en una urna cada cuatro años, o que repetir sin faltas y con pose de crédula convicción una doctrina muy supuestamente radical.

El contrapoder puede, a lo mejor, tener expresión electoral. Puede, también, ser “difuso”. Pero necesita instituirse y reforzarse, generar músculo y espacios concretos, experiencias validadas, estructuras de colaboración con nombre y apellidos, quizás incluso siglas, pero tremendamente abiertas y plurales, a-dogmáticas y creativas.

Internet no lo puede todo, y hacen falta también nudos en lo real: donde ir en el barrio, con quien contactar en el centro de trabajo, cómo saber qué hacer si te despiden por hacer una huelga, con quién hablar cuando se está en el paro.

Si no generamos esa dimensión de densidad (no sólo hace falta conectar a la gente, también instalar conectores colectivos sin necesidad de demasiadas genuflexiones ideológicas) tarde o temprano la indignación volverá con la cabeza gacha al redil de la izquierda institucional del régimen que, ella sí, está organizada pese a su estupor actual. Y, además, en ese instante lo más probable es que la misma energía y enfado desatados y hechos fructificar el 15-M pasen a alimentar otras formas de buscar salidas a la actual encrucijada que, perfectamente organizadas, apuesten por el egoísmo y el odio al diferente. La gente necesita soluciones, y para construirlas hace falta

una nueva narrativa y una nueva estética de lo común y de la cooperación, sí, pero también una fuerza social organizada y capaz de parar y devolver los golpes.

Quienes afirman que el “modelo internet” anuncia una forma para-organizativa ayuna de más estructura que la cognitiva, abandonan la visión materialista de la infraestructura física de servidores y centrales de distribución eléctrica imprescindibles para que la red de redes pueda desplegarse.

Hay que dar la “batalla de las ideas”, que implica también una transformación general del escenario cultural e ideológico de nuestra sociedad. Y, al tiempo, hay que construir las máquinas y los espacios democráticos capaces de convertir toda esa energía en un contrapoder efectivo, que discuta en la misma textura de la realidad cuál es el status quo.

La nueva contaminación mutua de nuestros medios impone una apuesta por la complejidad, por la difícil y siempre precaria y reversible articulación de realidades diferentes y heterogéneas que han de conformar una alianza explícita y multicolor, pero al tiempo capaz de golpear conjuntamente y en todos los planos. La complejidad, pues, en este escenario, no se soluciona sólo con la relectura de las magnas obras de los tiempos pretéritos y con el levantamiento de nuevas Iglesias, pero tampoco se podrá encarar con la pura espontaneidad y el fácil recurso a que “la gente ya sabrá lo que necesita y lo hará entonces”. Nosotros también somos gente (¿o no?) y estamos viendo la necesidad ahora.

Complejidad, tolerancia, discusión fraterna, densidad social, efectividad: la construcción del contrapoder efectivo y operante de la alianza de la mayoría necesita todos esos ingredientes.

Seamos creativos: construyamos una red innovadora, democrática, organizada, fluida y heterogénea. Pero también real.



Anna Boch (1848-1936), "Femme lisant dans un massif de Rhododendrons".
Obra en color, modificada a B/N por Trasversales. En dominio público.

José M. Roca

Misión histórica de una losa de granito

José M. Roca es miembro del consejo editorial de Trasversales.

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas pesa como una losa sobre el cerebro de los vivos.

Marx: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*

El valor heurístico de un adoquín

Durante un tiempo, la pesada losa de piedra berroqueña que sella la tumba de Franco sirvió de metáfora para explicar el éxito del cambio político acometido en España después de su muerte.

La lápida de granito pulido, de tonelada y media de peso, que cubre el sepulcro del dictador en la basílica de Cuelgamuros, se convirtió en la imagen que mejor mostraba el final de una dictadura de cuarenta años. El colosal adoquín arrancado de la sierra madrileña, que guardaba el cuerpo del tirano, sepultaba para siempre su sueño de gobernar después de morir. Su deseo de asegurar el porvenir de la dictadura, expresado en la frase “atado y bien atado”, parecía refutado por el peso del pedrusco. Su voluntad quedaba debajo, y su régimen, caído y bien caído, soterrado en el valle del mismo nombre. Pero el vigor explicativo de esta imagen ocultaba lo engañoso del mensaje que intentaba difundir, pues alimentaba la equivocada impresión de que una vez enterrado Franco, quedaba enterrado el *franquismo*, y que, por tanto, quedaba despejado el camino para instaurar un régimen parlamentario homologable con los del entorno europeo, proceso conocido como transición a la democracia, transición democrática o simplemente como *la Transición*, tema que he abordado antes en diversos artículos publicados en Trasversales, como “La transición inconclusa” (nº 5, invierno 2006), “Memoria histórica y cálculo político” (nº 18, primavera 2010) y “Érase un país desorientado” (nº 27, octubre 2012).

No obstante, la fuerza de la mezcla de cuarzo, feldespato y mica, útil para taponar los pestilentes efluvios de un cuerpo mal-trecho que ya se descomponía en vida y mostrar el boato de la última morada del dictador en el Valle de los Caídos, no era la metáfora adecuada para aludir a la consistencia democrática de la restaurada monarquía, pues el nuevo régimen, erigido en teoría sobre lecho de piedra, ofrecía una base democráticamente feble. Pero durante mucho tiempo una parte importante de la población española creyó en esta metáfora, y desde luego la mayor parte de la clase política, que, si no la creyó, al menos fingió creerla y no escatimó esfuerzos para hacer creer que hubo ruptura, si bien acordada, con el régimen franquista, y que la suprema expresión legal de la ruptura era la Constitución. Interpretación que ha dado lugar al relato hegemónico sobre la Transición.

Este relato, en el que se obvian las agudas tensiones sociales y las víctimas (más de 500 muertos) y en el que se reparten halagos para todo el mundo, afirma en síntesis que el cambio de régimen desde la dictadura hasta la monarquía parlamentaria fue un proceso en sí mismo democrático, *transición democrática*, cuya realización fue posible por la madurez cívica de que hizo gala el pueblo español, porque fue conducido de manera serena por una clase política responsable -tanto la élite procedente del franquismo como la surgida de la oposición-, por el respeto mostrado por los llamados poderes fácticos, en particular por el Ejército, y por la intervención de la Iglesia católica en favor de la reconciliación entre españoles; por haber sido impulsado por un noble motor, la Corona, y patroneado hasta buen puerto por un excelente timonel, el Rey.

La Constitución elaborada por consenso es el remate de la Transición y el consenso es el epítome del acuerdo, de manera que en el idealizado relato, hay dos elementos que se han aireado hasta el cansancio: la lealtad a la Constitución y la fidelidad al espíritu de consenso.

El consenso se suele elogiar como disposición a negociar, como el generoso talante para acordar renunciando a parte de las propias posiciones y también como lo acordado, lo verificable en textos y disposiciones políticas, pero existe también un consenso vergonzante, acuerdo tácito e incómodo sobre asuntos oscurecidos, que forman el legado de la ruptura incompleta con la dictadura, el paquete de cargas que el país arrastra desde la Transición, que le ha impedido avanzar y modernizarse.

El precio del régimen democrático, pagado en lo que hoy llamaríamos dinero negro, fue un silencioso acuerdo sobre lo que debía seguir siendo intocable, pacto que se resume en un solo mandamiento: no molestar; no molestar a la monarquía, no molestar a la dictadura, no molestar a la clerecía, no molestar a la oligarquía y respetar el orden internacional de la guerra fría.

Los consensos implícitos

La Corona. Entre los asuntos incuestionables, la Corona es la primera y más visible de las instituciones heredadas que devienen intocables. La restauración de *facto* de la monarquía no agota el consenso sobre la Corona, sino que lo prolonga para conseguir su aceptación popular o, al menos, evitar las muestras públicas de desafección. Con lo cual, el consenso implica, primero, la aceptación, y luego, la defensa de la monarquía. La Casa Real será una institución con una gestión opaca, y la familia y la figura del Jefe del Estado serán intocables; ante ellas caben el respeto, la adulación o la indiferencia, pero no opiniones políticamente críticas. La Corona, como representación simbólica la unidad de la nación por encima de las diferencias políticas, debe carecer públicamente de adversarios y cualquier cuestionamiento quedará fuera de las instituciones representativas.

La Iglesia católica. La situación de la Iglesia fue otro de los problemáticos legados por la dictadura, ya que, como uno de los pilares políticos del régimen franquista

disfrutaba de una relación privilegiada con el Estado, reconocida por la Curia romana en el Concordato de 1953.

Desde los años sesenta, empujada por el Concilio Vaticano II (1963-1965) y por la base social más militante (HOAC, JOC), la curia española había logrado distanciarse algo del régimen, y, tras la muerte de Franco, la mayor parte de los miembros de la Conferencia Episcopal apoyó la Transición, pero no por ello renunció a perder su influencia y sus privilegios, que conservó en gran parte gracias al acuerdo de UCD con la Santa Sede, emergido en enero de 1979, pero negociado en secreto mientras se elaboraba la Constitución, en la que tiene difícil cabida.

En el futuro la Iglesia perdería privilegios políticos pero conservaría otros, como reservarse el magisterio moral, no institucional pero no por ello menos efectivo sobre ciudadanos y gobiernos, financiarse en buena parte con fondos públicos, obtener apoyo estatal para conservar el patrimonio histórico y artístico, retener a los ciudadanos bautizados en un censo administrativo dada la dificultad de apostatar, realizar actividades doctrinales, sociales y comerciales (enseñanza en todos los grados, beneficencia, edición, catequesis y radiodifusión), prestar servicios por cuenta del Estado (en cuarteles, cárceles, hospitales) y disfrutar de un exclusivo régimen de exención de impuestos, propio de un paraíso fiscal. Así quedó reemplazada la alianza del sable y el altar por la más moderna alianza del mercado y el altar.

OTAN. En un mundo dividido en dos grandes bloques ideológicos enfrentados, dirigidos respectivamente por los Estados Unidos y por la URSS, el régimen de Franco se había adherido al bloque occidental mediante un acuerdo de defensa suscrito en 1953 con el gobierno de los Estados Unidos.

Como uno de los elementos de ruptura con la dictadura, todos los partidos de la izquierda, incluido el PSOE, y de la extrema izquierda propusieron cambiar la rela-

ción bilateral del Estado español con el gobierno norteamericano para situar España en una posición militarmente equidistante respecto a los dos bloques. Pero el gobierno de UCD, como continuación a los acuerdos de 1953, vinculó el Estado español a la OTAN, en 1982, permanencia que el gobierno de Felipe González ratificó. Sobre este tema los ciudadanos pudieron expresar su opinión en un referéndum, en 1986, aunque no pudieron cambiar lo acordado en la Transición. La participación fue del 59,42%; votó a favor el 52,49%; en contra: 39,8%; en blanco: 6,53%.

La dictadura. El pacto sobre las nuevas reglas del juego democrático no debía afectar a las viejas reglas del juego autoritario ni a sus jugadores. Ésta es la gran hipoteca de la dictadura, la gran asignatura pendiente, el mayor borrón sobre la inmaculada transición. Un tupido velo se corrió sobre los subversivos orígenes del régimen franquista, sobre la represión en la posguerra y las arbitrariedades de la larga dictadura, que dejaron en la sombra el destino de miles de personas ejecutadas y desaparecidas. Este tema ha sido tratado recientemente por el ex fiscal Carlos Jiménez Villarejo y el ex juez Antonio Doñate en *Jueces, pero parciales. La pervivencia del franquismo en el poder judicial*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012. No hubo voluntaria rendición de cuentas, por parte de unos, ni exigencia de responsabilidades políticas o penales, por parte de los otros.

Los aparatos del Estado destinados a mantener el orden y a controlar a la población siguieron funcionando con sus responsables al frente, conservando, en muchos casos, la inercia represiva de la dictadura.

Un manto de silencio se extendió sobre el ejército, a pesar de las frecuentes opiniones de sus mandos contrarias a la reforma, sobre los cuerpos de seguridad y sobre el aparato judicial, en particular, sobre el Tribunal de Orden Público, especializado en juzgar a los opositores de la dictadura.

La oligarquía. Este es el pacto más discreto de la Transición, pero el más impor-

tante desde el punto de vista económico y social, porque consolidaba el sistema productivo entonces vigente y la desigualitaria forma de repartir la riqueza.

Desde el punto de vista político, de la Transición surge un régimen democrático que permite cierto reparto del poder al establecer cauces, si bien angostos, para que las clases subalternas y otras fracciones de la burguesía puedan acceder a las instituciones representativas, pero tal apertura no se siguió en el campo económico, ya que no se abordó el problema de paliar el desigualitario reparto de la riqueza producida. La estructura de la propiedad privada de los medios de producción no se tocó y el capital, en particular el gran capital, pudo seguir ejerciendo su dominio sobre la sociedad.

El breve artículo 38 de la Constitución, que reconoce la libertad de empresa en el marco de la economía de mercado, que aparece neutralizado por otros artículos que reconocen los derechos de los trabajadores y la defensa de la familia, de los jóvenes y de los consumidores, y promueven una distribución más equitativa de la renta, esconde el peculiar modelo de capitalismo español surgido del expolio de una victoria militar y de un régimen político de excepción que duró cuarenta años. La Constitución consagraba el poderío económico y la decisiva influencia política de la clase social vencedora en la guerra civil, que aspiraba a mantener su poder, y de ser posible, a acrecentarlo, en el nuevo régimen parlamentario.

El régimen franquista había mostrado a las clases poseedoras lo bien que funcionaba para sus intereses la conjunción de capitalismo y dictadura; tras la desaparición del dictador, se trataba de convencer a los sectores más reacios de la burguesía de que no sólo era posible combinar capitalismo y democracia, sino de que el nuevo régimen político ofrecía condiciones aún más ventajosas para el capital privado.

Los guardianes. Como final, hay que aludir al pacto de los que podríamos llamar

los guardianes de la ortodoxia o mejor de la liturgia de la Transición.

El régimen representativo establecido en la Transición descansa en un sistema electoral, que, a causa de sus sesgos, coloca en posición preeminente a dos grandes partidos sobre todos los demás, tanto en la formación del gobierno como en la configuración del Estado, debido a las prerrogativas de que gozan para designar a los miembros -presidentes y vocales- de los órganos que deben gobernar las instituciones públicas (cámaras, agencias, consejos y tribunales).

La lógica de la (preconstitucional) ley electoral de 1977, mantenida en lo fundamental en las reformas posteriores, configuraba de hecho un sistema bipartidista, que pronto dio lugar a un régimen *canovista* que garantizaba, por exclusión de otros, la alternancia de los dos mayores partidos en el gobierno, hicieran lo que hicieran y lo hicieran como lo hicieran.

Las discrepancias que en otros asuntos separan al PSOE y al Partido Popular no han impedido que exista un acuerdo de fondo para conservar un sistema electoral que les proporciona ventajas sobre todos los demás, ya que les confiere el papel de jugadores imprescindibles en el juego electoral, con más posibilidades de obtener la victoria o el segundo puesto, que al resto de jugadores, y el de cancerberos del sistema, pues cualquier reforma importante debe pasar por ellos. El régimen bipartidista blindó la reforma heredada de la dictadura; el difícil acuerdo de los dos grandes partidos sobre ciertos asuntos cierra con dos llaves la reforma del sistema, muchas de cuyas claves están encerradas en la Constitución, pues tenemos un sistema excesivamente constitucionalizado. Y como los dos grandes partidos permanecen atados el uno al otro, y, por ende, atan a todos los demás, pocas cosas se pueden hacer si uno de ellos no lo desea. Este invento perverso dejó la evolución del país en manos de una camarilla que disfruta de la extraordinaria capacidad de ejercer el veto.

En síntesis, éste era el paquete que los

consensos, los explícitos y también los tácitos, de la Transición dejaban *atado* y *bien atado*, y que, desde entonces, ha pesado como una losa sobre la vida del país. Desatar lo atado, cortar el nudo gordiano del pacto constituyente, librar el presente de las ataduras del pasado, librarnos del lastre de la condicionada Transición por la losa del franquismo era la tarea que quedaba pendiente. Y ante la falta de interés para abordarla por parte de los únicos actores que la Constitución reconoce, que son los partidos políticos, y en particular por los que hasta hoy han gobernado, la voluntad de liberarse de ese peso sólo podía venir de la base de la sociedad, de la actitud de los ciudadanos impelidos por el deseo de cambiar las cosas. Y eso es lo que está ocurriendo en estos días, cuando, acuciados por las medidas contra la recesión económica, asqueados por el comportamiento de la clase política y decepcionados por el deterioro de las instituciones, los ciudadanos movilizados están cuestionando una herencia más pesada que una losa de granito.

Tal vez muchas de las personas que muestran su indignación en las calles no sean conscientes de ello, pero están oficiando las exequias de una transición que expiró hace tiempo. Y rompiendo un silencio, que como cantaba Raimon, es antiguo y muy largo.

Madrid, enero de 2013
año V de la crisis.



Anna Boch (1848-1936), "La louvrière". Obra en color, modificada a B/N por Trasversales. A la derecha, recorte de la obra. En dominio público.

Beatriz Gimeno

La realidad se coló en el Congreso

Beatriz Gimeno es escritora y miembro del consejo editorial de *Trasversales*

La publicación original de este artículo se realizó en:

<http://www.elplural.com/2013/02/08/la-realidad-se-colo-en-el-congreso>

El martes compareció en el Congreso Ada Colau, acompañada de más de un millón de firmas, para defender lo que los afectados por las hipotecas consideran justo, imprescindible, lo que la mayoría de la ciudadanía consideraría de justicia elemental. Esa comparecencia sirvió para hacer completamente evidente, si no lo era ya, la brecha que separa a la ciudadanía de aquellos que deberían representarnos pero que han dejado de hacerlo hace tiempo en la medida en que la mayoría no se siente representada por ellos. Ocurrió lo mismo que cuando compareció Pilar Manjón.

Cuando compareció Pilar Manjón la realidad entró en el Congreso y les dejó a todos desnudos; fue un instante pero todos pudimos ver su desnudez. Con Ada Colau ha sucedido lo mismo. En ninguno de los dos casos la mayoría de sus señorías sabían qué hacer, qué decir o siquiera qué cara poner. En la comparecencia de Colau se les ve revolve inquietos, se nota la profunda incomodidad que les produce verse obligados a estar allí, escuchando aquello. Señorías, a ver si se enteran, eso que les produce tanta incomodidad, eso que no están acostumbrados a escuchar, eso que les debe sonar a chino es en realidad lo que pensamos la mayoría de la gente corriente. Las palabras de Ada Colau no son palabras extemporáneas, ni radicales. Son las palabras que usamos todos y todas en nuestras casas, las que hablamos con nuestros amigos, en nuestros trabajos y por la calle, las que queremos expresar en las manifestaciones. A ustedes esa fuerza, esa convicción, esos razonamientos de puro sentido común y esa dignidad, les deben parecer de otro mundo. Y lo son sí, son de nuestro mundo. Ese que parece que nunca entra en el Congreso.

Por un día, por un rato, de manera excepcional, señorías, se vieron obligados a escucharnos. Nosotros y nosotras, la mayoría, consideramos que el proceso por el cual la gente es expulsada de sus casas y por el que estas casas son entregadas al banco es producto, efectivamente, de una estafa generalizada que la mayoría de ustedes han permitido y quieren seguir permitiendo. Consideramos que esta estafa cuesta vidas humanas y un dolor incalculable a muchas personas y consideramos que quienes han estafado, permitido que se estafara, favoreciera que se estafara o perdona las estafas sin hacer nada, son delincuentes y deberían ser considerados y tratados como tales en lugar de continuar siendo poderosos y respetados; por ustedes, claro. Nosotros hace mucho que sabemos que son delincuentes.

La emoción que mostró en un momento Ada Colau es nuestra emoción, son nuestras lágrimas, las de todos los que vemos impotentes cómo familias que no han hecho nada excepto trabajar, son las que están pagando por la codicia criminal de banqueros, especuladores, financieros y políticos sin escrúpulos. Esas son las lágrimas que todos vertemos y no las lágrimas de cocodrilo de la vicepresidenta cuando pretendía colarnos otra ley injusta e inútil al tiempo que llamaba “fracasados” a quienes pierden su casa. Los únicos que han fracasado son ustedes, señorías, con sus políticas, con sus palabras vacías, con sus discursos huecos y engañosos. Fracasas no es algo moralmente reprochable, pero tratar de encubrir el propio fracaso haciéndoselo pagar a otros más débiles sí lo es, y eso es lo que hacen la mayoría de ustedes que se sientan en el Congreso para seguir ensimismados en su realidad paralela.

Colau reprochó a la mayoría de los políticos su connivencia con las prácticas que nos han llevado a esta situación, y lo hizo con las mismas palabras que usamos todos y con las que les dejó desnudos. Los políticos que la escuchaban se revolvían inquietos en sus asientos. La verdad desnuda debe

resultar insoportable a quien no está acostumbrado a escucharla. ¿No le han dado ganas de llorar, señora vicepresidenta? Y si mala es la distancia entre la realidad, representada por Ada Colau, y el mundo de los representantes políticos, peor aún era el desprecio que se mascaba en la mayoría de quienes se estaban viendo obligados a escuchar las verdades que salían por la boca de la representante de los afectados por las hipotecas-estafa, y las ganas que se les veían de dar por finiquitado el trámite, de no dedicarle ni un minuto de más a esa intrusa que ha osado llevar la realidad cruda al Congreso de los Diputados y que ha conseguido, que por un momento, muchos diputados y diputadas dejen de decir mentiras, palabras huecas, tonterías, sandeces que a nadie importan y que tan alejadas están de nuestras vidas. Lo que allí se percibía en la mayoría eran las ganas de acabar: votación y vuelta a sus mundo y que Ada Colau vuelva al suyo.

Esto será así hasta que un día nuestras voces lleguen dentro. Tenemos que tomar el Congreso, las instituciones, los partidos. Las instituciones y los partidos son nuestros, vamos a ocuparlos (metafóricamente hablando, no me detenga Sra. Cifuentes) y a llenarlos de realidad.

Luis M. Sáenz

Conjeturas sobre una guerra social en curso

Luis M. Sáenz es miembro del consejo editorial de Trasversales

1. Estamos en medio de un incendio provocado para abrasar nuestros derechos sociales, laborales y políticos, nuestras propias vidas. Nada hay más inoperante en esta situación que perder el tiempo preguntándose o profetizando si pereceremos o nos salvaremos. En estas condiciones, sólo vale sumarse a la tarea de apagar el fuego. Si damos todo por perdido, perderemos. Si *nos seguimos rebelando*, ya veremos. Se puede.

2. ¿De qué material “anti-incendios” disponemos? Ante todo, de nuestras propias fuerzas. Desde el 15 de mayo de 2011, incluso quizá desde el 29 de septiembre de 2010, nuestras fuerzas no han dejado de crecer, aunque, paradójicamente, desde entonces se hayan producido duros retrocesos sociales y victorias electorales de la derecha más reaccionaria. La relación entre lo electoral, las leyes y lo social es compleja y asincrónica.

El cambio que se ha producido en la dinámica de las movilizaciones y en la conciencia social es asombroso. Remito para su descripción y evaluación al texto editorial de este número de *Trasversales* y a las experiencias que aportan activistas de las diversas mareas sociales. En realidad, puede darse cuenta cualquiera que pise la calle, observe y dialogue con su entorno habitual u ocasional.

Hemos vivido experiencias que han llevado a que la mayoría de la población no se crea las excusas del poder. Según el sondeo del CIS de enero 2013, al 82% de la población le inspiraba poca o ninguna confianza Rajoy (antes del caso de los sobres y la B-contabilidad) y al 88% le pasaba lo mismo con Rubalcaba. Ya no nos creemos que “no queda más remedio”, “no hay alternativas”, “lo impone la UE (o Alemania)”, “tenemos que sacrificarnos todos durante un tiempo para poder salir de ésta”, “a mí es a quien más me duele hacer esto”, “tenemos que recortar para poder pagar la deuda”. Todas esas patrañas han perdido credibilidad social, ante la orgía de desprecios (“¡que se jodan!”), de corrupciones, de connivencias entre las élites políticas y económicas españolas y europeas.

Lo que está saliendo a la luz es *un conflicto social de carácter transnacional*, en el que *las élites políticas y económicas europeas, incluyendo las españolas, tienen una alianza y un proyecto común en lo fundamental*, aunque con matices, choques de intereses e influencias diferentes, desautorizando las tesis según las cuales lo que nos están haciendo viene impuesto desde fuera, pero también las de quienes pretenden que todo se debe a las peculiaridades del gobierno Rajoy (¿por qué habría estallado entonces el 15M en mayo de 2011?). Los recortes *nos* son impuestos (no a *España* o a *Grecia*, sino a sus pueblos) a partir de un consenso entre las élites económicas y *todos* los gobiernos de los Estados miembros de la UE. El gobierno español y el griego forman parte de ese consenso, al igual que las enriquecidas élites españolas y griegas. Por descontado, la derecha española tiene “un trago” y el Estado alemán tiene mucha influencia, pero esas cosas explican ciertos detalles, no lo esencial.

3. Una vez que lo de “nosotros, gobernantes, no podemos hacer otra cosa” ha perdido toda credibilidad social, la nueva barreira disuasoria es “vosotros, pueblo, no podéis hacer nada para impedirlo”. Si antes trataban de engañarnos ahora tratan de intimidarnos, con su mayoría absoluta en las Cortes, en muchas comunidades y muchos ayuntamientos, con golpes, balas de goma, multas, detenciones, persecuciones contra la difusión de información, despidos, procesos, torturadores indultados, cárcel, etc. Ese discurso descarado no convence, pero puede hacer mella ayudado por la desesperación y el miedo. Y es peligroso porque lo está compartiendo, con buenas intenciones pero malas consecuencias, una parte de la izquierda social tradicional, que desde hace años absolutiza el papel de lo electoral en el cambio social, o incluso una parte del nuevo activismo que querría resultados más rápidos y puede buscar atajos sin salida o emborracharse de consignas “fuertes” no respaldadas con una fuerza social.

Algunos piensan que las luchas libradas no sirven para nada y lo dicen. Se equivocan. Ese toro hay que cogerle por los cuernos, sin triunfalismo pero también sin derrotismo. Si no resistimos vamos al desastre y a la miseribilización total. No todo es negativo: la movilización y la crítica social sí tiene consecuencias que nos son favorables; hemos colocado en grave crisis al gobierno de Rajoy y, de hecho, a un régimen político agotado; nos estamos uniendo; estamos logrando cosas, pocas y con mucha lucha, pero conseguirlas es muy importante ahora. La paralización del euro por receta o la tramitación de la Iniciativa Legislativa Popular “stop desahucios” son victorias sociales.

La idea fuerte, a asumir y difundir con más empeño, es **SÍ SE PUEDE**. A partir de ella, cabe mucho más. Sin ella, nos queda desesperación, depresión, sumisión y derrota. “Sí se puede”, no como recurso demagógico o autoengaño, sino porque se puede, porque “no hay destino cifrado en claves sabias”, que nos dijo Jorge Guillén. “Sí se puede” no asegura que lograremos derrotar los planes de las élites, dice que es posible.

4. El que las actuales movilizaciones hayan desacreditado una vez más el concepto elitista de “vanguardia” como atributo personal y permanente de un sector iluminado de la población no significa que el activismo social más o menos organizado de modo permanente no tengamos una responsabilidad en esta situación, por la experiencia que podamos aportar y también por los daños que podemos causar al movimiento con nuestros esquemas y rigideces.

Me parece que estamos teniendo dificultades para colocarnos en la nueva situación. La izquierda española está demasiado acostumbrada a hablar para un territorio etiquetado. Afecta al PSOE, que en los malos momentos no da otra razón para votarle o no criticarle que el que “no gane la derecha”, afecta a IU, afecta a izquierdas *alternativas* que usan un lenguaje autocentrado y lo hacen como si la población ya compar-

tiese sus opiniones y sólo impidiese su puesta en práctica la actuación del “sindicalismo mayoritario” o de la “izquierda institucional”, afecta a los sindicatos, afecta a sectores afines al 15M, me afecta a mí. Ese vicio es suicida en estos momentos.

Quizá uno de los rasgos más interesantes del momento actual es el protagonismo activista de muchas personas que nunca se han sentido de “izquierda” ni se han considerado “15M” o sólo han tenido tales simpatías de un modo muy genérico pero sin haber prestado especial interés a la actividad sociopolítica. La evolución de su mentalidad no ha ido en el sentido de una “ideologización” sino de una politización, como preocupación por lo común, y de una conciencia social de clase vinculada a la descomposición del mito de la “clase media” y a un nuevo sentimiento de pertenencia a la gente normal y corriente frente a unas muy diferenciadas élites. Para generar una experiencia de aprendizaje mutuo entre el antiguo y el nuevo activismo se requiere una “desideologización” (que no despolitización o pérdida de convicciones justas) de los viejos activismos y el uso de un nuevo lenguaje político más basado en lenguaje cotidiano y menos autorreferencial. Quizá un test de en qué medida estamos adaptándonos a la nueva situación sea la capacidad de mantener una conversación “política”, sin conflicto ni ajustes de cuentas, con personas que hace poco, por ejemplo en noviembre, votaron al PP pero que ahora están indignadas y protestan.

5. Otro test es nuestra actitud frente a la unidad de acción. La unidad de acción es ahora la necesidad primera. Esa vieja y útil idea, que podríamos denominar *alianza social* y a la que en otros tiempos se llamó *frente único*, toma especial actualidad cuando hay que defenderse de graves peligros y amenazas, lo que es nuestro caso, y en definitiva no es otra cosa que lo que en 1922 ya reclamaba, en su nota “La clase por encima del partido”, Amédée Dunois, “*el esfuerzo convergente, por encima de las*

ideologías divergentes, de todas las fuerzas, de todas las fracciones de la clase obrera”, entendiendo que hoy eso debe referirse a toda la población cuya vida está amenazada por la violencia de la ofensiva del capital y del Estado contra las gentes.

Me parece muy ilustrativa la manera en que se ha logrado que la mayoría de la población simpatice y se identifique con la lucha contra los desahucios y en defensa de la Sanidad pública. Ese consenso social se ha logrado por dos razones. Por un lado, los problemas puestos sobre el tapete, un lugar donde vivir y la atención sanitaria, nos resultan muy cercanos, son fáciles de entender sin tecnicismos y, sobre todo, fáciles de sentir si nos ponemos en el lugar de quienes carecen de una o ambas cosas; es algo vital, que no admite espera. Por otro lado, estos problemas sociales han sido muy bien planteados por el movimiento contra los desahucios, que ha hecho una inteligente combinación de la actuación sobre desahucios uno a uno con una acción política que derivó en una Iniciativa Legislativa Popular, y por las y los trabajadores de la Sanidad, que trascendieron su problemática laboral integrándola en un compromiso de defensa del Sistema Público de Salud. La lucha de la marea verde, por la educación pública, también logró implicar a otros sectores de la población, como madres o padres, una parte del alumnado adolescente, etc., aunque por el momento no se ha logrado un consenso social semejante a los antes citados, en parte debido al papel nefasto que juega la enseñanza concertada en el sistema educativo; sin embargo, las luchas estudiantiles de la primera mitad de febrero de 2013 quizá anuncien un nuevo impulso de la marea verde. A mi entender, también tendría gran potencial un movimiento que plantease el creciente problema de las personas sin ingreso alguno o con ingresos totalmente insuficientes para atender sus necesidades básicas personales y familiares.

Junto a las movilizaciones por aspiraciones de gran urgencia social, movilizaciones que

pretenden conseguir algo aquí y ahora, ha habido otro tipo de movilizaciones destacadas. La más simbólica de ellas, que impregnó todo lo que vino después, fue el 15M, 15 de mayo de 2011. ¿Por qué se hizo esa movilización? Creo que la respuesta más adecuada es *por todo*, fue una movilización directamente política, *contra ellos y contra su sistema*. Ha habido otras muchas similares y seguirá habiéndolas. Posiblemente se tienda a que ambos tipos de lucha se entrelacen cada vez más.

6. Algunos interpretan como “despolitización” la creciente separación entre la gente y los aparatos políticos profesionalizados, el descrédito de la mal llamada “clase política” -las élites políticas pertenecen, sin duda, a la misma clase que las élites económicas, no son “otra” clase”, la escalada del “mundo de los políticos” en la lista de los mayores problemas del país según la opinión popular, etc. Todo eso, sin embargo, no es despolitización sino toma de conciencia de una realidad, lo que debe considerarse positivo salvo para quienes quieran proteger sus intereses bajo un muro de ilusiones y engaños. En realidad, lo que hay es una politización social.

No obstante, este positivo “desvelamiento” puede frustrarse si se queda a medias y no obstruye el paso a populismos reaccionarios y autoritarios, nacidos fuera o dentro del propio PP (no está excluido que el propio PP tome ese tipo de camino bajo liderazgos como el de Esperanza Aguirre... ¿o Aznar?). Quedarse a medias, por poner sólo un ejemplo, es indignarse por la supuesta entrada de dinero ilícito en el PP y la supuesta distribución en sobres de una parte de ese dinero a dirigentes del partido, pero no por las supuestas aportaciones de empresas al PP a cambio de las cuales habrían recibido supuestamente tratos de favor, contratos públicos, gestión de hospitales, leyes a favor de las grandes cadenas comerciales, etc. El capitalismo es una fábrica de corrupción.

Rechazar a “los políticos” sin rechazar a las élites económicas del capitalismo lleva a

un callejón sin salida, no por lo que se rechaza, sino por lo que se admite. En nada ayudan al esfuerzo social para defender nuestros derechos teorías como la que considera a la “clase política” como “clase extractiva” o parásita diferenciada, caracterizada por apropiarse de una riqueza que no produce, como si los grandes grupos capitalistas no hicieran eso mismo, apropiarse del fruto del trabajo ajeno; tampoco ayudan campañas absurdas como la de los supuestos “445.568” políticos en España, cuando concejales, que son muchísimos más que cualquier otra categoría, hay menos de 70.000 y en muchos casos no cobran, claro que para que les salgan las cuentas los demagogos cuentan como políticos a ¡65.130 sindicalistas! y, más sorprendente aún, ¡a toda la plantilla de las empresas públicas!, aunque, eso sí, no cuentan a los curas, para algo sale el bulo de donde sale y con las intenciones que sale. Si no vamos más allá de la crítica a los políticos, nos quedamos con la espuma e ignoramos las corrientes de fondo. Y eso da pie a todo tipo de demagogias reaccionarias, en la vía de un PP que en diversos lugares se empeña en disminuir el tamaño de los parlamentos e instituciones electas, lo que sólo favorecería el bipartidismo entre PP y PSOE, o un posible mal uso de las listas abiertas para machacar a las minorías (como ya ocurre en el Senado), o la anulación de salarios para las y los diputados, como han hecho en Castilla-La Mancha, lo que sólo deja espacio para los ricos o para aquellos a los que el poder asigna funciones específicas por las que sí cobran.

Ante el proceso de crisis del régimen político español, verdaderamente en descomposición, no podemos hacer un mero discurso de “regeneración democrática” (Aguirre dice) ni pensar en un proceso constituyente meramente formal, sin contenido social. Queremos otro régimen institucional porque queremos más democracia pero también porque queremos vivienda para todas las personas y sanidad pública universal y de calidad. Es necesario vincular la consti-

tución política de la sociedad con su constitución material, con sus conflictos sociales y con las condiciones de vida a que aspiramos. No se trata, claro está, de conciliar con los políticos corruptos ni con los que aplican las políticas que quieren las élites económicas, se trata de ampliar la mira y combatir con igual vigor a todos los culpables y de hacer una crítica de la lógica del sistema, no sólo de los “excesos” sustanciales a esa lógica. A mi entender, esa sería la tarea *específica* de una izquierda democrática, libertaria, ecologista, anticapitalista y antipatriarcal, no el distinguirse siempre en las luchas sociales con una consigna o reivindicación “más dura” sea cual sea la situación del movimiento real.

7. Estoy convencido de que la palanca del cambio no pasa hoy por partidos o elecciones, sino por el movimiento social. No desprecio lo que ocurra en esos otros ámbitos, pero creo que sólo serán agitados a partir del impacto de la presión social. Experiencias como las de AGE en Galicia o la CUP en Cataluña están ligadas directamente al auge de las mareas sociales.

En ese marco, los problemas electorales tienen importancia. Cada vez somos más conscientes de que, a la vez que alzamos reivindicaciones concretas que queremos conseguir aquí y ahora, de alguna manera tenemos que expresar que no queremos que esta gente siga gobernándonos. Así que decimos “hay que echarlos”, “que se vayan”, “que dimitan”... Sí, ¿y luego?

Aunque considero que ningún gobierno puede representar a la sociedad y que todo Estado es una forma de dominación de minorías sobre mayorías, también pienso que aún no tenemos la potencia necesaria para que la sociedad se organice a corto plazo según una autogestión social basada en instituciones no estatales. Si tiramos a un gobierno, habrá otro, si tiramos un régimen, habrá otro, y de todos habrá que defenderse, lo que no quiere decir que nos dé igual cómo sean. Si se abre un proceso constituyente, lo peor que nos puede ocurrir es que lo gestione algún tipo de gobier-

no pactado por arriba, sólo del PP, de “unión nacional” PP-PSOE, o un gobierno de concentración, o supuestamente tecnológico, por no decir ya “militar”, aunque esto, por ahora, no parece demasiado probable.

En consecuencia, creo que *se hace urgente exigir la convocatoria de elecciones generales*. Sentimos cierto pudor al hacerlo, nos contenemos, y creo que es así porque no vemos una alternativa que nos satisfaga y que parezca tener la capacidad de ganar unas elecciones. “Para que vuelvan a ganar”... nos decimos.

No obstante, creo que hay que exigir elecciones ya. No podemos avalar la permanencia de un gobierno tan enfangado como el actual, y pedir que se vaya sin pedir elecciones sólo lleva a un nuevo gobierno... del PP y con la misma mayoría absoluta, que no es lo que necesitamos, aunque una crisis de gobierno debería ser valorada como un éxito parcial de una lucha que les desgasta. El sólo hecho de que salga un nuevo Parlamento, sin mayorías absolutas, más ingobernable y más fragmentado sería una situación más favorable para las reivindicaciones sociales. Y, por otra parte, a veces ocurre lo no previsto.

8. Nos interesa que la composición de las Cortes sea lo más favorable posible a las necesidades sociales. Es decir, que crezcan los votos contrarios a los recortes sociales, nos caigan bien o mal quienes ocupen los escaños, aunque mejor si nos caen bien. Quienes lo vemos así deberíamos jugar un papel activo, dentro de nuestras posibilidades.

Siendo realistas, para mí la mejor opción *posible* a estas alturas sería una mezcla de lo viejo y de lo nuevo, de organizaciones ya constituidas, de nuevas organizaciones y de activistas. Eso implicaría una alianza electoral que incluya a fuerzas políticas diversas, IU, ICV, CUP, Equo, Compromís, Izquierda Anticapitalista, Piratas, etc., y a activistas ajenos a los partidos, sin excluir algún tipo de vinculación con fuerzas como BNG o ERC, que difícilmente renunciarán

a tener candidaturas propias diferenciadas. Esa alianza debería comprometerse con un acuerdo básico, *mínimo* si se quiere, sobre lo común que se está construyendo en las luchas, en torno a la sanidad, la educación, la vivienda, la protección social, la igualdad entre mujeres y hombres, los derechos democráticos..., así como con la propuesta de apertura de un proceso constituyente. Debería crear espacios de encuentro de base, para que no se reduzca a una mesa de partidos, y tomar sus decisiones fundamentales y elegir sus candidaturas a través de voto individual directo y de primarias abiertas a la sociedad. No es fácil y es un gran reto, pero la situación lo exige. Si los intereses particulares de cada fuerza política lo impiden, habrá que contribuir, desde donde cada cual pueda, a experiencias parciales inspiradas en ese proyecto. Pero mejor sumar.

En cuanto al PSOE y el PSC, tienen que hacer su propia travesía electoral. Cualquier alianza electoral con ellos en estos momentos sería un suicidio para quien la haga y un obstáculo a la participación electoral de muchísimas personas que se han alzado contra los recortes y enfrentado al PP pero también hacen al PSOE responsable de parte de lo ocurrido, con razón, como vienen a reconocer desde dentro cuando piden perdón por no haber tomado medidas contra los desahucios; más aún, votaron en contra de las medidas propuestas por otros grupos.

Por descontado, lo que ocurra en los procesos de convergencia o fragmentación electoral no debe afectar a la unidad de acción en lo que se coincide, ámbito en el que no debe haber exclusiones. La movilización social es lo más importante, aunque no hay motivos para despreciar otras palancas subsidiarias, como las electorales.

Hablando con... Mar Noguero

De la crisis y de nuestra salud hacen negocio

Mar Noguero es médico de familia del Centro de Salud Cuzco en Fuenlabrada

La sanidad madrileña lleva muchos años sufriendo recortes y agresiones, para las y los profesionales y para la sociedad. Sin embargo, ahora se ha producido un estallido en cierto sentido inesperado. ¿Qué ha provocado esta respuesta?

La presentación de un Plan llamado de “sostenibilidad” que supone una agresión al sistema público de tal calibre como nadie podía sospechar y que implica su liquidación como tal, avanzando hacia dos redes paralelas: una privada con suculentos beneficios y otra pública que carga con los costes reales de la atención universal.

El plan del gobierno regional contemplaba varios aspectos: por un lado un nuevo gravamen a toda la población con la tasa del euro por receta, ya en vigor; por otro lado medidas de “reorganización” de los centros sanitarios que implicaban el cierre de un hospital, el Cardiológico, ya realizado también, la reconversión de dos hospitales de trayectoria ejemplar y calidad contrastada como La Princesa y el Carlos III en “geriátricos”, la unificación de todos los laboratorios en tan sólo cuatro centros para todo Madrid y el cierre de la Unidad Central de Radiología. Por último la guinda: la privatización de 6 hospitales y el 10% de la Atención Primaria, concretamente 27 centros de salud.

Estas pretendidas medidas de gestión, que querían justificar por la necesidad de ahorrar, producto del recorte que habían sufrido los presupuestos de la Comunidad, sabíamos que escondían otro tipo de intereses, que poco a poco hemos ido sacando a la luz pública y denunciando: el deseo de nuestros gobernantes de convertir la crisis en negocio, su intención de dar entrada a empresas privadas que, degradando las condiciones laborales de los trabajadores y la calidad de la asistencia que se presta a los ciudadanos, extraen un suculento beneficio “gestionando” la salud.

El ataque es de tal magnitud que ha conseguido levantarnos en una lucha de tal intensidad y masividad como nadie hubiera podido imaginar, y en la que seguimos pese a haberse aprobado el plan en la Asamblea de Madrid. La entrada en vigor de la tasa del euro ha supuesto de hecho el desencadenamiento de un fenómeno de insumisión popular y desobediencia civil.

Desde fuera del sector sanitario teníamos la impresión de que estaba muy fragmentado por “oficios”, pero en la marea blanca ha habido una fuerte unidad. ¿Estaba ahí ya esa unidad o se ha construido durante la lucha?

Efectivamente el sector sanitario siempre ha estado muy fragmentado al coexistir varios estamentos con realidades muy diferentes, diferencias salariales importantes e intereses a veces incluso contrapuestos. De hecho existen tres sindicatos que representan a tres estamentos. Ha habido luchas de algún estamento exclusivamente y nunca se había dado una huelga convocada conjuntamente por todos los sindicatos que componen la mesa sectorial. Además en las huelgas generales es uno de los sectores en los que tradicionalmente la participación es baja.

Así esta movilización ha sido un fenómeno extraordinario porque hemos hecho cuatro jornadas de huelga todos a una, otras dos de toda la mesa sectorial alternando hospitales y centros de salud, y otras dos para todos con la cobertura de un solo sindicato. Además se ha mantenido una huelga indefinida de médicos durante cinco semanas convocada por AFEM, una asociación con perfil sindical que entra como nuevo actor en escena a partir del verano y vehiculiza en esta lucha una contestación del estamento médico sin precedentes, sumándose con gran fuerza y protagonismo a la defensa de la sanidad pública.

Ha sido fácil construir esta unidad durante la lucha. Ha sido tal el despliegue de energía, solidaridad, creatividad, inteligencia colectiva, la organización en asambleas, la democracia con la que hemos funcionado, que solo éramos batas blancas, pijamas azules o verdes, trabajadores de la sanidad. Los encierros y noches blancas, tanto tiempo juntos, han contribuido mucho al sentimiento de unidad y cooperación.

Yo puedo dar mi visión desde la Atención Primaria, donde se ha construido el movimiento en asambleas de todos, donde nos hemos coordinado en una Plataforma de

equipos directivos o representantes de centros con la claridad de movernos como centro de salud, como un todo sin diferenciación de estamentos. Y mientras internamente se establecía entre nosotros hasta el acuerdo implícito en las huelgas de sostenerlas sobre todo los médicos, con mayor capacidad económica, sabiendo que había muchas más acciones (encierros, noches blancas, manifestaciones...) en las que estamentos como el administrativo, el de menor capacidad económica, se podía volcar como lo ha hecho.

En los hospitales se han organizado también de forma asamblearia tanto los médicos en torno a AFEM como el resto de estamentos en torno a una Plataforma de usuarios y trabajadores, PATUSALUD, y se ha mantenido la unidad de acción entre ambos organismos a lo largo del conflicto.

Éste es otro de los fenómenos más importantes a mi entender: esta movilización ha pasado fundamentalmente por organismos nuevos, y por una gran diversidad de siglas, y se ha conseguido mantener en todo momento la unidad de acción pese a momentos difíciles, hemos conseguido apoyarnos todos a todos en las convocatorias que a veces surgían unilateralmente por parte de alguno de los actores, y eran seguidas masivamente por los demás, demostrando una y otra vez al fuerte adversario que tenemos enfrente que nos mantenemos unidos y sin fisuras pese a la gran diversidad de organizaciones que no representan más que la diversidad de nuestra sociedad y la cantidad de personas que nos estamos moviendo.

Esto unido a la movilización ciudadana que hemos potenciado. El conflicto en defensa de la sanidad pública ha sido desde el principio un conflicto social, no laboral. Desde que el 2 de noviembre se enciende la mecha con el encierro en el hospital de La Princesa, los ciudadanos han estado en la calle junto a los trabajadores. Esto ha acrecentado la diversidad, el número de organizaciones, plataformas ciudadanas, etc., con las que hemos trabajado en todo momento

en unidad de acción. Parece increíble que tanta gente y tanto tiempo hayamos conseguido tanta masividad e intensidad.

Nos dio la impresión de que la marea blanca carecía de una “cúpula directiva” y de que se trataba de un movimiento muy participativo. ¿Cómo ha sido en realidad esa experiencia? ¿Cómo habéis logrado que el movimiento no se desperdigase en muchos rumbos diferentes y cómo han podido organizarse acciones tan importantes?

Exacto, como te decía previamente, los tres actores esenciales de esta movilización son nuevos: Afem, Patusalud y Plataforma de Centros de Salud, y se han construido con las características de esta lucha: desde abajo, participación en asambleas, cooperación, la sensación de que todos podemos aportar y es válido, y que los miles de granos de arena han levantado esta montaña. Las organizaciones sindicales también han jugado su papel en la movilización, de hecho algunos hospitales no participan con representantes en patusalud y se mueven a partir de sus representantes sindicales, pero yo creo que una movilización de tal calibre necesitaba unas estructuras diferentes, no podía pasar por estructuras jerarquizadas y necesitaba basarse en asambleas y decisiones democráticas, en estructuras que permitieran expresarse a todos los trabajadores y a la población. En un sector con un índice de afiliación sindical muy bajo y con un considerable desprestigio de los sindicatos, era imposible que pudieran liderar la movilización. Así se ha dado el fenómeno por el cual ha tomado el liderazgo todo aquel que quisiera asumirlo, básicamente. Otros organismos existentes previamente (CHyCS, Yo sí sanidad universal) también han jugado su papel y organizado algunas movilizaciones apoyadas por los demás.

El reconocimiento por parte de todas las partes de la realidad del resto, y el respeto a esa realidad, pero sobre todo el haberse mantenido firmes todas las partes en los contenidos, es lo que ha permitido forjar esa unidad de acción.

Se dice que es la Consejería quien ha conseguido unirnos y en parte es verdad. La fuerza del enemigo que tenemos enfrente hace que tengamos que mantenernos sin fisuras. Recuerdo cuando preparábamos la 1ª jornada de huelga general el 26 y 27 de noviembre, que había quien decía que si el 26 la seguíamos todos a lo mejor no era necesario hacer el 27. Esto era ingenuo pero sí es verdad que todos pensábamos que nuestra unanimidad les iba a doblegar. Y no fue así. Seguimos y seguimos, intensificamos y masificamos hasta lo impensable, hasta el 20 y hasta el 27 de diciembre. Y votaron su Plan. Tocados, cuestionados, desenmascarados, con la opinión pública en contra, pero lo sacaron adelante. No cedieron. Así que nosotros tampoco podíamos ceder, eso ha sido esencial para mantenernos unidos.

Pero para ello también ha sido esencial el hecho de que Afem y sobre todo Patusalud hayan tenido claro en todo momento la necesidad de la unidad de acción. Las formas de coordinación han sido las reuniones conjuntas y la apertura de ambas a la presencia en sus reuniones de miembros de otras organizaciones. Y por parte de todos, la transparencia en el funcionamiento y la toma de decisiones. Se han llegado a hacer asambleas con presencia de la prensa (Afem), y solemos estar informados en tiempo real con el intercambio de actas o informaciones por whatsapp.

También está siendo novedosa y controvertida la forma de negociar con la Consejería, puesto que prácticamente hay dos mesas paralelas, una con las organizaciones sindicales y otra con el comité profesional, constituido como expresión de la unidad de acción a la hora de sentarse a negociar con una voz única. Ambas se mantienen intransigentes en la retirada de la privatización para poder entrar a negociar.

La marea blanca ha ido mucho más allá de lo “profesional” en sus objetivos y parece que una gran parte de la sociedad se ha sentido implicada en esta movilización.

¿Cómo has vivido ese encuentro entre el sector sanitario y la población? ¿Es cierto que la marea blanca, al igual que la lucha contra los desahucios, ha logrado romper, entre la gente común, barreras “ideológicas” estáticas?

Desde el principio, en La Princesa, hasta ahora con este fenómeno de verdadera insumisión popular, de desobediencia civil al abuso de las élites gobernantes, en todo momento se ha dado la implicación social en la defensa de la sanidad pública. El desmantelamiento de un sistema que para la población representa algo de lo más valioso que posee, que ha conquistado; la indignación ante la rapiña sin límite de un gobierno que es capaz de negociar y de robar hasta con la salud, ha estado presente desde el inicio, sellando una alianza trabajadores-población por la que hemos trabajado conjuntamente con numerosas asociaciones, plataformas, o ciudadanos individuales que se han volcado en la lucha entendiendo que no es un conflicto laboral sino social.

Esto ha culminado con la entrada en vigor de la tasa del euro en una asunción del protagonismo ya directamente por la población, que nos está dejando experiencias impresionantes. En mi centro de salud se mueve un grupo espontáneo de pacientes que acuden a todas nuestras concentraciones, gestionan el punto de información que hemos instalado en el centro y han colocado carteles hasta en los portales, acuden a todas las manifestaciones generales... Por todas partes han proliferado plataformas de usuarios, se hacen reuniones conjuntas... Más organismos, más diversidad, más dinámicas propias... y sin embargo todos juntos, todos coordinados.

Estamos aprendiendo mucho todos. La palabra “organización” nos sugería algo uniforme, muy estructurado, ideológicamente muy unificado, jerarquizado, con figuras visibles. Y hay que cambiar ese chip. Aquí cualquiera de los que participan en una manifestación puede hacer declaraciones interesantes, porque todos sabemos

de qué va esto y podemos aportar algo. Todas las ideas son respetables y bienvenidas, de lo que se trata es de hacer, de moverse, de comunicarse, de cooperar.

Las mismas vías de comunicación se han revolucionado. Ésta ha sido la movilización del whatsapp, de los grupos de whatsapp en los que todos participamos en número variable y nos permiten estar conectados casi en tiempo real.

A la vez, esta “lluvia de ideas” desencadena acciones muy inteligentes, porque consigue que se seleccionen las más adecuadas a los intereses de todo el movimiento, “pasan” las que mejor representan el interés colectivo, y lo necesario en ese momento de la lucha.

El común ideológico es la defensa de lo público, de un sistema que funciona, con numerosas deficiencias y manifiestamente mejorable, pero que es de todos y del que nadie extrae beneficios, y que puede ser mejorado por los propios profesionales. Para éstos, ese es otro común ideológico, que nos dejen gestionarnos, que si no saben se vayan, que ya está bien de consejeros que no saben nada de la profesión y pasan por ella el tiempo justo para poder asesorar posteriormente a las empresas del sector.

Para la población es la negativa al expolio, a lo último que nos queda, ser atendidos en equidad cuando lo necesitemos, no perder el derecho a la asistencia sanitaria. La defensa de derechos básicos cuestiona de tal forma a un sistema político y económico que no se detiene en nada para mantener su maquinaria de beneficios y privilegios, que agrupa a la comunidad independientemente de ideologías previas, ideologías que luego sí se reflejarán en otras acciones ciudadanas como es el voto electoral. Y esa ya es otra discusión, el cómo todos estos movimientos pueden cambiar la realidad política.

En todos los espacios en que estamos, desde los sindicatos hasta el 15M, pasando por cualquier charla entre amistades, hay un tema que sale una y otra vez: ¿sirven

para algo las luchas sociales?

Yo diría al revés: ¿qué seríamos sin las luchas sociales? La crisis económica y política no nos deja otro camino que la movilización, pero habría muchas maneras de hacerlo, y creo que la capacidad de levantar movimientos tan heterogéneos y a la vez tan potentes como está siendo la marea blanca nos está sirviendo independientemente de los resultados. Y además resultados ya hay. Aunque nos impusieron su plan, somos los vencedores morales porque les desenmascaramos ante la sociedad, desmontamos su falacia con las cifras de ahorro que nos pedían y que no eran más que una cortina de humo para regalarle a las empresas lo que es de todos; su pretendida democracia imponiendo el plan con el respaldo de un millón y medio de votos cuando en 2 semanas les presentamos casi un millón de firmas, y su capacidad como gestores cuando han contado con la oposición unánime de los 75.000 trabajadores del sector.

Y además seguimos avanzando, ya sabemos que la huelga, los encierros y las marchas no les han derrotado y estamos modulando nuestras formas de lucha y dándoles otras perspectivas. Este mes de enero ha sido muy fructífero en reflexión, intercambio de ideas y reformulación de las acciones, y avanzamos hacia medidas importantes como la consecución de la unidad de acción más amplia imaginada frente al gobierno del PP, visualizada en un Encuentro en defensa de la Sanidad Pública que alumbre un manifiesto compartido por todas las fuerzas y actores de todo tipo que nos oponemos al plan privatizador del PP y la industria sanitaria.

Y sobre todo, avanzamos hacia la extensión estatal del conflicto, en un momento en el que ya se alza en pie de guerra nuestra Comunidad vecina, Castilla-La Mancha, y en que se empiezan a dar acciones similares a las nuestras (encierros, huelgas...) en varias comunidades, y que se va a coordinar en una primera Marea Blanca Estatal el 17 de febrero, por lo que cuando esta entre-

vista llegue a los lectores estaremos seguramente en un momento muy diferente al actual de esta lucha. Seguro que para bien. Estaremos gritando en todo el estado: *Sí se puede, juntos podemos. La sanidad no se vende, se defiende.*

Y a largo plazo, la reformulación de las ideologías, la depuración de lo que significa actualmente el compromiso y la izquierda, la redefinición de los valores con que nos movilizamos y nos organizamos, y la capacidad de hacerlo y conseguir victorias sociales es algo necesario a lo que espero que la marea blanca pueda contribuir.

**NOS LA ESTAMOS JUGANDO. DEFIENDE TU VIDA
LA MAREA BLANCA DEFIENDE TUS DERECHOS. DEFIÉNDELOS CON ELLA**

El Gobierno regional quiere reducir un 7% el presupuesto sanitario (535 millones de euros menos), pese a que Madrid es la comunidad con menor gasto sanitario en proporción a su PIB... ¡pero el coste de los hospitales de gestión 100% privada subiría un 20%!

Un euro por receta, hasta un máximo de 72 euros al año, salvo en medicamentos de valor inferior a 1,67 euros. Con el repago por medicamento ya vigente, a un(a) pensionista que cobre la contributiva mínima le podría salir en total por 168 euros al año (72+96).

Quieren privatizar la gestión sanitaria de 6 hospitales de gestión mixta (la no sanitaria ya está privatizada)

Peor atención: como cobrarían por población, no por servicio prestado, tratarían de reducir éstos para bajar costes. Falta de autonomía del personal sanitario frente a las presiones de la empresa para que reduzcan costes.

Gestión más cara: los costes por asistencia sanitaria que según la consejería tendrían esos hospitales bajo gestión privada (441 euros/persona) son un 27% mayores que los costes reales (347 euros/persona) que han tenido en 2012 bajo gestión pública.

Han cerrado el Instituto Cardiológico (2011: 2400 operaciones, 10.000 consultas, 6000 ecografías cardiacas)

La asistencia sanitaria de Atención Primaria se pasará a gestión privada en unos 27 Centros de Salud. Intentarán reducir costes para ganar más, cambiará el personal y será muy fluctuante...

Desmantelamiento del actual Hospital Carlos III, puntera en enfermedades tropicales o tratamiento del VIH, para especializarlo en *pacientes de media y larga estancia*. El Hospital de La Princesa se especializaría en "*personas mayores*", aunque la presión social ha forzado negociaciones, cuyo resultado aún no está claro pues se mantendría un fuerte recorte presupuestario.

Están preparando cientos de despidos para el 1 de enero de 2013. Sólo en el Hospital de La Princesa hablan de más de 200. Esos despidos significarán mucha peor atención a las y los pacientes.

Privatización completa de los servicios no sanitarios, lo que conlleva la extinción de 26 categorías y muchos despidos. Esto impediría una gestión integral de la atención al paciente, en aspectos tan importantes como la alimentación o la higiene, y deterioraría la calidad, cercanía e inmediatez de los servicios prestados ahora por esas categorías. También puede ser un paso hacia el objetivo ya propuesto por algunos sectores políticos y empresariales de que los gastos de alojamiento y de alimentación de los pacientes no sean cubiertos por el sistema público.



trasversales
http://www.trasversales.net
http://facebook.es/trasversales

El gobierno regional se ha comprometido a pagar durante 30 años un arriendo abusivo a empresas capitalistas por haber "adelantado" la construcción de siete hospitales que podrían haberse hecho con el coste de sólo seis o siete de esas anualidades de arriendo, sin más que haber escalonado la construcción. ¡Especulación y expolio de la riqueza pública!

Con el RDL 16/2012, de 20 de abril, se cargaron la universalidad del Sistema Nacional de Salud, excluyendo a las personas sin permiso de residencia en España, excepción hecha de urgencia por enfermedad grave o accidente, asistencia al embarazo, parto y postparto o menores de dieciocho años. El personal sanitario se opone a esta barbaridad a través de movimientos como *Yo Sí, Sanidad Universal* y del compromiso personal de cumplir su deber profesional y ético de atención a cualquier paciente.

**es tu vida
son tus derechos**

**DOMINGO 16 DE DICIEMBRE, 12 H.
MANIFESTACIÓN CIBELES-SOL**

**CUELGA UNA
SÁBANA BLANCA
EN LA VENTANA
PROPÓNSELO A TUS
AMISTADES**

si puedes, sal antes desde tu propio hospital...
o súmate a las marchas blancas en los puntos de paso...
Atocha, Nuevos Ministerios, Manuel Becerra...

Ángel Cameselle Corbacho

La privatización de la Sanidad es un mal negocio ... para los ciudadanos

Ángel Cameselle es secretario general de la Federación de Sanidade e Sectores Sociosanitarios de CCOO de Galicia

Una ola privatizadora recorre España. No es nuevo, aunque ahora en Madrid intentan meterle una marcha más.

El mapa privatizador es variado, aunque todos tienen un objetivo común: que la sanidad privada parasite de la pública. Parasita de la pública, en primer lugar, cuando se permite con descaro que una minoría, aunque importante, de médicos incumplan la ley de incompatibilidades. No se puede trabajar en la sanidad pública y hacerlo en la privada dentro de tu área de salud; no se puede trabajar en el sector privado y cobrar complemento de exclusividad y sobre todo no se debe consentir que ningún jefe de servicio de un hospital público lo haga en la privada. ¿Alguien entendería que un jefe de la Citroën trabajara para Seat o que uno de Coca-Cola trabajara para Pepsi? Las consecuencias de tal perversidad son conocidas, como conocida es la falta de vigilancia por parte de las autoridades sanitarias y políticas.

El negocio de la privatización se sustenta en los diferentes modelos introducidos con mayor o menor protagonismo por diferentes partidos del arco parlamentario: PP, PSOE, IU, CIU, PNV, ER, BNG, CC; así hospitales privados gestionan áreas de salud, lo más conocido es Catalunya pero en Vigo la empresa privada POVISA tiene adscritos por decreto a más de 150.000 ciudadanos y tiene el “honor” de tener las listas de espera mayores de toda Galicia. Otro modelo es el instaurado en Valencia, Madrid, Baleares, fórmula P.F.I., importada de Canadá y Reino Unido (ahora repudiado por los británicos) y donde el hospital lo construye una Unión de Empresas (UTE) y lo financian una serie de bancos. Resultado: el coste se multiplica por cuatro, cinco o más; además se privatizan servicios de los llamados no sanitarios (cocinas, lavanderías, mantenimiento), algunos sanitarios (radiología, análisis clínicos, diálisis...) y como se paga un canon alto se hace a costa de adelgazar personal sanitario (médicos y enfermeras) e invertir menos en tecnología y pruebas diagnósticas. Es decir, más negocio y peor asistencia. En Vigo, después de un amplio debate entre trabajadores, sindicatos, partidos políticos, Universidad de Vigo y asociacio-

nes de vecinos se acordó construir un hospital público con 1465 camas, docencia, investigación y tecnología y con un coste de unos 400 millones de euros y financiación 100% pública. Los mismos que firmaron el acuerdo, PSOE y BNG, que formaban gobierno, no quisieron licitarlo y permitieron que los nuevos inquilinos de la Xunta, los caciques del PP, cambiaran el modelo, redujeran camas hospitalarias, servicios, espacios y toda la docencia e investigación.... al “módico precio” de 1800 millones de euros (*).

Y ahora en Madrid ensayan la liquidación definitiva de nuestra *sanidad pública, universal y gratuita* en el momento del uso. Con un gasto inferior de nuestra sanidad a la mayoría de los países europeos, inferior al porcentaje del PIB del gasto sanitario en Portugal y con la calidad y universalidad prestada sólo se entiende el intento privatizador por los intereses económicos de los amigos de los que privatizan.

Quieren acabar con todo lo público y entregárselo a unas pocas grandes empresas que dirigirían el Sistema Nacional de Salud. Esta privatización perjudicaría, ante todo, a usuarios y trabajadores. De paso

también perjudicaría a ciertas pequeñas empresas y a determinados facultativos, como algunos jefes de servicio, que actualmente parasitan la sanidad pública y a quienes el mercado se les cerraría ya que las grandes empresas adjudicatarias dirigirían todo el mercado e impondrían sus reglas de funcionamiento y condiciones al Servicio Nacional de Salud y a las otras que participan en el sector. Sería un monopolio que prácticamente coparía el sistema.

Hace falta un frente común de profesionales, del conjunto de los trabajadores, sindicatos, usuarios de la sanidad, asociaciones de vecinos... y unirnos desde las diferentes comunidades autónomas y diferentes realidades. Sólo una bandera, que la Sanidad sea Pública, Universal y Gratuita, y para ello exigir no sólo que no haya recortes, sino que se incremente el gasto sanitario para invertir más y mejor. No sobran servicios, sólo sobran directivos que gestionan para introducir la privada y el negocio. La defensa de la Sanidad pública es un bien necesario e irrenunciable, su privatización es un buen negocio para los especuladores y malo para los ciudadanos.

* praza.com/politica/1028/os-intereses-cruzados-do-pp-e-as-empresas-adxudicatarias-do-novo-hospital-de-vigo

Jesús Jaén

Algunas reflexiones sobre la lucha en la Sanidad

Jesús Jaén es activista de la
Coordinadora de Hospitales y Centros Sanitarios

El 27 de diciembre, con la aprobación de los Presupuestos y la Ley de Acompañamiento, se cierra la primera etapa del conflicto que, durante dos meses, nos ha enfrentado a l@s trabajador@s y usuari@s con los proyectos privatizadores del PP. En este artículo no pretendemos analizar las medidas que dieron origen a la protesta, ni tampoco queremos hacer un relato cronológico de los hechos (todo eso lo podemos encontrar en excelentes trabajos y artículos); lo que vamos a plantear son algunas reflexiones sobre esta lucha: su alcance, su trasfondo y su relación con la situación política abierta después del estallido de la crisis económica.

Es la lucha más importante en la historia de la sanidad madrileña

Desde el 1 de noviembre del 2012 hasta el 27 de diciembre del mismo año (la primera etapa del conflicto) se produce la mayor movilización social y laboral que se recuerda en el sector. Cerca de 75.000 trabajador@s y decenas de miles de ciudadan@s salen a las calles para evitar la privatización de los seis hospitales, 27 centros de salud, la lavandería de Mejorada, el desmantelamiento de La Princesa y del Carlos III, la implantación del euro por receta, etcétera.

“¡La sanidad pública no se vende, se defiende!”. Es el lema unánime que agrupa a miles y miles de personas. Huelga indefinida convocada por el sindicato médico AFEM, 23 encierros de hospitales y 150 centros de salud, dos mareas o marchas blancas convocadas por la Plataforma (Patu-salud) que había nacido en asambleas convocadas por l@s propi@s trabajadores, manifestaciones ante la Asamblea de Madrid convocadas por la Mesa en defensa de la sanidad pública, cientos de concentraciones y cortes de vías, huelga de hambre y un innumerable repertorio de medidas de resistencia.

Nunca como hasta ahora nos habíamos mantenido tan unidos l@s trabajador@s del sector que, como todo el mundo sabe, está enormemente estratificado en categorías profesionales. Nunca como hasta ahora se habían unido y habían hecho pña l@s usuari@s, pacientes y trabajador@s. En “mi” hospital, La Princesa, enclavado en un barrio de clase media alta como es el de Salamanca, encontramos la solidaridad vecinal y el apoyo de “nuestros” pacientes. Se resquebrajaba la fidelidad política al PP. Nosotr@s hemos logrado 484.000 firmas en Madrid para impedir que se transforme en un hospital geriátrico. En el resto de la región, más de 1.000.000 de firmas contra las privatizaciones y otras tantas contra el cierre del Instituto Cardiológico, el desmantelamiento del Carlos III o por la dimisión del consejero de Sanidad, Lasquetty.

No es un conflicto laboral, es un conflicto social y político

La diferencia de esta movilización con otras que se han venido dando en los servicios públicos es que nunca fue un conflicto esencialmente laboral. No salimos a luchar exclusivamente por nuestros derechos como trabajador@s (aunque están íntimamente relacionados con la defensa de una sanidad pública y de calidad dotada de recursos suficientes), sino que fue una movilización en defensa de la sanidad pública y universal. Este “eje programático” hizo posible que se diera en la práctica una alianza social entre l@s trabajador@s y l@s ciudadan@s. En “mi” barrio, que es el distrito de Carabanchel, la asamblea del 15M o las asociaciones vecinales participaron en las concentraciones y actividades de l@s trabajador@s; y en La Princesa se ha constituido una Plataforma en defensa del Hospital que está desarrollando un trabajo muy activo tanto en la calle como en el centro. Muchos barrios de Madrid han vivido experiencias similares.

Es cierto que algo de esto ya se había visto en la “Marea Verde”, pero creemos que la dimensión de la “Marea Blanca” ha sido mayor. Quizás también porque la Sanidad somos tod@s y nadie escapa a su utilización en cualquier momento de nuestras vidas. Lo que llama la atención es la fuerza con la que la ciudadanía se ha movilizó, lo que nos hace pensar que se trata de uno de los “valores” más arraigados en la conciencia de la sociedad española o que somos conscientes que estamos defendiendo uno de los mejores sistemas de salud del mundo.

Por último, se trata de un conflicto político porque desde un primer momento trascendió al ámbito de los partidos y grupos parlamentarios. L@s trabajador@s sabíamos y sabemos que “esto” no tiene una solución meramente social y que era preciso implicarnos en la acción política.

Hemos perdido una batalla pero no la guerra

La aprobación el 20 de diciembre de los Presupuestos y el 27 del mismo mes de la ley de Acompañamiento (donde se integró el Plan de Sostenibilidad del Sistema Sanitario) supone, como dijimos al comienzo, el fin de la primera etapa del conflicto. Su aprobación sin apenas modificaciones y con el acuerdo verbal de La Princesa en el aire, es desde nuestro punto de vista una derrota parcial del movimiento. Ellos han conseguido aprobar las leyes, un marco legal o jurídico con el que llevar adelante sus privatizaciones o el resto de sus planes. Sin embargo no han ganado la guerra, muy al contrario queda uno de los aspectos más duros: implementar el plan de Sostenibilidad poniendo al mercado los hospitales y centros de salud. ¿Lo van a conseguir? La experiencia nos dice que no es fácil.

La aprobación hace siete meses de la ley de privatización de las 26 categorías profesionales no sanitarias no ha significado aún la venta de ninguno de los servicios, ni siquiera la puesta en concurso por parte de las empresas adjudicatarias. Y esto no es por un problema técnico, sino porque la lucha social está poniendo en serias dificultades al gobierno del PP. Por lo tanto tienen que ganarnos la guerra completa y no les va a resultar sencillo porque vamos a transformar cada uno de sus pasos en un campo de minas político, legal y jurídico.

Nosotr@s también hemos ganado una batalla

Me lo recordaron mis compañer@s del 15M en Carabanchel en una asamblea de barrio cuando yo les hablé de derrota parcial tras la aprobación presupuestaria. ¡Nosotr@s hemos ganado la batalla de la opinión pública! Porque la sociedad “no les ha creído”. No se ha tragado sus mentiras acerca de que lo privado es mejor que lo público, o más barato, o más profesional. No, aquí se ha dicho que queremos lo público, que la Sanidad es un derecho y una

conquista, y que sus medidas son para su propio enriquecimiento, para transferir recursos públicos a los privados, para convertir la sanidad en un negocio de sus amigos y de políticos corruptos como los que gobiernan o están al frente del PP en Madrid.

¡Qué lejos quedan aquellos tiempos en que las ideas neoliberales se asumían sin resistencia!, o las campañas demagógicas contra los funcionarios de los servicios públicos (hoy el médico es la segunda profesión mejor valorada según una encuesta reciente).

Y esas mismas encuestas han sido demoledoras, más del 90% defiende la sanidad pública y casi el 60% no ve necesarios los recortes en sanidad para mantener la sostenibilidad del sistema como está actualmente. También es cierto que el propio PP nos ha ayudado mucho con operaciones como las de Güemes, con las relaciones endogámicas entre lo privado y lo público, etcétera.

Lo que se ha visualizado en este conflicto no es un enfrentamiento solo de ideas, sino esencialmente un choque de clases sociales: por un lado la élite política y empresarial que busca el negocio a costa de la inmensa mayoría de la sociedad; por otro el conjunto de la ciudadanía intentando no perder los derechos adquiridos. Son los intereses de clase los que han movido al PP a intentarse hacer con los grandes negocios de la sanidad cuando el ladrillo ha entrado en franca decadencia. Por esa misma razón las empresas con pretensiones a entrar en el negocio como Capio, Ribera Salud, Sanitas, etc., están vinculadas de una u otra forma a las familias del PP.

El Partido Popular sale tocado

Soberbios y prepotentes, la derecha no podía imaginarse que su salto “definitivo” hacia la sanidad pública iba a resultarles un enfrentamiento cuerpo a cuerpo donde las bajas se están dando en uno y otro lado.

El primer round en La Princesa, donde se encontraron una oposición total que iba

desde los jefes de servicio hasta la ciudadana. Era inimaginable, unos meses antes, ver desfilar a Ana Botella por la mesa de firmas para dejar su huella contra el desmantelamiento del hospital. Pero no como ella, sino por un ejercicio de sinceridad, miles y miles de votantes del PP nos decían: “yo no les he votado para que cierren el hospital”. La rebelión estaba en marcha.

La Marea Blanca ha tenido la capacidad que no llegó a tener la Marea Verde, y esa ha sido la de movilizar a un sector de la derecha contra su partido. El desgaste político que ha sufrido estos dos meses el PP ha sido tremendo. La caída de 15 puntos en las encuestas también se la deben en buena parte al daño que les está infligiendo la Marea Blanca y, por descontando, la corrupción como parte de sus pretensiones de poder.

Ahora ha sido más fácil desmontar el intento de Güemes por hacerse con los análisis clínicos; salta el caso Bárcenas y posteriormente el ático de Ignacio González. Todo huele a podrido en el PP.

Los sindicatos de la Mesa Sectorial

Amyts (sindicato médico), Satse (enfermeras), Usae (auxiliares de enfermería), CCOO, UGT y Csit-UP, son los sindicatos con representación en la Mesa sectorial de la sanidad.

Estos sindicatos han jugado un papel menor por no decir irrelevante a lo largo de todo el conflicto. Siempre a remolque de las movilizaciones, tuvieron que usar todo tipo de métodos con tal de meterse en el conflicto. Primero convocando unas huelgas cuyo promotor había sido Afem (después hablaremos de él); y en segundo lugar, tratando de reubicarse en medio de una gran movilización que surgió de manera espontánea y por las bases.

A veces dificultando la movilización más que otra cosa porque intentaban acaparar el protagonismo que la propia lucha no les estaba dando. La precariedad con la que han abordado este conflicto es la expresión de la crisis estructural que atraviesa en la

sanidad una forma de entender el sindicalismo.

Limitados a “aconsejar” a los trabajadores individualmente y oxidados por una práctica burocrática basada en las negociaciones con las administraciones, los sindicatos actuales han sido desbordados por la movilización conjunta de los médicos y, por una nueva generación de enfermeras que se han ido forjando al calor de las redes sociales y la nueva cultura de los medios.

La onda larga del 15M

Me gustaría hacer una afirmación bastante rotunda: la Marea Blanca es una de las hijas del 15M. En mi opinión el 15 de mayo de 2011 se abrió un nuevo ciclo político con la irrupción del movimiento 15M.

Ya se ha analizado mucho y bien lo que está siendo este movimiento. Para nosotros, el 15M no ha muerto sino muy al contrario se encuentra políticamente vivo, lo único que ha sucedido es que ha transfundido su sangre hacia la sociedad en forma de Mareas, stopdesahucios, preferentes, TeleMadrid y un larguísimo etcétera.

Me alegra haber formado parte de dos de los movimientos más potentes y creativos de contestación a la crisis: el 15M y la Marea Blanca. Y en los dos he podido visualizar, salvando enormes distancias, cosas muy parecidas que me gustaría señalar.

Primero, la espontaneidad. Segundo, la auto-organización (encierros). Tercero, la asamblea como centro de todo. Cuarto, la independencia de las organizaciones tradicionales (Marchas blancas) pero sin el menor sectarismo (más bien ha ocurrido lo contrario). Quinto la confianza en la acción. Y sexto, el esfuerzo por introducir una nueva cultura política basada tanto en las redes sociales como en los principios anteriormente enumerados.

El fruto de esta nueva lucha ha sido Patu-salud (Plataforma Asamblearia de Trabajadores y Usuarios), que se ha creado tomando como base los 6 hospitales que querían privatizar (los nuevos) y los hospi-

tales de toda la vida (La Paz, Doce de Octubre, etc.). La base social ha sido una mezcla de todas las categorías profesionales pero sin duda la punta de lanza ha sido enfermería. Patu-salud nació con prejuicios corporativos y apolíticos (exceso de profesionalismo) pero a medida que la realidad ha ido golpeando se perciben signos positivos hacia la conformación de una asociación nacida al calor de los movimientos sociales.

Por otra parte y a otro nivel creo que Afem (asociación de facultativos especialistas de Madrid) ha sido también un fruto de esta nueva situación. Sindicato de médicos creado en asambleas, ha liderado la huelga indefinida y la gran protesta de los médicos tanto de primaria como de hospitales. En momentos determinados han mantenido posturas a nuestro entender corporativas, pero lo que nadie puede negarles es que han sido la primera línea de fuego contra los proyectos de la Consejería. Las posiciones de AFEM se han mantenido por el momento en contra de los recortes sociales pese a que forman parte del comité profesional, en donde algunos de sus integrantes como los jefes de servicio o colegios profesionales se han mostrado partidarios de aceptar un “ahorro” de cerca de 600 millones de euros, lo que resulta a todas luces incongruente con la defensa de la calidad asistencial.

Propuestas

Intentaré resumir cuáles son las líneas estratégicas sobre las que nos moveremos los próximos meses:

- a.- Extensión del conflicto a un ámbito de toda España. El punto de arranque quiere ser el 17 de febrero con la primera Marea Blanca en todas las ciudades del país.
- b.- Coordinación de la sanidad con otros sectores públicos: educación, ayuntamiento, bomberos, Canal de Isabel II...
- c.- Tantear si es posible lanzar una consulta popular en Madrid contra las medidas privatizadoras. Esta consulta debe ser muy pensada dado que partimos de una base

muy alta: más de un millón de firmas y un techo de movilizaciones entre cien y doscientas mil personas.

d.- Se está trabajando también en el plano político para impedir las privatizaciones ya aprobadas. Para ello se quiere construir un Encuentro con los partidos de la oposición, sindicatos, asociaciones, plataformas... en donde cada cual en su ámbito, ejerza todas las medidas que impidan la venta de los hospitales y centros de salud, a cualquier empresa como Capio o Ribera Salud. Entre las muchas acciones que se pueden llevar a cabo están las auditorías, los recursos de inconstitucionalidad (seguramente prosperará el del euro por receta), el incremento de la presión social y la delimitación de una hoja de ruta que obligue a los partidos a un compromiso explícito para las elecciones que se pueden celebrar en cualquier momento.

e.- Finalmente, y de cara al próximo 31 de marzo, nos estamos preparando para una verdadera batalla contra los despidos. No podemos olvidarnos que en esa fecha finalizan miles de contratos eventuales que pueden no ser renovados. Por lo pronto, el 31 de diciembre ya se despidieron nada menos que 683 profesionales de todas las categorías (faltando aún datos de hospitales donde se van a producir muchos más como el Puerta de Hierro o el Cardiológico); esta cifra viene a sumarse a los 430 que se despidieron en marzo de 2012, lo que nos pone en más de mil trabajadores menos en las plantillas del SERMAS.

La lucha contra los despidos no es una reivindicación egoísta ni laboral sino un derecho que se une a la defensa de una sanidad pública y de calidad que cuente con suficientes medios humanos, técnicos y materiales.



Hablando con... Víctor Martí

La lucha contra los desahucios y la vivienda como derecho

Victor Martí es activista del Grupo de Vivienda y anti-desahucios de la Asamblea Popular de Tetúan (15M)

¿Podrías describir, en rasgos generales, por qué y a partir de qué momento se ha alzado un importante movimiento social contra los desahucios?

El movimiento contra los desahucios, llamado Stop Desahucios, tiene una existencia de unos dos años. Empezó con un grupo no estructurado en Murcia, y luego se estableció como Plataforma de Afectados por la Hipoteca en Barcelona hace dos años y unos pocos meses, más o menos. Entonces era un grupo muy pequeño.

El siguiente grupo fue el de Madrid, que se inició en febrero de 2011, pero no intervino directamente sobre un desahucio hasta junio de 2011, justo un mes después de la explosión del 15M. Fue en Tetúan, y es importante decir que el movimiento 15M captó completamente algo que apenas salía en los medios de comunicación, por no decir nada. Lo único que se publicaba a veces era alguna nota pequeñita en los periódicos comentando las notas trimestrales del Consejo General del Poder Judicial sobre cómo iban aumentando los desahucios, pero nada más, no era una noticia en ningún medio, no aparecía y eso que había 170 desahucios al día. Como siempre pasa con estadísticas opacas, no nos dicen cuántos desahucios son de primera vivienda, de segunda, de solares, de suelo, de terreno rústico, de locales. Nunca se ha desglosado eso, pero el hecho es que había 170 desahucios al día. Es posible que hubiese un 30% o un 40% de desahucios de primera vivienda en ese total, es lo que estiman algunos expertos.

Sin embargo, lo llamativo es que el 15M sí que lo entendió desde el primer momento. Era una situación, pese a su ocultación en los medios, de auténtica alarma social. Se convocó esta primera acción para parar un desahucio. Esto lo hizo la Plataforma, que era un grupo de personas, había algunos de DRY, algunos afectados y apenas otros cuatro o cinco activistas más. De hecho DRY se había desvinculado un poco de lo que fue la Acampada de Sol, no quisieron meterse mucho, con lo cual no estuvieron en el proceso de creación de las Asambleas de los barrios. Lo sé porque la experiencia la viví en los dos lados. Yo empecé a ir a la Plataforma en mayo.

Se reunían una vez a la semana, éramos como 10 o 15 personas en total. Yo iba porque me

interesaba el tema de la vivienda y esta situación me habían llamado la atención desde hacía meses, esas cifras del CGPJ y que no aparecieran noticias por ningún lado. Así que en cuanto se constituyó la Asamblea de Tetuán se comunicó que existía este desahucio en el barrio, la persona que estaba en la Plataforma y tenía ese desahucio vino a la Asamblea de Tetuán y ahí se fusionó ese movimiento que, desde entonces, ha ido completamente de la mano. La Plataforma se ha retroalimentado de las asambleas de los barrios y al revés. De hecho, ahora mismo dentro de la Plataforma, en el comité que lleva toda la infraestructura aquí en Madrid, hay gente de numerosas asambleas de barrio, de Ciudad Lineal, de Carabanchel, de Usera. Y eso es algo muy interesante, cómo el 15M supo captar un problema que no existía en ningún lado, cómo se percibió como un problema propio, como un problema real que estaba en la calle. Sin noticias, la gente supo reaccionar y muy rápidamente fue consciente de esta situación en que las personas perdían la vivienda. Es muy llamativo eso.

Puedes contarnos algo de esa experiencia de intervención directa sobre los desahucios y sobre los vínculos entre activistas y personas afectadas.

Las relaciones con los afectados son, por decirlo de una manera sencilla, curiosas, porque evidentemente hay todo tipo de personas, pero son personas que están dentro de esta sociedad, en la que durante muchísimos años se ha fomentado el individualismo, el soluciónate tú los problemas, tú eres el responsable de tu situación, toda esta especie de ideología del hombre hecho a sí mismo y el que no cumple esas expectativas es un fracasado. Esto en situaciones de desahucio en un país con seis millones de parados y un 80% de vivienda en propiedad. Hay mucha gente que no puede pagar su hipoteca. Lo ha vivido durante todos los años de esta crisis como un problema de culpa y de haber hecho muy mal las cosas,

de haber cometido un error y no haber salido de ello. Sin embargo, hay una minoría que contacta con el grupo de Vivienda del barrio o va a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y empieza a darse cuenta de otras cosas. Es un proceso lento porque uno va con su saco encima lleno de los problemas que tiene, de no poder pagar la vivienda, de estar en el paro, todos los problemas que eso conlleva, familiares, de todo tipo. Es una experiencia personal que he aprendido, el ser consciente de que ser pobre es muy complicado en esta vida. Tienes que estar presentando papeles en todos lados, continuamente, que no suelen servir para nada y además son un montón y complicadísimos, presentar declaraciones de renta y todo tipo de papeles. Son personas a las que las tienen todo el día de un lado para otro para pedir cualquier tipo de ayuda que no llega nunca, para pedir una vivienda de alquiler de la Empresa Municipal de la Vivienda, para pedir una ayuda como la Renta Mínima de Inserción, para cualquier cosa. Tienen que presentar miles de papeles, eso contribuye a sentirse como una especie de inútiles, son papeles complicadísimos de conseguir y además siempre te falta alguno. El trato que suelen recibir cuando te falta alguno suele ser no muy bueno.

Dentro de todo el movimiento stopdesahucios los afectados, poco a poco, entran en un proceso de darse cuenta que no son culpables. Es un proceso complicado, pasar de ser, de sentirse víctima o culpable, bueno, víctimas sí son, pero de sentirse culpables, a saltar sobre ese estado depresivo de que todo te viene en contra, de que tú eres responsable de ello. Ha habido personas que han cambiado radicalmente. Ahora en Tetuán tenemos a una activista, afectada en ese primer desahucio, que no ha parado desde entonces, dice “yo tengo que devolver aquello de cuando se me presentaron 500 personas en mi vivienda para parar mi desahucio”. Entonces no tenía ninguna experiencia de lucha social y desde entonces está metida en todos los fregados.

Como éste hay bastantes casos. También hay mucha gente que pese a estar en este proceso no sale de su propia bolsa de problemas y en la medida en que puede conseguir algo desaparece. Pero hay una parte muy importante que sí que se va implicando y se vuelven tan activos que nos superan a los que se supone que hacemos esto por “militancia”.

Este tema, una vez que trascendió a los medios de comunicación, hay riesgo de vivirlo como algo muy sensacionalista. Están al orden del día los dramas personales en televisión, de las personas que lo pasan muy mal, que toman muchas pastillas, que se les viene todo encima, y eso es un filón muy jugoso para las televisiones. Pero el movimiento contra los desahucios trasciende esa visión, pretende una denuncia de lo que se ha hecho con un derecho fundamental, más incluso que un derecho, una necesidad básica de tener un sitio donde cobijarse, un derecho desprotegido en este país, donde sólo se ha querido satisfacer intereses económicos de grupos muy poderosos, como son constructoras, bancos, etcétera.

No es sólo el problema individual del que se siente víctima. Porque se podría hasta aceptar que no puedes pagar la vivienda, se te quita y tú no tienes que vivir allí, la casa es del banco, no es de una ONG, pero entonces, evidentemente, las administraciones públicas tendrían que proveer la necesidad básica de tener un sitio donde cobijarse, una vivienda, un sitio digno donde meterse. Este es un modelo teórico que actualmente dista años luz de cumplirse.

El gran reto es que, habiendo tantos millones de casa vacías, la gente sea expulsada, sin más, de sus viviendas. Sin ninguna alternativa donde habitar. Por eso el 15M entendió muy bien el aspecto político de esta lucha: por un lado, nos encontramos en una sociedad en que hay millones de viviendas vacías y por otro lado personas a las que echaban de casa, ¿cómo esto podía ser y cómo esto no se solucionaba?, y de

ahí vino una demanda lógica de alquiler social. En este país no hay parque de alquiler social, cuando esa es la medida lógica. Cuando vamos a parar los desahucios la gente se está quedando en la calle, sin ninguna otra alternativa. Una vez que tengan una alternativa, partiendo de que hay tres millones de casas vacías según algunas estadísticas, lo lógico es crear un parque de alquiler a unos precios que puedan pagarlo, que se ajusten a la economía de las personas, ése es el reto.

Habéis puesto sobre la mesa la necesidad de una solución política global al problema de la vivienda, logrando recoger cerca de millón y medio de firmas para una Iniciativa Legislativa Popular (ILP). ¿Podrías comentar los ejes propuestos en esa ILP y también cómo ha resultado esa experiencia de contacto social en la calle llevada durante varios meses?

Las tres peticiones fundamentales de la Iniciativa Legislativa Popular son la paralización inmediata de todos los desahucios mientras no exista una alternativa habitacional para las familias o las personas que no pueden hacer frente a los pagos de la hipoteca; la dación en pago, un término que se ha introducido en la sociedad a través de la movilización social, un término técnico complicado pero que ahora cualquier persona entiende, la dación en pago es que entregues la vivienda y a cambio te quedas sin deuda; y el alquiler social, que daría respuesta a las personas que entregan la vivienda y que tendrían una alternativa de alquiler social para no quedarse en la calle, hay muchas viviendas vacías en manos de entidades financieras.

La experiencia en la calle ha sido enriquecedora. En Tetuán hemos estado cinco o seis meses tres veces a la semana recogiendo firmas y ha sido un trabajo muy interesante y ya no tanto por el número de firmas, que han sido muchísimas las que se han recogido en el barrio, sino por la relación con las personas. No ha habido, salvo alguna anécdota, alguien que estuviera en con-

tra de esto, se cuentan con los dedos de una mano las personas que hayan podido manifestarse en contra de estos tres puntos, y sí hemos encontrado mucho apoyo. Y luego lo que sí ha sido sorprendente es la cantidad de personas que hay afectadas. Era raro el día en que no venía alguien y te decía o que ella estaba afectada, y eso que suelen tener bastante vergüenza las personas cuando se enfrentan con este problema, o que lo estaba un familiar suyo, en proceso o ya desahuciado. Eso era algo habitual y muy llamativo. Muchísimo apoyo de la gente y mucho agradecimiento. Ha sido muy importante para dar un poco más de visibilidad a este problema, no desde el punto de vista sensacionalista del drama individual de cada uno sino como problema que afectaba a muchísima gente y que necesita una respuesta política. Personas que nos traían folios de papel o rotuladores o a dar dinero. Alguien siempre quería dar dinero pero no vendíamos nada, era todo gratuito, que eso siempre se agradece, y además la calle está llena de gente que reparte propaganda de toda clase de cosas y era también bastante habitual que cuando oían la palabra “desahucio” personas que pasaban de largo pensando que estábamos vendiendo o algo así se daban media vuelta y acudían a firmar.

Según varios sondeos en torno al 90% de la población ya rechaza los desahucios de personas sin medios económicos suficientes y apoya soluciones más justas. ¿Cómo se ha logrado ese consenso social que supera las barreras ideológicas, electorales o partidistas tradicionales, pese a que los dos partidos mayoritarios optaron por no darle soluciones?

El proceso ha sido interesante. Al principio no había ninguna opinión de nada, porque como no existía este problema en los medios, aunque en la realidad sí, pues no había ninguna opinión. En cuanto empezé a ser noticia, hace año y medio, sí que había una opinión, digamos que dictada desde el poder, mayoritaria, que argumentaba que la gente había vivido por encima

de sus posibilidades, que era irresponsable, que por qué había firmado esas hipotecas si no las podían pagar, que apechugase con ello, etc. Mientras tanto estaba la voz de la calle que contestaba que eran víctimas de una estafa. Y esta segunda opinión, que se colaba muy poco a poco, ahora mismo es mayoritaria. Y desde luego han contribuido mucho para fomentarla las entidades financieras. Las que han actuado mal son las entidades financieras. Las que han vendido hipotecas basura. Eso es una cosa que también se aprende con la experiencia, es matemático, las hipotecas que están inmersas en procesos de desahucio son sobre todo hipotecas hechas a partir de 2005, 2006, las hipotecas que dieron en los estertores del boom eran una auténtica basura. Yo he visto toda clase de hipotecas y son vergonzosas, donde los que se suponen que iban a ser avalistas aparecen como propietarios, los propietarios como avalistas, personas que no se conocían entre ellas firmaban conjuntas, etc... y al final sacas la conclusión de que era algo habitual, que tenían que dar hipotecas a toda costa para mantener la rueda, mantener la liquidez, sacar las cédulas y venderlas para dar más hipotecas y aquello fue una locura. De las hipotecas sobre vivienda habitual que hay firmadas de 2005 en adelante a mí me gustaría saber cuántas han acabado en proceso de desahucio. Sería muy interesante, porque yo estoy convencido que sería un porcentaje abrumador las que se han hecho desde 2005, 2006.

Y la sociedad lo ha entendido muy bien. Hay casas vacías y todo el mundo lo ve en los edificios. Rara es la comunidad de vecinos que no tiene alguna casa vacía y a la vez ven que echan a la gente sin ninguna alternativa. Aquí se inicia un proceso de desahucio y nadie es responsable de nada, nada más que el propio desahuciado que se va a la calle. Y claro, es muy fácil de entender, al final acaba calando en las personas, ¿cómo es posible todas estas casas vacías, millones, y empiezan a sacar ahí las imágenes de televisión de Seseña y barrios aquí

enteros nuevos que se han hecho, y a la vez ves a la gente que la echan, y si he dicho que antes había 170 desahucios diarios ahora son 500. Y es fácil de entender, no hay que ser un brillante economista para entenderlo, que esta situación es injusta a todas luces. Y eso es lo que al final ha calado. Además, la sociedad ya es consciente de que **le puede pasar a cualquiera**. Ésta es una frase que escuchábamos continuamente cuando estábamos recogiendo las firmas.

¿Y qué respuestas han dado los gobiernos?

Lo que está clarísimo es que las medidas que han utilizado los gobiernos no han servido ni están sirviendo para prácticamente nada porque no se enfrentan al centro del problema. Habría que hablar de la configuración del poder, evidentemente los que se han forrado con los años de burbuja son muy poderosos, las entidades financieras siempre han tenido un peso enorme en este país. Ahora lo siguen teniendo y cualquier tipo de medida que vaya al meollo del problema supondría un enfrentamiento con estas entidades financieras.

¿Cómo se viven las medidas del gobierno dentro del movimiento? Pues evidentemente dan ganas de luchar. Dentro de nuestra inexperiencia en luchas sociales, como hemos dicho, hay afectados que no habían luchado en su vida en ningún tipo de movimiento social e incluso nosotros tampoco teníamos la experiencia que hemos cogido en año y medio, sí que se vio desde un principio que el enfrentamiento directo era con las entidades financieras. Este enfrentamiento te hacía ser muy consciente de que éste es un problema que no se va a solucionar de un día para otro, en eso sí que somos muy conscientes, es un problema muy largo que desde luego no están solucionado por muchas medidas de maquillaje que pongan, de eso somos conscientes y es muy difícil engañarnos en lo que hay alrededor de esta lucha contra los desahucios. El problema es que la sociedad pueda percibir de alguna manera que esas medidas sí que

están valiendo para algo, pero yo creo que al final el peso de la realidad es muy fuerte; desahucios sigue habiendo, va a seguir habiendo, sigue habiendo viviendas vacías, no las van a llenar, es imposible, podrán venderlas a especuladores de donde sea, a rusos, que es lo que quieren, a chinos, no sé a quien, pero la mayoría de las viviendas van a seguir vacías, no sé cómo las van a llenar si siguen con la misma dinámica.

Entonces está muy claro que hay que seguir presionando, está muy asimilado, el movimiento está mucho más fuerte que cuando empezó. No van 500 como en el primero, pero sí que hay una lucha muy constante y en muchos sitios diferentes. Voy a la Asamblea de Vivienda, antes se llamaba interbarrios, con los diferentes grupos de vivienda, y es una asamblea que no ha decrecido, sino que ha ido aumentando y ahí compartes el espacio de lucha, siempre se hace una rueda en que los diferentes grupos van contando sus casos y la verdad es que la rueda suele ser la mayor parte de la asamblea porque hay casos en todos los sitios, hay diferentes luchas, desde cualquier barrio de un pueblo pequeño hasta barrios más grandes o ciudades del sur que pueden tener su propio grupo de desahucios, 90 desahucios dijeron el otro día que llevaban en Parla. Este movimiento tiene mucha fuerza y va a seguir porque va a seguir habiendo desahucios, simplemente, y porque las medidas que están haciendo no impiden los desahucios, van a seguir produciéndose. Ahora, de hecho, hemos tenido una tregua de tres meses de desahucios de hipotecas, bueno hemos tenido tregua de las que se están luchando, las personas que no luchan siguen siendo desahuciadas. Se han parado cuando aparecía la Plataforma. Este movimiento, además, se ha ganado un respeto, ahora es muy diferente, no sólo la percepción que había en el discurso social, sino cuando vas a una sucursal y plantas un papel de la Plataforma o del 15M del barrio, cómo te recibía un director de una sucursal hace seis meses o un año a cómo te reciben ahora.

Eso sí que es también una cosa que tenemos a favor. Sobre todo los bancos que, se supone, han sido muy buenos y han cumplido sus deberes, véase Santander, BBVA, La Caixa, la Kutxa, que tienen mucho miedo a mezclarse con ese problema y eso nos da mucha fuerza para esas pequeñas victorias individuales, eso se puede conseguir sólo por el respeto que nos hemos ganado en la sociedad y tienen muchísimo cuidado de hacer lo que podían hacer hace seis o siete meses de llamar a la policía, del desahucio se hace sí o sí, de verse mezclados con imágenes de policías. ¿Por qué?, porque la gente, como has dicho, apoya en un 90% las reivindicaciones.

Desde los movimientos críticos se ha insistido en la prioridad del alquiler social para garantizar el derecho a techo. El gobierno ha comenzado a hablar de eso, de un Fondo de viviendas de alquiler social, ¿recogen por fin las demandas sociales?

Lo que están haciendo las diferentes administraciones, los diferentes gobiernos son auténticas chapuzas, es intentar acallar a la opinión pública y es el único objetivo que tienen. No lo están consiguiendo porque este tema sigue saliendo continuamente. El Plan de Infraestructuras, Transportes y Vivienda que sacó el Ministerio, lo estuvieron confeccionando durante todo el verano, dentro de la parte de vivienda, que tenía como 100 páginas, no hablaba absolutamente nada de alquiler social, lo único que ponía era que iban a subvencionar viviendas, eran dos frases en las 100 páginas, y que iban a subvencionar el posible acceso a la vivienda mediante el alquiler, o sea, ahí ni lo mentaba. Luego ha hecho posteriormente otras medidas, de hecho en estas medidas urgentes para paliar la situación de las personas desahuciadas incluyeron un mandato al Gobierno de crear un plan de viviendas de alquiler social, cosa que desde luego no contemplaba en el plan que se supone maestro para los próximos tres años. Es improvisación. En ese plan de viviendas cuentan con 6000 viviendas de

los bancos, que nadie controla, los bancos han puesto lo que han querido, ha habido como una especie de reparto entre los bancos, no sabemos qué viviendas son, nadie ha controlado eso, los bancos aportan lo que les peta, diciéndolo vulgarmente. Y ese es el plan que hay. Y conviene señalar que las tan cacareadas 6000 viviendas son el 0,2% de tres millones de viviendas vacías. A la vez, como este Gobierno tiene tan marcado ideológicamente, sobre todo en la Comunidad de Madrid, lo de las privatizaciones, se encuentran que tienen que hacer, por un lado, esa especie de minialquiler social que quieren promover con esas viviendas de los bancos, pero, a la vez, la Alcaldesa ya ha anunciado que la Empresa Municipal de la Vivienda no va a construir nada más y que va a intentar que toda la EMV pase directamente al IVIMA. A su vez, en el IVIMA ha sido privatizada la gestión, una fase para luego privatizarlo todo, de hecho ya hay muchos trabajadores del IVIMA que son de una empresa catalana que está llevando la gestión, y, a su vez, está desmantelando todo el parque del IVIMA y ofreciendo las viviendas a los propios inquilinos. Hemos visto el caso de unos edificios de la EMV que querían vender, en fin, todo es un completo despropósito y, de hecho en la nueva reforma del alquiler hacen una comparativa al principio de la ley entre el alquiler en España y en la UE. Es muy curioso, porque compara el alquiler de España y la Unión Europea diciendo que hay un déficit de alquiler en España, pero no hablan del alquiler social. El déficit de alquiler privado con la Unión Europea es muy pequeño, me parece que dos o tres puntos, donde sí hay una diferencia es en el alquiler social, aquí tenemos el 1% frente a una media de un 15% en la Unión Europea, ese sí que es el problema, pero lo obvian.

No hay ningún plan de alquiler en este país, lo único que tenemos es eso, la prevista salida a alquiler social de viviendas de los bancos. Y luego, por un lado, quieren privatizar, por otro lado ceden viviendas a

Cáritas, con lo cual dan un sentido caritativo al alquiler social que en otros países no tiene, ese es un reto que tiene el movimiento, que el alquiler social no sea algo asistencial sólo para personas que no tienen vivienda, sino que sea una vía de acceso normalizada a la vivienda, que pueda haber un tope de renta, no tiene sentido que el alquiler social sea sólo para personas que no tienen dónde meterse. En Escandinavia o Dinamarca un 30% de la población vive en viviendas de alquiler social muy dignas, aunque en el mercado haya otras más lujosas.

¿Por dónde van las perspectivas del negocio inmobiliario?

Salvo algunas declaraciones estrambóticas, que todavía las hay de alguien de la patronal de las constructoras o de algún banco, diciendo que hay que volver a dar hipotecas y a construir, creo que está muy aceptado que ahora no se dan condiciones para que los bancos den hipotecas por 20, 30 o 40 años, cuando cada vez estamos más precarios y los sueldos están teniendo una importante merma. Eso está muy aceptado por las fuerzas económicas de este país. Y la Administración lo que quiere hacer es enfrentarse al problema no como el cumplimiento de un derecho, sino como un problema que tienen los bancos con sus activos tóxicos, con todas estas viviendas vacías que no se van a vender. A partir de ahí surge una especie de cuento de la lechera, no sé si saldrá o no saldrá, dando todo tipo de ventajas a cualquier empresa de todo tipo que compre lotes de viviendas y esas viviendas, claro, podrán comprarlas con muchas ventajas fiscales.

Quieren favorecer todo aquello que significa ventajas para el propietario de la vivienda. Quieren que las viviendas vacías se vendan a grandes grupos, a las Socimis o vehículos de inversiones inmobiliarias, a grandes grupos de inversores, a fondos de inversión, etc., y para que saquen la rentabilidad que quieren del alquiler tiene que ser muy ventajoso para el propietario, por-

que estos grupos no tienen ninguna vocación por hacer un trabajo profesional de alquiler, sino simplemente por sacar rendimientos muy rápidos. Se proponen que el alquiler pueda ser en cualquier momento suspendido, es decir, que los contratos de alquiler cada vez tengan menos garantías para el inquilino y sea más fácil deshacerlos por parte del propietario. Y ahí va encaminada todo lo que es la futura reforma del alquiler. La reforma del alquiler lo único que pretende es que el alquiler, como todo en esta vida, cada vez sea más precario, cada vez tengas menos derechos como inquilino, cada vez por menos tiempo y que en cualquier momento pueda ser deshecho el contrato por el propietario. No sé si lo podrán hacer, porque no todas las viviendas son alquilables de esa forma, pero es su intención, favorecer a todos estos grupos para que inviertan de alguna manera en todos los inmuebles que hay vacíos para luego sacarlos al mercado de alquiler.

Hay otras muchísimas formas que se están discutiendo en el movimiento que sí que se podrían hacer como es, desde luego, el parque de alquiler social o las cooperativas, que se fomente un tipo de cooperativas en que la vivienda esté en cesión de uso y que puedan acceder a edificios enteros al precio al que lo van a vender a los grandes lotes, que van a ser precios bastante irrisorios. Pero el Gobierno lo que tiene muy claro es que para ellos la vivienda es un problema de la banca y que tienen que solucionarlo para que fluya el crédito, según sus razonamientos, y nunca como un derecho, y ahí es donde el movimiento va retomando su fuerza.



Almudena García Mayordomo

La marea verde

Almudena García Mayordomo es profesora de enseñanza secundaria. Afiliada a CCOO

Me piden que escriba sobre la marea verde, marea de la que participo como profesora de instituto acudiendo a las convocatorias que puedo aunque no he sido una miembro activa de sus asambleas. La conciliación laboral y familiar es difícil, pero la familiar con la actividad social, casi imposible en una familia monoparental, en este caso “marental”.

El verde viene del color de las camisetas pero éstas, como bien sabemos los que trabajamos en Vallecas, comienzan antes. La Plataforma por la Escuela Pública de Vallecas, activa desde hace años, las diseña y comienza a vender un curso antes, ignorantes todos de que esa prenda se convertiría en símbolo de la mayor movilización en la enseñanza pública madrileña desde las famosas huelgas de finales de los ochenta. A mediados del curso 2010/11, al menos en Vallecas, se conocen algunas de las medidas que la Consejería se plantea para el curso 2011/12, respecto a los programas de atención al alumnado más desfavorecido (compensatoria e integración), la ratio alumno/ profesores, desdobles... En Vallecas se organizan diversos actos, asambleas y jornadas de distinto carácter, unas festivo-reivindicativo, otras de carácter institucional y académico, cuya finalidad es aunar los esfuerzos de padres y madres, estudiantes, profesorado y equipos directivos para defender los programas, las medidas y los recursos con los que se había contado por ser centros pertenecientes al programa de “centros de atención prioritaria”. En otras zonas de Madrid capital y la Comunidad se producen movimientos similares. ¿Las primeras olas de la marea? Yo creo que sí.

Pero el tsunami se desencadena por las Instrucciones de inicio de curso 2011/12, publicadas a primeros de julio, con claustros disueltos y profesorado desconectado, al menos eso se creía la Consejería; a las Instrucciones acompañarán poco días después los cupos de profesorado, el brutal recorte de las plantillas. Instrucciones y cupos hacen casi imposible en algunos centros mantener programas de compensatoria, desdobles, ratios... Además eliminan la tutoría, la atención semanal al grupo. La indignación crece y, a pesar de julio, comienzan las Asambleas; la primera, convocada por los sindicatos en el IES Beatriz Galindo, desborda las previsiones en participación. Los sindicatos se ven obligados a ceder ante un colectivo que reclama ser sujeto de sus reivindicaciones y quiere ser activo también en la toma de decisiones. Tras la asamblea en el IES Beatriz Galindo, vendrán los claustros extraordinarios en algunos centros, algo insólito “claustros en el mes de julio”, la asamblea en el San Isidro, las asambleas por zonas, las primeras movilizaciones, muchas de ellas al amparo del 15M...y se llega a septiembre.

La realidad de las medidas tomadas por la Consejería se vive en los centros: las dos “horitas” traducidas en muchos casos en 30 alumnos más, programas de compensatoria desmantelados, compañeros y compañeras que se despiden sin esperanza de trabajar ese curso, compañeros y compañeras que salen desplazados mientras el número de alumnos y alumnas por atender es mayor, adiós a los desdobles, refuerzos, laboratorios...y tutores sin

hora de tutoría de grupo, que se utiliza para lengua o matemáticas. La Consejería intenta “calmar” inventándose complementos nuevos o aumentando las cuantías de otros, se ve obligada a rectificar en algunos aspectos porque no le queda más remedio (se habían saltado sus propias leyes), pero no conseguirá frenar el malestar. El seguimiento de las primeras huelgas y la impresionante participación en las manifestaciones sorprenden no sólo a la Consejería, sino también a los sindicatos. Nace el término: marea verde.

La marea verde se va a traducir en un movimiento de profesorado, madres y padres, estudiantes que reclama y consigue el protagonismo en la toma de decisiones y en las propuestas de movilización. La marea se organiza a través de la representación directa de los centros, serán las asambleas de cada centro y zona las que elijan a sus representantes para que lleven sus propuestas. Los centros deciden qué quieren hacer y en qué quieren participar. Se cuestiona a los sindicatos y estos se ven obligados a tener que ceder espacio a las asambleas. Se arbitra un sistema de representación en las mesas de las asambleas y en el funcionamiento interno que obliga a los sindicatos a ceder y consensuar con las asambleas las propuestas.

En las asambleas de los centros convivimos personas con trayectorias de participación social y política muy diferente, lejos de convertirse en un problema para el diálogo y la movilización esta característica enriquece al movimiento ya que nos obliga a los más “politizados y sindicalistas” a escuchar, pensar y mirar con otros ojos a compañeros y compañeras hasta entonces indiferentes a nuestros discursos y propuestas. Descubrimos que podemos y debemos aunar esfuerzos y aprendemos a tragarnos perjuicios. En cierta medida esta nueva forma de relacionarnos se traslada también a otras instancias como las Asambleas generales y los sindicatos. También se refleja en la mayor participación de los afiliados en las reuniones sindicales, al menos en las

de la Federación de Enseñanza de CCOO, sindicato al que pertenezco. Pero también se generan polémicas, desde mi punto de vista: estériles y carentes de interés, sobre quién representa más y quién tiene mayor fuerza, entre los sindicatos y otras organizaciones. Afortunadamente estas polémicas no causan demasiado daño al movimiento general.

Un capítulo especial es el de las huelgas. La participación en las mismas, al menos en los centros que yo conozco, ha sido la más numerosa que recuerdo desde que volví a la enseñanza pública en el año 2000 y, según el profesorado más veterano, desde las famosas de finales de los ochenta; pero las huelgas, si no obtienen frutos tangibles y rápidos, generan desencanto y frustración en muchas personas que ven disminuir sus ingresos mensuales ante la impasibilidad de una Consejería de Educación que se ahorra “un dinerito”. Este sentimiento se va extendiendo y algunas personas siguen participando activamente en las manifestaciones y en las actuaciones por barrios e institutos pero no secundan las huelgas. Cada vez se hace más urgente y necesario buscar nuevas formas de rebelión que superen las clásicas. Y creo que en eso estamos todos, la marea verde continúa, las manifestaciones siguen siendo numerosas y la participación en las actividades también aunque no se convoquen huelgas. Tal vez sea la manera de mantener viva esta protesta mientras encontramos nuevas fórmulas para la transformación social.

En lo personal, la marea verde ha significado para mí descubrir que para más compañeros y compañeras de los que pensaba la enseñanza pública y todo lo que esta supone es mucho más que una forma de ganarse la vida; es un compromiso por la igualdad de oportunidades y la justicia. No se trataba sólo de defender nuestras condiciones de trabajo, sino de construir una barricada en defensa del derecho a la educación para todos y todas.

Toñi Ortega

Las mujeres en movimiento

Toñi Ortega es miembro del consejo editorial de *Trasversales*, miembro por UGT del comité de empresa de una empresa siderometalúrgica y activista de la plataforma Mujeres ante el Congreso

¿Qué papel tenemos las mujeres en el marco de esta crisis, tanto en lo socioeconómico como en cuanto a nuestros derechos sexuales y reproductivos?

Primero querría subrayar que los recortes sociales nos afectan de forma muy especial, a menos “Estado de bienestar” la situación de las mujeres empeora más aún que la de los hombres.

Hay que tener en cuenta que los cuidados cargan sobre nosotras y que lo que se pierde en recortes sobre salarios, pensiones y servicios tiende a ser cubierto, en lo que se puede, con actividad adicional y no remunerada de las mujeres, con lo que se agravan las consecuencias de la desigualdad en cuanto al deterioro de nuestra salud, carreras laborales más cortas y por tanto pensiones mucho menores, atención de personas dependientes, cuyo cuidado recae casi siempre sobre mujeres. Cuanto menos responsabilidad asumen el Estado y otras administraciones públicas en el cuidado de las personas, más suplimos ese déficit las mujeres, a falta de una igual corresponsabilidad social de los hombres en este ámbito, aunque haya excepciones.

Además, dentro del proyecto general de las élites capitalistas y de la derecha de empobrecer, esclavizar y disciplinar a toda la población existe un proyecto específico para hacernos dar un gran paso atrás en el aún insuficiente papel social que en estos momentos y tras muchos años de lucha hemos ido consiguiendo desempeñar.

Para ello, se ponen en marcha recortes en la ley de dependencia, se fomenta el trabajo a tiempo parcial a la vez que se deterioran sus condiciones, se degradan la educación y la sanidad públicas. Este ataque contra servicios públicos tan esenciales tiene además otra cara, pues son sectores con una muy importante presencia de mujeres, en el profesorado, en el personal médico y de enfermería, etc. Así que las pérdidas de empleo en esos sectores y el retroceso en las condiciones de trabajo, cada vez más precarias, van a castigar a las mujeres especialmente. A la vez, como ya he dicho, esas mismas mujeres despedidas o precarizadas, junto a las demás mujeres, serán las que traten de suplir en los hogares y las familias el soporte social perdido.

Ahora bien, somos activas. Nos estamos resistiendo, nos estamos defendiendo, con el conjunto de la población pero también de forma específica.

Cada vez tenemos más protagonismo en la movilización social general. De hecho, las mareas blanca y verde, de Sanidad y Educación, son muy violetas, no sólo porque la presencia de mujeres es muy grande, mayoritaria diría en sus movilizaciones, sino también

por el papel activo y creativo que tienen en ellas miles y miles de mujeres de todas las edades, entre ellas muchas muy jóvenes, incorporando nuevas maneras de actuar y de expresarse. Aunque sea poco conocido, también hay un gran papel de las mujeres en el movimiento contra los desahucios.

Pero también estamos luchando de forma específica para hacer valer nuestras reivindicaciones de género y para que no caigan en el olvido ni se releguen como secundarias entre tanto atropello. Esto lo estamos haciendo de muchas maneras, con nuestras mareas violetas en las manifestaciones, con reivindicaciones como la igualdad de permisos de maternidad y paternidad para una corresponsabilidad en los cuidados, con manifiestos contra los ataques que sufrimos por nuestra condición de mujeres y con alternativas que enfrentan la crisis desde proyectos de igualdad, entrando con más claridad que nunca a proponer medidas en el ámbito socioeconómico.

Los ataques que sufrimos tienen otras vertientes. Estamos asistiendo a una ofensiva ideológica brutal. Recordemos, por ejemplo, que el equipo de expertos asesor del ministerio de Sanidad recomendó excluir de la cartera de prestaciones comunes de la Seguridad Social las técnicas de reproducción asistida para mujeres solteras y lesbianas. Quizá la más clara prueba de esta ofensiva sea la idea planteada por el ministro de Justicia, Gallardón, para modificar la regulación del aborto, haciendo aún más restrictiva una legislación, la de 2010, que ya lo es porque no respeta plenamente el derecho de las mujeres a decidir sobre nuestro cuerpo, nuestra sexualidad y nuestra maternidad. De llevarse a cabo la reforma prevista, nos haría retroceder y nos situaría en una condición de úteros al servicio de cualquier interés menos el nuestro, privándonos de casi cualquier derecho a decidir.

Pero tampoco en este ámbito estamos quietas, existen diversas plataformas por los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres que, aunque con posiciones

diferentes en algunos aspectos, se oponen a esta reforma e inciden sobre la opinión pública.

Por mi parte me voy a referir a lo que mejor conozco, la plataforma a la que pertenezco, Mujeres ante el Congreso, que, por un lado, se centra en impedir de inmediato cualquier retroceso en este ámbito, pero que a la vez también pedimos e intentamos que se modifique la ley vigente en todos aquellos aspectos con los que, por restringir los derechos de las mujeres, no estuvimos de acuerdo en su momento ni lo estamos ahora. Lo que digo es, claro, a título personal, mi visión particular de lo que estamos haciendo.

Para impedir un empeoramiento de la ley y para acumular fuerzas para lograr su mejora, desde el momento que se anunciaron las intenciones del Gobierno hemos convocado o colaborado en varias manifestaciones y concentraciones, difundido escritos y comunicados, hecho vídeos, elaborado una guía sobre la IVE, organizado una jornada de sensibilización dirigida a personas que trabajan en medios de comunicación, colaborado con jóvenes universitarias que organizaron unas estupendas jornadas en la Universidad Complutense el pasado otoño. Por cierto, tanto en la plataforma como en las movilizaciones se ha producido una muy importante incorporación protagonista de mujeres jóvenes que están jugando un papel fundamental.

También estamos manteniendo una ronda de contactos con grupos parlamentarios para informarles de nuestro punto de vista y conocer el suyo, preparando un terreno en el que también harán falta iniciativas en el ámbito parlamentario que acompañen las acciones de protesta social.

En definitiva, las mujeres nos movemos y seguiremos haciéndolo.

José Luis Redondo

¿Hay salida de la crisis sin crecimiento?

José Luis Redondo es miembro del consejo editorial de
Trasversales

Podíamos pensar que la política de Merkel y de la UE responde a la demanda de una economía sostenible. Desde un punto de vista ecologista hay que afirmar que la economía de los países desarrollados tiene que decrecer. Es la contrapartida para que otros pueblos accedan a condiciones de existencia aceptables. Para poder suprimir el hambre y conseguir unas condiciones mínimas de salud y habitabilidad tienen que tener una economía en crecimiento. La premisa de la que es necesario partir consiste en la limitación de los recursos, lo que es incompatible con un crecimiento continuo de la población y un consumo de energía y materiales siempre creciente. Existe un amplio consenso sobre que ya se ha consumido más de la mitad de las reservas de petróleo, por eso se procede a su extracción en condiciones cada vez más costosas, a grandes profundidades y zonas árticas o de forma muy contaminante como el “fracking” para el gas.

¿Cuál es la diferencia entre la propuesta ecologista y la que proviene de la UE?

En primer lugar porque se pretende imponer, a los países tutelados, unas condiciones de estabilidad que conducen a la recesión pero como una medida provisional. El enfoque, más bien la fe, del neoliberalismo busca la reducción del déficit y de la deuda de los estados, confiando en que luego volverán a crecer. Es decir, no se niega el postulado del crecimiento como indispensable para el funcionamiento del sistema. En realidad lo que se busca y se está consiguiendo, es el abaratamiento del coste del trabajo, para que las empresas sean más competitivas y el Capital aumente su ganancia. De paso se está liquidando el Estado de bienestar, haciendo innecesarios nuevos ingresos fiscales y aumentando los negocios privados a costa del gasto público, como en el paso de las deudas de bancos y cajas de ahorro al Estado, o en la privatización de parte de la sanidad.

La otra perspectiva, la socialdemócrata keynesiana, pretende que el Estado aumente la demanda e impulse el crecimiento. Desgraciadamente, cada uno de los países tutelados, como España, tienen deudas con los bancos alemanes y con el mercado financiero mundial, que ya sólo prestan fondos a un interés que está llevando a los Estados a la depresión. Así que los socialdemócratas sólo pueden lamentarlo y pedir que la Unión, vía el permiso alemán, tire de la demanda. Aunque de momento esto no se produce y la recesión ya está afectando a toda la Unión y frenando el crecimiento de la economía alemana. Por lo tanto, es posible que próximamente la política económica vaya virando para parecerse más a la practicada por Obama.

En resumidas cuentas, ambas orientaciones nos llevan a un camino incompatible con la sostenibilidad de la vida del hombre sobre la Tierra. El agotamiento de los combustibles fósiles, de los materiales estratégicos y los efectos del cambio climático, auguran un futuro muy oscuro para la humanidad.

El avance de las tesis ecologistas depende más de la dificultad de ponerlas en práctica, que de su veracidad y aceptabilidad. Muchos pueden convenir en que esta sociedad de consumo es insostenible, pero buscarán distintas racionalizaciones para no hacer nada. Se confiará en nuevos descubrimientos científico técnicos o hasta en la emigración fuera de la Tierra como propugna Hawking.

Hacer que la economía global no crezca, decreciendo unos para que puedan crecer otros, va contra la dinámica del sistema. ¿Cómo puede mantenerse un sistema capitalista sin crecimiento? ¿Cómo frenar el consumo de objetos? ¿Cómo dejar de hipotecar el presente por el futuro?

La situación ha llevado a pensar que sólo puede conseguirse una sociedad sostenible a través de formas políticas dictatoriales. Si se pretende avanzar hacia un modelo de sociedades ecológicamente sostenibles, hay que convencer a la mayoría de la po-

blación. Hay que añadir a las propuestas de reconversión la de una democracia radical. Es decir, que las mayorías acepten cambiar su presente sin un coste elevado, cambiar sus deseos sin perjudicar su bienestar.

Hay que pedir al pensamiento ecologista que explique si es posible repartir los ingresos, reducir las desigualdades, distribuir el trabajo reduciendo la jornada. Si es posible que decreciendo se mantengan los bienes básicos, la salud, la educación, la vivienda y el cuidado de las personas dependientes. Si es posible desplazar el deseo de los objetos a las personas, preferir lo personal cualitativo frente a la acumulación del objeto-mercancía. Es necesario mostrar los pasos que ya pueden darse, para que en un proceso largo se salga de este sistema a uno que sea sostenible. Es necesario empezar a dar pasos con la participación del mayor número de ciudadanos. Si no se consigue presentar como viable esta transformación, no se podrá realizar el cambio. En este periodo de crisis es cuando hay que lanzar un programa alternativo que enlace con las preocupaciones de los ciudadanos.

Desgraciadamente no hay partidos políticos mayoritarios que mantengan estas posiciones, sólo algunos minoritarios mantienen algunas propuestas ecologistas. Además el sistema de partidos está en crisis en toda Europa, pero en España el descrédito de los partidos y de sus direcciones les incapacita para impulsar un cambio profundo, más en estos momentos en que están implicados en la corrupción.

Este descrédito también alcanza a los sindicatos, que todo lo más pueden impulsar luchas sectoriales y dependen demasiado del Estado.

Sin embargo, ya los movimientos sociales pueden estar comenzando esta tarea. El viejo topo se rejuvenece y crea galerías que pueden producir un derrumbe y una sustitución. Movimientos como el 15 M o de tipo Occupy plantean un método, que es más importante que sus objetivos. Se impugnan a las élites de partidos y sindicatos que están insertos en el mantenimiento del sis-

tema, se rechazan las jerarquías y el funcionamiento vertical de las instituciones, se impulsa una democracia de participación personal.

Los movimientos contra los desahucios, por la defensa de la sanidad pública, de la enseñanza, afirman que estos son derechos que tienen que conservarse independientemente de la reducción del gasto y de las políticas económicas. Las luchas de la sanidad en Madrid han conseguido la unión de todos los sectores profesionales junto a los pacientes (es decir, de toda la población), han superado las diferencias sociales e ideológicas. Los sectores en lucha han pasado de considerar la sanidad pública como un servicio, a considerarla propia, la poseemos entre todos, pertenece a el “común” de la población. Igualmente hay que señalar en esta línea, las ayudas en grupo, el aumento de la sensibilidad hacia las condiciones de vida de los otros. Los movimientos parciales se reconocen en un horizonte común, defender los bienes de existencia mínimos, rechazar las pseudoexplicaciones de los poderes y proponer formas de participación activas. Es un cambio de mentalidad que ya debe dirigirse hacia un cambio más profundo. Hay que conseguir conquistas parciales en esta larga marcha.

No basta saber hacia donde hay que ir, el modelo final, hace falta presentar el camino como posible e impulsar los movimientos que nos conduzcan en esa dirección.

Anna Boch (1848-1936), "A view of Veere, Zeeland". Obra en color, modificada a B/N por Trasversales. En dominio público.



Paul Bowman

Repensando la clase: de la recomposición al contrapoder

Versión original en inglés en **Workers Solidarity Movement (Ireland)**

www.wsm.ie/c/class-recomposition-counterpower

Una versión abreviada de este artículo apareció en **Irish Anarchist Review**, otoño 2012

Si tuviéramos que presentar las componentes irreducibles del programa anarquista a comienzos del siglo XXI, habría que incluir al menos cuatro: democracia directa, acción directa, recomposición y comunismo integral. La mayoría de los lectores habrán oído hablar al menos de las dos primeras componentes e incluso de la cuarta, aunque de esta última haya sido, inmerecidamente, más como fenómeno humorístico de Internet que como objetivo viable. Sin embargo, este artículo está dedicado a la tercera componente, la recomposición, menos conocida, y en particular a la categoría que le da vida: la clase.

Contra el universalismo, contra el utopismo

El término *clase* divide a las personas en dos bandos. En uno, se ratifica su validez con intensidad casi mística. En el otro, mucho más extenso, hay indecisos pero abundan más quienes rechazan el término y el fervor aparentemente religioso con el que lo usa la pequeña minoría integrante del primer bando.

Tomando esto en cuenta, la pregunta más obvia es ¿el concepto de *clase* es aún una idea útil? ¿Es todavía eficaz incluirle en nuestro análisis o deberíamos prescindir de ese concepto y utilizar simplemente indicadores econométricos de desigualdad?

Actualmente, algunos libros, como “*The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone*” [Richard Wilkinson, Kate Pickett, Penguin Books Limited, 2010; reseñado en *Irish Anarchist Review* n° 2 por Gavin Gleason, bit.ly/Qazi4Y], tratan de remoldear los viejos discursos del socialismo contra la pobreza y la injusticia de clase, apelando a la racionalidad universal. La desigualdad, dicen, conduce a peores resultados sociales, medibles en diversos ámbitos. Los gráficos y las estadísticas que muestran deberían convencer de la sensatez y de la “racionalidad” de las políticas más igualitarias a cualquier supuesto ingeniero social con un interés científicamente neutral en cuanto a las políticas sociales más capaces de maximizar la utilidad social.

Del mismo modo, fuentes tan diversas como la revista de divulgación científica *New Scientist* publicaron informes especiales [bit.ly/MO7Itx] sobre las malas consecuencias, científicamente medibles, de la desigualdad. Esas fuentes fueron inspiradas por el éxito de *Occupy Wall Street* al colocar en la agenda social la idea del “1% contra el 99%”, de la que quizá el *Workers Solidarity Movement* deba asumir algún mérito o culpa, dada nuestra implicación en la creación de la red “1% Network” en 2010, un año antes de que *Occupy Wall Street* difundiese ese *meme* en la mediaesfera global. Organizaciones como *Think tank for Action on Social Change* [www.tascnet.ie] publican periódicamente datos sobre la desigualdad en Irlanda.

¿Qué utilidad adicional tiene el concepto de clase? ¿De qué manera ese concepto puede eludir el callejón sin salida del programa “racionalista”? En pocas palabras, puede hacerlo si se rechaza la presunción tácita subyacente de dicho programa (el universalismo) y su falaz moralismo.

Un análisis de clase considera que el *statu quo* no es contrario a los intereses de todos. Si es así, cualquier intento de construir un programa de cambio social radical en nombre del “interés general” está condenado al fracaso, porque no puede haber intereses universales ya que los intereses de una minoría se resisten al cambio. De hecho, una de las cosas más importantes a cambiar es la capacidad misma de una pequeña minoría para imponer sus intereses sobre los de la gran mayoría.

Pero una perspectiva de clase no es simplemente el fundamento de una crítica de lo existente y un análisis de lo que hay que cambiar, sino que también implica una estrategia sobre cómo llevar a cabo ese cambio. Una perspectiva de clase rechaza estratégicamente el programa “racionalista” como una utopía.

¿Qué significa decir que un programa para el cambio social es utópico? En primera instancia, significa que el programa no tiene una estrategia clara sobre cómo lograr

el cambio, más allá de la vaga idea de que si se convence a la gente de que ese programa es deseable entonces de alguna manera se llevará a cabo a través del peso numérico y la fuerza de la opinión pública.

De forma más profunda, los programas utópicos se diferencian de los instrumentales y prefigurativos en cuanto a la relación entre medios y fines.

Para empezar con el caso más conocido, el instrumentalismo es la posición de que “el fin justifica los medios”: si alcanzar el objetivo o la meta aumentase significativamente el bienestar social, cualquier aprensión hacia el uso de métodos engañosos, manipuladores o manifiestamente injustos para lograrlo sería un caso perdido de escrúpulos o “moralidad burguesa”. En otras palabras, para los instrumentalistas hay una total desconexión entre medios y fines.

El enfoque prefigurativo sostiene, por el contrario, que existe un vínculo intrínseco entre medios y fines. Por ejemplo, si se se usan tribunales “farsa” o ejecuciones para librar a la sociedad de un verdadero malhechor, la utilización de métodos impropios sienta las bases para injusticias futuras. En la perspectiva prefigurativa los medios utilizados para lograr un objetivo dejan su marca necesariamente en el resultado final. Por ejemplo, la famosa Circular de Sonvilier emitida a todas las secciones de la Primera Internacional por la Federación del Jura en 1871, declaró que...

“La sociedad futura no tiene que ser otra cosa que la universalización de la organización que la misma Internacional ha formado. En consecuencia, debemos luchar por hacer que nuestra organización se acerque lo más posible a nuestro ideal.

¿Cómo se puede esperar que una sociedad equitativa emerja de una organización autoritaria? Es imposible. La Internacional, embrión de la futura sociedad, de ahora en adelante debe reflejar fielmente nuestros principios de federación y libertad y debe rechazar cualquier

principio que tienda a la autoridad y la dictadura” [en James Guillaume, “Bakunin, apuntes biográficos”, bit.ly/Tc2h5R].

Sin embargo, reconociendo la relación entre los medios empleados y los objetivos a lograr, como hace la prefiguración, no deben confundirse los medios y los fines. Este error, la confusión entre medios y fines, es el punto de partida del utopismo. Desde el punto de vista utópico el fin y los medios son simplemente la misma cosa. Si deseas cambiar las relaciones sociales lo único que tendrías que hacer es comenzar a poner en práctica entre un grupo de personas bien intencionadas las nuevas relaciones, difundiendo su adopción a través del poder del ejemplo, la educación y la propaganda, etc. Esta perspectiva confunde erróneamente las relaciones interpersonales, que pueden, con esfuerzo y lucha, ser modificadas por las acciones voluntarias de unas pocas personas, con las relaciones sociales, que no pueden cambiarse así.

Tomemos otro ejemplo histórico. Robert Owen, en su “Llamamiento a las clases trabajadoras” de 1819, afirmó que, dado que la nueva sociedad (comunista) mejoraría las condiciones de todos sus miembros, no habría ningún conflicto fundamental entre clases que evite su realización. Por tanto Owen es generalmente clasificado como un socialista utópico, no sólo por marxistas.

A pesar de la clara diferencia entre los enfoques prefigurativos y utópicos, siguen siendo confundidos actualmente. En parte, esto se debe a una acción deliberada por parte de los instrumentalistas, los leninistas y otros marxistas y socialistas autoritarios hostiles por principio a la prefiguración. Pero, en parte, es una verdadera confusión en la que caen aquellos que, por ingenuidad o falta de capacidad crítica, leen demasiado literalmente la Circular de Sonvilier sobre la Internacional como embrión de la nueva sociedad que crece en el seno de la vieja.

Así pues, en lo que se refiere a la clase este problema tiene un importante signifi-

cado. Si aspiramos a una sociedad sin clases, no se puede actuar como si las clases no existiesen. Esta confusión entre medios y fines sería irremediablemente utópica y pasaría por alto el hecho de que la clase no es simplemente un fenómeno subjetivo, sino que tiene una base material objetiva que persiste independientemente de que se crea o no en ella.

Más nuevo de lo que piensas

Aunque es bien conocido el comienzo del Manifiesto Comunista (1848) de Marx y Engels, “toda la historia es la historia de la lucha de clases”, históricamente el uso del término “clase” para hablar de distintas franjas de la sociedad sólo entra en el uso común en la época del auge del capitalismo.

Lo que da relevancia a la clase es nuestra condición de ciudadanos libres en un doble sentido. Cuando la sociedad estaba políticamente constituida por la división formal de sus miembros en estratos u órdenes, entonces las opresiones e injusticias relacionadas con la casta, estado o rango eran el foco natural de la lucha de los pueblos por la libertad. Para los esclavos la lucha por la libertad era la lucha contra la esclavitud, para los siervos era la lucha contra la servidumbre, para los intocables era la lucha contra el sistema de castas. Sólo con la constitución formal de una sociedad en la que todos sus miembros son jurídicamente iguales, formalmente libres, el problema de clase pasa a primer plano.

La clase es un resultado de nuestra paradójica situación: legalmente libres en la esfera política y, al mismo tiempo, no-libres en la esfera económica. Esto es algo peculiar del único conjunto histórico de relaciones sociales que efectúa una separación relativa entre las esferas de lo político y lo económico, basada en la separación del productor y de los medios de producción, lo que permite que esta paradójica situación esquizoide exista.

En las sociedades feudales y absolutistas que precedieron al capitalismo era habi-

tual hablar de determinados sectores de la sociedad citándoles bien por su nombre (lord, campesino, clérigo) o bien haciendo referencia a la jerarquía formalmente definida en la sociedad, el orden superior y el orden inferior. Con el desmantelamiento progresivo de los rangos formales, la referencia al “orden inferior” fue reemplazada cada vez más por referencias a las “clases inferiores”. Este desplazamiento desde los órdenes a las clases reflejaba que la posición social ya no estaba explícitamente dictada por el poder soberano, pero que la desigualdad persistía.

A finales del siglo XIX, el uso de “clases” era universal en el habla ordinaria. La idea de que “clase” es una invención del socialismo o de la izquierda es un disparate histórico. Sin embargo, la transición de “clases”, en el sentido de las clases más bajas, más pobres, “peligrosas” o trabajadoras, a la noción de una “clase obrera”, en singular, fue resultado de la evolución histórica de un poder de la clase obrera antagónico a los intereses dominantes sobre la sociedad.

Ni arriba ni abajo

Por supuesto, no tendría sentido saltar a la conclusión del artículo nada más iniciarle, pero antes de seguir con la argumentación puede ser útil adelantar algo. Aunque pueda parecer un truco, tal vez lo más útil en esta etapa sea concentrarse en definiciones negativas, es decir, en lo que *clase* no es.

No hay arriba y abajo en el concepto de clase. La clase capitalista no está más cerca de dios en las alturas ni el proletariado más cerca del diablo en las profundidades, por muy infernal que nuestra vida pueda llegar a ser a veces. Aunque persista en nuestro lenguaje (y en el de los sociólogos), no hay base alguna para la metáfora vertical, heredada de la pirámide social feudal. La clase no es un estrato ni ninguna otra formación “geológica”. Tampoco es una identidad o una agrupación cultural. De hecho, no es una “cosa” en absoluto. Tampoco es una

unidad de acción o una unidad de intereses, aunque puedan construirse tomando la clase como base. No puede reducirse a tal o cual categoría exclusivamente objetiva o exclusivamente subjetiva.

Además, lo que me interesa en este artículo no es la “clase” como concepto trans-histórico, sino como concepto históricamente específico del capitalismo. Partiendo de ahí, podemos decir que la determinación objetiva de clase se refiere a la situación de las personas en relación con el proceso de explotación, esto es, con la autovalorización del capital a través de la acumulación de plusvalor. Por autovalorización entendemos no sólo la expansión de valor del capital, sino también el más amplio efecto por el que los valores culturales del capital se convierten en los de la sociedad en su conjunto, a través de la consagración del “crecimiento” como bien social indiscutible. Además, dado que una, si no la única, característica específica de las relaciones sociales capitalistas es la separación relativa del poder en dos esferas distintas, la del poder político y económico, es decir, la autonomización relativa de las relaciones de dominación y explotación, la clase pertenece específicamente al ámbito de la explotación, que es diferente al ámbito de la dominación, como veremos más adelante. Lo que no quiere decir que las relaciones de clase se limiten sólo a la lucha laboral en torno a los salarios entre empleados y empleadores.

El centro insostenible

Respecto a esto, un documento reciente de la Federación Anarquista de Río de Janeiro (FARJ) dice lo siguiente:

“Dentro de nuestra visión del anarquismo social, como ‘una herramienta fundamental para el apoyo a las luchas cotidianas’, también es necesario aclarar la definición de clase. Aunque consideramos que la lucha de clases es hoy central y absolutamente relevante en la sociedad, entendemos que los marxistas, al elegir al obrero

fabril como sujeto único e histórico de la revolución, desprecian a todas las demás categorías de las clases explotadas, que también son sujetos potencialmente revolucionarios. Las concepciones de los autoritarios sobre la clase obrera, que se limitan a los trabajadores industriales, no abarcan toda la realidad de las relaciones de dominación y explotación que se han producido a lo largo de la historia ni tampoco todas las relaciones que se dan en esta sociedad. Tampoco abarcan una identificación completa de los sujetos revolucionarios del pasado y del presente [...] Los autoritarios, incluyendo algunos que se autodenominan anarquistas, consideran que el centro es un medio y orientan su política hacia él. Para ellos, el centro, sea Estado, partido, ejército o cualquier posición de control, es un instrumento para la emancipación de la sociedad, y 'la revolución significa en primer lugar la captura del centro y de su estructura de poder, o la creación de un nuevo centro'. El propio concepto de clase de los autoritarios se basa en el centro, al definir al proletariado industrial como sujeto histórico [...] y excluir y marginar a otras categorías de las clases explotadas que están en la periferia, como, por ejemplo, el campesinado".

[www.anarkismo.net/article/10805]

A continuación, enumeran ejemplos de diferentes franjas sociales explotadas, desposeídas o excluidas de alguna manera por el capital en Brasil, incluyendo no sólo al proletariado asalariado industrial, sino también al precariado informal, a los desempleados de las favelas y a la población indígena de la Amazonía, que lucha por evitar el despojo y la extinción a manos de madereros y hacendados.

Sin opinar ahora sobre la validez del modelo centro-periferia que la FARJ adopta en este texto de 2008, queremos llamar la atención sobre su crítica de la "tradicional"

u "ortodoxa" conceptualización marxista de la clase obrera: si la clase obrera puede ser representada por la central "figura de clase" del obrero asalariado industrial, que en su persona, muy especialmente en la del obrero varón, no sólo representaría la "vanguardia" o eje del proletariado y su franja supuestamente más poderosa, sino que podría sustituir incluso al resto de la clase, entonces sus intereses también podrán sustituir a los intereses de los elementos menos "centrales" de los desposeídos. Es obvio el claro paralelismo entre este "sustitucionismo de clase" y el sustitucionismo leninista del partido de vanguardia o de la representación electoral del partido marxista socialdemócrata.

Operaísmo y composición de clase

En en el periodo subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista Italiano (PCI) y el más pequeño Partido Socialista (PSI), a pesar de haber acumulado un poder considerable en sus unidades de partisanos, optaron por colaborar con los partidos burgueses en la fundación del Estado italiano post-fascista, pasando a formar parte de su "arco constitucional". Esta política de reconstrucción de la democracia liberal y del capitalismo moderno, en lugar de impulsar la revolución, se convirtió en un axioma fundamental de la política comunista en la Italia de la posguerra.

Durante este tiempo, la industria italiana se ha modernizado mucho, sobre todo la industria automovilística, liderada por la icónica FIAT. Este proceso fue acompañado por una gran migración interna de jóvenes trabajadores italianos del sur pre-industrial a las ciudades industriales del norte de Italia. Los jóvenes sureños, procedentes de zonas donde los comunistas habían sido reprimidos por una entente entre la mafia, la Democracia Cristiana (DC) y el subdesarrollo económico, no tenían ninguna lealtad a las tradiciones de los trabajadores miembros del PCI y sindicalizados de la vieja clase obrera del norte de Italia. En muchos casos fueron traídos por la dirección de las

empresas con el deliberado propósito de utilizarlos como esquirolas. Esta estrategia se vino abajo y dio lugar a uno de los mayores fiascos en la historia italiana o incluso europea. Carente de una tradición de subordinación a los burócratas sindicales, la nueva generación de trabajadores del sur trajo consigo sus propias tradiciones de resistencia explosiva, lo que llevó, en última instancia, al periodo más intenso y sostenido de lucha de clases en la Europa Occidental de la posguerra.

El hecho de que en este periodo también se produjeron algunas de las más creativas nuevas teorizaciones de la lucha de clases, junto a las propias luchas efectivas, da testimonio del poder creativo de los periodos de agitación social de masas e ilustra la naturaleza asfixiante del comunismo oficial. La generación de jóvenes militantes que se vieron forzados a elegir entre la alianza del PCI con los patrones y la indisciplina salvaje y feroz de los jóvenes trabajadores temporales, iba a articular todo un nuevo universo de teorías y prácticas políticas.

No podemos hacer aquí justicia a este periodo, así que vamos a tratar de elegir uno o dos de los conceptos que nos son más útiles en la elaboración de una teoría de la clase. Varios de los nuevos teóricos, alineados con la resistencia militante de los trabajadores de la década de los 60, agrupados en torno a las revistas *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia* fueron denominados *operaisti* [Steve Wright, “Storming Heaven: class composition and struggle in Italian Autonomist Marxism”, Pluto Press, 2002. bit.ly/UhCw7i]. Entre ellos estaban escritores como Raniero Panzieri (cofundador de *Quaderni Rossi*), teóricos como Mario Tronti, fundador de *Classe Operaia*, y un joven Toni Negri, junto a sociólogos radicales como Romano Alquati y Danilo Montaldi, cuya práctica de coinvestigación produjo la mayor parte de la materia prima que alimentó el replanteamiento de la ortodoxia marxista por los *operaisti*.

Lo que me interesa aquí es su teoría

sobre la composición de clase. La composición de clase hacía referencia a dos conceptos distintos pero relacionados, la composición técnica de clase y la composición política, y a dos procesos interrelacionados de descomposición y recomposición. La distinción entre la composición técnica y la composición política de la clase fue tomada, por analogía, a partir de una lectura herética de *El Capital* de Marx. En los volúmenes 1 y 3, Marx habla de la relación en el proceso de producción inmediato entre el trabajo vivo y los materiales inertes de la producción, maquinaria, etc., en términos de composición técnica y composición de valor del capital. En términos generales, la composición técnica se refiere a la organización física del proceso de producción, junto con una medida (conceptual) de la relación en términos de “masas” objetivas de sus componentes relevantes, por ejemplo horas de trabajo comparadas a kilovatios de electricidad, kilos o litros de materias primas y así sucesivamente. La composición de valor es esa relación en términos de precio de coste de los diversos inputs de la producción.

A partir de ahí, por analogía, los *operaisti* distinguieron entre la composición objetiva de la clase obrera y su composición política. En una escala macro, la composición técnica de la clase se refiere a cuántas personas trabajan en la agricultura, la manufactura, el sector público, las tareas domésticas, o, a escala de una empresa, a cuántas personas trabajan en líneas de producción particulares, cuántas en la oficina de diseño, cuántas en transporte, etc. Esto representa la composición técnica de la clase, que cambia de acuerdo a los cambios en los métodos de producción, el aumento de la productividad, etc., junto con los cambios en las distintas cantidades y tipos de productos producidos y distribuidos dentro de una sociedad determinada.

En contraste con la composición técnica, la composición política de la clase se refería al elemento “subjetivo”, esto es, a la conciencia de ser parte de un grupo social

más amplio, la identificación o el antagonismo con sus jefes inmediatos o con grupos de patronos o representantes del Estado en un contexto social más amplio. Además de los elementos puramente subjetivos de creencias, culturas, valores, hábitos y prácticas de resistencia colectiva o individual o prácticas de docilidad, así como elementos de organización, tales como la creación de organizaciones formales o informales por diversos objetivos de clase, ya sean de autodefensa o de ataque.

Sin embargo, la innovación más importante fue la comprensión de cómo estas dos composiciones estaban relacionadas entre sí y de cómo los cambios en cada una inducían cambios en la otra, dando lugar a estrategias de cambio de una de las composiciones para inducir cambios en la otra.

La línea oficial del PCI era que el “desarrollo de las fuerzas productivas”, es decir, la introducción de la mecanización y la automatización en las fábricas, era políticamente neutral y un aumento “objetivo” de la productividad en tanto que bien social, sentando las bases para la futura abundancia socialista. En contraste, los *operaisti* entendieron que la introducción de nueva maquinaria por la patronal fue una estrategia en la lucha de clases. Concretamente, se trataba de un cambio de la composición técnica del proceso inmediato de producción con el fin de romper la composición política de un poder de la clase obrera que buscaba controlar autónomamente y limitar el ritmo de producción en su propio beneficio. Esto quiere decir que los patronos estaban cambiando la composición técnica para descomponer la existente composición política porque ésta estaba resultando un obstáculo para la rentabilidad o, en abstracto, para la autovalorización ilimitada del capital. En respuesta a la descomposición política provocada por estos cambios, el desafío para la clase obrera era la recomposición de una nueva composición política capaz, una vez más, de ejercer un contrapoder en las circunstancias nuevamente transformadas.

Todo esto (y más) fue articulado por los *operaisti* como resultado de sus estudios de las luchas en las fábricas de Fiat, Olivetti y otros centros de trabajo italianos. Pero a medida que la década de los sesenta avanzaba, el bullir de los movimientos y de sus entornos más allá de las puertas de la fábrica, en la sociedad en general, se hizo demasiado grande para ignorarlo. El *baby boom* de la posguerra condujo a un enorme incremento en el número de jóvenes oficialmente clasificados como estudiantes, como parte de una estrategia de enmascaramiento del subempleo juvenil crónico. A menudo, estas personas, formalmente clasificadas como estudiantes, tenían muy poco acceso a clases o conferencias en un sistema de educación superior con recursos muy insuficientes ante el creciente número de jóvenes. En un estado de limbo social y para muchos de grave pobreza, la militancia de los estudiantes planteó un desafío a la estrecha visión de clase *operaisti*, basada en la fábrica. Allí estaban masas de jóvenes en conflicto con el Estado y la sociedad sobre cuestiones básicas económicas y políticas: ¿cómo encajaba su antagonismo en el esquema de la lucha de clases?

Un segundo pero no menos importante desafío al fabrilismo *operaisti* llegó del ascenso del movimiento feminista. Las feministas desafiaron a la invisibilidad del trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar y en la reproducción de la fuerza de trabajo de niños y trabajadores. ¿Podía pasarse por alto completamente su trabajo? Si la palabra latina de la que deriva “proletariado” significa literalmente “quienes sirvieron al Estado dotándolo de niños”, ¿cómo podrían esas mujeres, que hicieron eso mismo, ser excluidas de la clase obrera, debido a la falta de un carnet sindical y de un salario semanal? ¿Y si el explotador más tiránico al que se enfrentaban no era un jefe capitalista, sino un marido o novio?

A la vista de estos y otros retos, los *operaisti* recurrieron a algunas de las otras ideas que habían desarrollado en oposición a la teoría del PCI. El comunismo oficial

sostuvo que había que distinguir en el desarrollo capitalista lo que sería el nivel de la empresa individual y el nivel social del capitalismo en su conjunto. Usaron esto para justificar su apoyo a la automatización de la producción en la fábrica, a la que consideraban políticamente neutral (como ya se ha visto), mientras se oponían a la “anarquía de la producción” a nivel social en general. Además, afirmaron que el advenimiento de la planificación social keynesiana, a nivel social, era en realidad una transición gradual a la planificación socialista. En cambio, los *operaisti* rechazaron la idea de que la planificación estatal fuera “no capitalista” o transicional, elaborando una teoría del “Capital Social” [Mario Tronti, “Il piano del capitale”, en *Operai e Capitale*, Turin, 1971, hay una traducción en francés en bit.ly/Ti1kwb], capaz de planificar pero de acuerdo a una racionalidad capitalista.

La noción de “Capital Social” se convirtió en el fundamento de la teoría de las relaciones sociales capitalistas, que extienden sus tentáculos más allá de las puertas de la fábrica y abarcan a toda la sociedad en un proceso de transformación de la sociedad entera en una “fábrica social”. Mientras que ellos habían teorizado previamente como transición del “trabajador cualificado” al “obrero masa” el choque entre la vieja mano de obra, cualificada y sindicalizada en las fábricas, y la nueva no cualificada, a menudo migrantes, colocada en líneas de producción recientemente automatizadas, ahora la “nueva composición” significaba el surgimiento del “trabajador social” como la dominante nueva figura de la clase. El trabajador social abarcaba las nuevas categorías de estudiantes precarios, personas que tenían que apañárselas con algunos subsidios, trabajadores en la economía informal y el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres.

El concepto de composición de clase puede desarrollarse en dos direcciones. Una es la conceptualización de la composición de clase como la búsqueda de un

nuevo sujeto social antagónico, la nueva “figura de clase” en la senda criticada por la FARJ, como vimos anteriormente. Este ha sido el camino recorrido por el *operatismo* desde los primeros días, por ejemplo Toni Negri y sus seguidores, que se han desplazado a través de una sucesión de supuestas figuras de clase, a partir del obrero masa de Tronti y el trabajador social, siguiendo a través del precariado, el cognitariado o el obrero inmaterial hasta la “multitud” de hoy. Una línea similar conduce a Paul Mason a su “networked individual”, que debe mucho al *trabajo inmaterial* de Negri. En ambos casos hay un determinismo tecnológico implícito, oculto en el caso de Negri y admitido abiertamente en Mason. Esto deja atascada la fase de recomposición política de la clase en la formulación original y, en mayor o menor grado, la toma como algo dado por las fuerzas objetivas del desarrollo histórico: el capital, una vez más, produciendo sus propios sepultureros, según la antigua creencia marxista ortodoxa.

La segunda dirección tomada en cuanto a la composición de clase vuelve a subrayar su carácter de proceso, no de “cosa” (nueva composición igualando una nueva heroica figura de clase, etc.). Desde esta perspectiva, la hipótesis de la emergencia semiautomática de la recomposición política comete el utópico error de presuponer lo que se debe lograr. Además, de entrada se descartan todas las nociones de la historia marchando a ciegas hacia un objetivo predestinado. Partiendo de una situación de descomposición de la clase, a través de un cambio en la composición técnica de la producción, como el traslado de la producción a través de las cadenas internacionales de producción derivadas de la globalización, la recomposición política de la clase no se puede dar por sentada. Sigue siendo un objetivo que debe ser activamente articulado, defendido, por el que se lucha políticamente y que se construye organizativamente para hacerle realidad.

Esta segunda posición es la que deno-

mino como *perspectiva de recomposición*, enfatizando más el proceso que el “objeto” de la composición de clase. Hace una generación, la revista Zerowork, vinculada a las corrientes autónomas, definía la recomposición de clase así: “el desbaratamiento de las divisiones impuestas por el capitalismo, la creación de nuevas unidades entre diferentes sectores de clase y una expansión de las fronteras que delimitan el ámbito de la ‘clase obrera’” [Zerowork 1, “Introduction to Zerowork 1”, bit.ly/ShdJOu].

Además, incluso dentro de la perspectiva de recomposición como proceso y proyecto, podemos trazar una línea entre los enfoques instrumentales y prefigurativos. Es decir, podemos definir una óptica específicamente anarquista o libertaria sobre el proyecto de recomposición de clase. Pero ya que la recomposición política de la clase implica necesariamente el plano de la subjetividad, antes de pasar a esa definición debemos tomar en cuenta algunos otros aspectos.

Y sin embargo se mueve

A finales del siglo XIX y comienzos del XX el comentario escrito por Karl Kautsky al Programa de Erfurt del partido socialdemócrata alemán, adoptado en 1891, fue el texto fundacional de lo que llegó a ser conocido como Segunda Internacional o marxismo ortodoxo. Entre otras muchas cosas, quizás una de las grandes ironías de ese texto era su título: “La lucha de clases”. A pesar de este prometedor título, el término “lucha de clases” sólo aparece dos veces en el texto, como título del folleto y de su último capítulo. En general, se resta importancia al papel de la lucha de clases como “motor de la historia”, hasta el punto de quedar casi completamente fuera de juego, más allá de su mera sublimación en la “lucha política”, es decir, en el avance electoral del SDP. Desde este poco prometedor punto de partida, y pasando por las deprecaciones llevadas a cabo por el leninismo y el estalinismo, se originó la “objetivista” visión de un sistema capitalista moviéndose

se a través de la dinámica de sus propias contradicciones abstractas (por ejemplo, “la disminución tendencial a largo plazo de la tasa de ganancia”) sin hacer referencia a la lucha de la clase en sí misma. Contra ese “objetivismo” se rebelaron los *operaisti*. Sin embargo, no fueron los únicos marxistas que trataron de romper con esa visión embrutecedora de la clase obrera como sujeto pasivo de la dinámica capitalista. En Gran Bretaña, los marxistas de la Nueva Izquierda, que rompieron con el Partido Comunista siguiendo la estela de la insurrección húngara de 1956, intentaron rearticular una visión de la clase y de la lucha de clases más histórica y dinámica que los conceptos dogmáticos y fundamentalmente retóricos de los estalinistas. Uno de esos nuevos enfoques que aún hoy conserva frescura y relevancia procede del trabajo de EP Thompson, quien expuso su punto de vista sobre la clase en el prefacio de una de sus más conocidas obras, “The Making of the English Working Class”:

“Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una ‘estructura’, ni siquiera como una ‘categoría’, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no puede darnosla de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además no

podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes ni deferencia sin squires ni braceros. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos de (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria.

La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta lógica en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy día existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. No fue tal el sentido que le dio Marx en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos 'marxistas'. Se supone que "ella", la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener 'ella' (pero que raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su

propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos 'atrasos' culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase no tal como es, sino como debería ser" [Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, I, pp. XIII-XIV].

Esta noción de clase como "algo que en realidad sucede" es clave. La clase no se refiere a algo que las personas son, sino a algo que hacen y que a su vez hicieron con ellas.

"Im Anfang war die Tat", "En el principio era la acción", como escribió Goethe (y también Marx) en *Fausto*, inspirado por la lucha del protagonista por traducir la primera línea del Evangelio de Juan, "Al Principio fue el verbo" [bit.ly/QyJN3u]. Esta primacía de la acción sobre el ser es una guía esencial para deshacer la enmarañada red que se teje a menudo en torno al concepto de clase. Por supuesto, el legado de las luchas históricas de clase deja su huella en las creencias, costumbres y prácticas de la clase, en cualquier momento y lugar. Y tales legados retroalimentan a su vez las siguientes iteraciones de luchas y son una parte importante de la composición política histórica de la clase. Pero si entendemos que la clase es un producto de la acción, entonces podemos ver que cualquier intento de construir una noción esencialista de clase está condenada al fracaso. Un proyecto de ese tipo confundiría el producto con su proceso de producción.

Haciendo una analogía con el esquema marxista clásico, en el que el hecho de que el valor aparezca (se realice) en la esfera de la circulación no puede ocultar que se origina en la esfera de la producción. Aunque, en realidad, la relación real entre los momentos de producción y circulación en

la producción de valor es una relación social algo más sutil, puede decirse que el hecho de que la clase aparezca en la esfera de la subjetivación o aculturación no debe ocultar el hecho de que es producida por los procesos activos de la lucha de clases. La clase no se origina en el ámbito de la cultura, de la misma manera que el valor no se origina en la circulación. Pensar lo contrario sería confundir causa y efecto.

En cuanto a la crítica de Thompson a la opinión de que la clase es una cosa con “existencia real” y con “intereses reales” que, dada su existencia al modo de las cosas “se puede definir casi matemáticamente”, encontramos una resonancia entre ella y una formulación muy anterior de esta misma querella, en el marco de la conferencia anarquista de Amsterdam de 1907, en la que se confrontaron el sindicalista revolucionario Pierre Monatte, que representaba la visión proto-ortodoxa de clase (como cosa) y la del veterano revolucionario italiano Errico Malatesta. En respuesta a la sugerencia de Monatte de que el movimiento anarquista debería liquidarse como tendencia organizada políticamente de forma específica y disolverse en la CGT y los demás organismos sindicales revolucionarios de la época, Malatesta replicó, entre otras cosas, que...

“El error básico de Monatte y de todos los sindicalistas revolucionarios, en mi opinión, deriva de una concepción demasiado simplista de la lucha de clases. Es una concepción para la que los intereses económicos de todos los trabajadores, de la clase trabajadora, son iguales, por lo que bastaría que los trabajadores defiendan sus intereses particulares para que así sean defendidos los intereses del conjunto del proletariado contra la patronal. La realidad es muy diferente, en mi opinión. Los trabajadores, al igual que la burguesía, como todos, están sujetos a la ley de competencia universal que se deriva del sistema de la propiedad privada y que sólo se apagará cuando se

apague dicho sistema. Por lo tanto no hay clases, en el propio sentido del término, ya que no hay intereses de clase. Existe competencia y lucha dentro de la ‘clase’ obrera, como las hay en el seno de la burguesía”. [The International Anarchist Congress, Amsterdam, 1907”, p. 52, ed. Maurizio Antonelli, traducción de Nestor McNab, [bit.ly/Y8zZdO].

En esas palabras, la referencia de Malatesta a un “sentido propio del término” entra en resonancia con la “cosa” con existencia e intereses “reales” de la que habla críticamente Thompson. Ambos puntos de vista convergen con la noción *operaista* de recomposición política en tanto que rechazan la objetividad de los intereses. Es decir, rechazan los “intereses de clase” como algo dado, que “se puede definir casi matemáticamente” desde el exterior y a priori del proceso real, desordenado, contingente, de construcción de la unidad dentro del proceso presente e histórico de la lucha de la clase y de su recomposición.

Clase e Identidad

La alteridad es una construcción social. A través de la socialización nos hacemos hombre o mujer, blanco o negro, heterosexual u homosexual, *normal* o de otro tipo. En la construcción social de la alteridad, los dos polos de la relación deben estar presentes de forma explícita. La normalidad define al otro por proyección, tal y como se ha descrito desde la teoría feminista y la teoría queer, o por Edward Said en su crítica del “orientalismo” y por Deleuze y Guattari con su “devenir-otro”. Estos polos mutuamente definitorios de subjetivación se multiplican y proliferan en el ámbito social y se pueden combinar a través de la conjunción.

Pero la clase, como hemos visto, no es una identidad, ni un rol socialmente construido. De ahí que la relación de alteridad se rompa en la línea de clase. No hay contradicción en la conjugación de otredades

cuando una persona se identifica, por ejemplo, como mujer y negra y lesbiana. Entendemos que cada categoría de la alteridad no abarca ni excluye totalmente a las demás, que su conjugación es un proceso de definición de la superposición de estos grupos, que se inscriben dentro del mismo plano social que construye identidades y opresiones particulares a través de la operación de normatividades polarizantes en contraste con las alteridades. Pero cuando tratamos de agregar la clase a la cadena de conjugación, mujer y negra y lesbiana y obrera, algo desentona. Conscientemente o no, se percibe que hay algo en el último término de la conjugación que no encaja con los anteriores. La sociedad no sólo no niega que quien habla es una mujer lesbiana negra, sino que lo afirma antes de que ella hable. Al llamar la atención sobre estas identidades quien habla sólo está reafirmando lo que ya está construido socialmente o impuesto como un hecho, aunque al hablar cuestione el significado de estos hechos sociales o el poder que los construyó. Sin embargo, en relación con la clase no existe tal reconocimiento social. Ante la pregunta de si la clase es un hecho social similar a la feminidad, la negritud o la homosexualidad, sólo hay silencio. Y como Derrida nos ha enseñado, debemos escuchar los silencios porque nos enseñan más que cualquier otra cosa.

Además, en esta etapa también vemos que hay un problema con el proceso de definición de la clase sobre esta base y que, una vez hecha esta conjugación, tenemos que llevarla a cabo retrospectivamente de manera análoga a cualquier otra particular opresión. Dado que la alteridad se define a través de la exclusión y la opresión, a su vez la clase también debería ser así definida. La experiencia de clase se reduce entonces a la exclusión social (el esnobismo y la exclusividad de la “clase media”) y a las opresiones ligadas a la privación económica (la pobreza). Pero reducir la clase a una relación de opresión económica a través de la pobreza es reducir la vida económica a la

esfera privilegiada de la universalidad capitalista, el consumo. En tanto que la clase se reduce a la opresión económica y que ésta se reduce a su vez a la privación relativa de poder adquisitivo en el mercado de bienes de consumo, la clase pierde todo significado en relación a la explotación, la producción de plusvalor, la valorización del capital y, en última instancia, la producción activa de la totalidad de las relaciones sociales. Se convierte en una categoría pasiva, doblemente pasiva cuando tomamos en cuenta, como ya hemos señalado, que no puede ser construida activamente por el sistema dominante. Reducida a ese estatus doblemente pasivo, la categoría de clase se convierte en un mero fantasma en comparación con las identidades activamente producidas por los discursos del poder, quedando condenada, en última instancia, a desaparecer tras un telón de fondo universalista.

Porque, digámoslo claramente, lo universal no admite un otro, un otro a sí mismo, opuesto a los otros particulares que construye en la valorización de las normas correspondientes. No puede ni debe hacerlo, pues lo universal es el plano social en el que todos los particulares se inscriben. Al luchar contra las opresiones específicas de una determinada categoría de alteridad se hacer valer el derecho a la universalidad, al menos en primera instancia, sin que sea un límite predeterminado de estas luchas.

No debemos oponernos a la toma de conciencia estratégica que tiene lugar al contrastar el ideal de iguales derechos humanos para todas las personas con la realidad de las opresiones particulares que burlean tales derechos. Ese es un primer paso natural y necesario. El problema surge si, y sólo si, la composición de un movimiento contra opresiones particulares no logra ir más allá de ese primer paso y sigue quedando limitado al horizonte del universalismo burgués, un horizonte que no cuestiona la separación de lo político y lo económico. El universalismo es la utopía de capital.

La intersección entre dominación y

explotación se despliega como un frente activo en la recomposición de un contrapoder antagónico cuando franjas del movimiento rompen con esos elementos liberales o burgueses decididos a permanecer cómodamente dentro del horizonte burgués y logran vincular las injusticias económicas con opresiones políticas específicas.

La superposición de identidades socialmente construidas no debe confundirse con la intersección del plano de la dominación con el plano de la explotación. La intersección del plano de la explotación con el plano de la dominación describe una línea, la línea de clase. Esa línea de clase atraviesa transversalmente todas las identidades inscritas en el plano de la determinación política, sin excepciones. Sin embargo, no existe ninguna identidad en la que el capital no pueda reclutar agentes que representen sus intereses al otro lado de la línea de clase.

Pero si la línea de clase puede separar identidades particulares construidas en el espacio de subjetivación, la jerarquía que pone algunas identidades por encima de otras necesita encontrar una institucionalización en la composición técnica de la producción social, a fin de reforzar sustancialmente sus divisiones. Dentro de Europa Occidental y EEUU, las revistas orientadas al consumo pueden felicitar a las mujeres por ser herederas de las conquistas de los movimientos feministas de los años sesenta y setenta del siglo XX, pero los salarios de las mujeres siguen siendo, en promedio, un 20% inferiores a los de los hombres por el mismo trabajo. Del mismo modo, el racismo nunca ha coexistido con la igualdad de oportunidades de acceso de los trabajadores blancos y negros a los diversos sectores laborales.

Esta intersección funciona en ambos sentidos. Podemos ver más claramente la contaminación cruzada del plano de la subjetivación con el plano de la explotación si observamos los fenómenos de racialización de la clase o, en particular, de la denominada “subclase” urbana. Por ejemplo, en

Irlanda, un sector minoritario de los residentes en las zonas marginales de los grandes centros urbanos (Dublin, Cork, Limerick) son estigmatizados como “knackers” o cosas similares. Aquí funciona un doble racismo. Por un lado, el uso de epítetos racistas normalmente dirigidos a los nómadas irlandeses niega su existencia como auténtica minoría étnica irlandesa. Por otro lado, los residentes de los suburbios más desfavorecidos son castigados como culturalmente ignorantes, intelectualmente inferiores y sexualmente degenerados en los tropos clásicos del racismo. El resultado de ello es que una parte de la clase obrera urbana está prácticamente obligada a cambiar su vocabulario, ocultar o modificar sus acentos y cambiar su forma de vestir para obtener un empleo en la misma ciudad en la que nacieron y se criaron.

Una búsqueda infructuosa

Los intentos hechos por algunos para crear una categoría unidimensional de “interseccionalidad”, donde identidades y opresiones particulares se cruzarían, y para construir la clase como otra identidad dentro de un plano unificado de opresión, son impulsados por la búsqueda de una categoría universal. Dan por supuesto, por proyección, que los defensores de la particularidad de clase deben igualmente proponerla como categoría universal competidora con la suya. De hecho algunos, los “reduccionistas” de clase, cometen ese error. Sin embargo, la discusión entre “interseccionalistas” y “reduccionistas” sobre qué categoría es la verdaderamente universal es simplemente una polémica dentro del mismo marco, el de la universalidad misma. La propia búsqueda de un universal estructurante de la sociedad intenta crear en el imaginario y en abstracto el propio objetivo final a alcanzar. Es decir, es una utopía, inmersa en el utopismo específico del capital, para el que la sociedad es ya, desde el principio, una esfera de socialidad indivisible.

La clase, entonces, es solamente una categoría parcial. Es el proceso, no el pro-

ducto. La búsqueda de la definición de “una” cultura de la clase trabajadora, singular, es equivocada y utópica. No puede encapsular la totalidad de su ser subjetivo. Todos tenemos que vivir en el ámbito de la subjetivación, con sus polaridades construidas. Nunca podemos ser “simplemente” clase trabajadora. Estamos obligados a ser siempre hombres o mujeres, niños o adultos, que forman parte de la “norma” o, permítaseme la ironía, parte de alguna “minoría”. Como tal, la solidaridad de clase es precisamente lo que nos pone en contacto atravesando las fronteras identitarias. La solidaridad con las personas con las que se comparte una identidad común es simplemente espíritu de clan o tribalismo. Sólo es solidaridad de clase la solidaridad entre quienes no tienen nada en común salvo el reconocimiento de estar en lucha contra el mismo capital globalizado. El intento de postular a la clase como una identidad totalizadora sólo podría ser un obstáculo para el principio de solidaridad que trasciende límites y fronteras, siendo, por tanto, un intento contradictorio en sí mismo.

Clase y medio ambiente

Hemos hablado de cómo el capitalismo es el único orden social que separa, de forma incompleta, las relaciones sociales en una esfera política y otra esfera económica. A esas separaciones se asocian otras, entre lo privado y lo público, entre el Estado y la sociedad civil. Pero hemos hablado poco del fundamento de esa separación: la separación de los productores directos respecto a los medios para producir su propia subsistencia y su existencia social. Es decir, la separación de la mayor parte de la población respecto a la tierra. La transformación de un campesinado en un proletariado. La discusión sobre la forma en que se produjo esta separación fundamental y sobre las formas sociales de propiedad y los medios para sostenerlas (el Estado) corresponde a una discusión más completa sobre capitalismo y comunismo. Pero hay otro aspecto de los resultados de esta separación que es

necesario tratar aquí, el efecto que ha tenido sobre la relación entre la reproducción humana y el medio ambiente.

Nuestra clase es la clase separada, los “desposeídos”, como James Connolly expresó de forma memorable. Nuestra separación es la raíz de la verdadera naturaleza de la sociedad capitalista. En este sentido, la otra clase, la clase capitalista, no existe más que negativamente en relación a nosotros: su propiedad sobre la tierra y los medios de producción no es más que el dispositivo de nuestra separación respecto a ambas cosas, tierra y medios de producción. Además, en la lucha de clases la clase opuesta no se contrapone a nuestras necesidades al servicio de sus propias necesidades, sino más bien como personificaciones del capital. La lucha de clases no es una competencia entre dos grupos de personas, cada uno tratando de imponer sus necesidades sobre las del otro. Más bien, es una lucha entre las necesidades de la clase de desposeídos y los requisitos para la expansión del capital. En este conflicto la otra clase es un mero agente de algo más allá y por encima de ellos, el capital, manifestación social inhumana. Así, su conciencia subjetiva de perseguir sus propios intereses es un epifenómeno adicional. Como ilustrativo experimento mental algo frívolo, podríamos decir que si toda la clase capitalista fuese reemplazada por robots gobernados por una inteligencia artificial que incorporase la función de maximización de beneficios, el sistema capitalista podría continuar funcionando. Sin embargo, si el experimento se hace a la inversa, sustituyendo a la clase obrera por robots, el capitalismo no podría existir ya que no habría nadie para comprar nada, ya que los robots no reciben salarios ni tienen deseos de comprar y consumir cosas diferentes para la reproducción de su propia subjetividad. Con robots produciendo robots, el único límite a la producción de cada “capitalista” sería qué parte de los recursos naturales estaría a disposición de cada uno de ellos. Suponiendo que pudieran llegar a un acuer-

do para repartirse esos recursos pacíficamente (es decir, sin destruirse unos a otros en guerras-robot), no habría ninguna base adicional para la competencia, no habría mercado consumidor y por tanto no habría intercambio y, sobre todo, no habría acumulación de dinero, por lo que el capital habría dejado de existir.

Todo lo cual quiere decir que el capital no nace de los deseos de la clase capitalista, sino de los de la clase desposeída, y su poder activo es el poder alienado de nuestro trabajo y de nuestros deseos.

Entre paréntesis, diré que generalmente hablamos de “la” clase precisamente por esa asimetría fundamental en la lucha de clases, dado que nuestra humanidad es central y constitutiva, mientras que la suya es incidental e irrelevante, y que tenemos el potencial para superar nuestra separación, mientras que ellos sólo pueden reproducirla. El uso del singular, “la” clase, no indica tanto la toma de partido como un reconocimiento a nuestra primacía en términos de agencia histórica y ontología social.

Pero si el capital crece a partir de las necesidades y deseos de la clase desposeída, eso no significa que la pulsión expansiva del capital se reduzca al crecimiento de los deseos humanos de consumo. El deseo humano está limitado, en último término, por nuestra existencia corporal. El “deseo” del capital por valorizarse no tiene límites. Un deseo sin sujeto es un deseo sin objeto. Y un deseo sin objeto nunca puede ser saciado, sólo puede ser la pulsión abstracta de autovalorización ilimitada.

Con el fin de superar el límite potencial que implica la saciabilidad humana, así como para reproducir continuamente su mando, el capitalismo reproduce continuamente una escasez artificial para la masa proletaria mientras que consume recursos de la tierra en volúmenes cada vez más insostenibles. La zanahoria de la superación de la escasez cuelga eternamente delante del proletariado, el horizonte de la tierra prometida en la que sería posible una vida sin miseria y sin precariedad no para

de alejarse de nosotros, manteniéndose siempre fuera de nuestro alcance. Pero la pulsión ilimitada de expansión del capital es infinitamente mayor que la suma de los deseos humanos de la población mundial atrapada dentro de su sistema. De hecho, la tarea de satisfacer las necesidades humanas de alimento, refugio, seguridad y medios de autodesarrollo sigue siendo conciliable con la sostenibilidad de los recursos naturales planetarios, a condición de ser capaces de poner fin a la carrera de crecimiento del capital, que de forma cada vez más acelerada nos conduce a la destrucción.

Si la sostenibilidad del medio ambiente es una “externalidad” del capital, un factor no tenido en cuenta en la ciega monomanía del capital por la autoexpansión, en el pasado la resistencia a la destrucción de la tierra fue parte integrante de la resistencia de los productores directos al capital. Sigue siéndolo hoy en día en muchas partes del mundo, donde los campesinos se resisten al robo de sus tierras para construir represas, destruir sus bosques vírgenes en beneficio de hacendados ganaderos y de la minería a cielo abierto, etc.

Sin embargo, para la mayor parte del proletariado, ya divorciado de la tierra, nuestra separación significa que el medio ambiente también es “externo” a nuestra lucha para satisfacer nuestras propias necesidades contra las depredaciones del capital. Esta “doble externalidad” de la naturaleza para el capital y para el proletariado es la razón principal por la cual la velocidad a la que la sostenibilidad del medio ambiente está siendo socavada parece estar más allá de la capacidad de la sociedad capitalista para frenarla, sin que invertirla pase siquiera por la mente. Debería tomarse en cuenta que el ‘medio ambiente’ es en realidad una forma condensada de referirse al estado específico del entorno que es más beneficioso o sostenible para nuestra existencia. El cambio climático no amenaza en general a la vida en la tierra, en una escala de tiempo geológico, sino a la vida humana y la civilización en nuestro propio tiempo.

El capitalismo nos está costando, literalmente, la Tierra. Rápidamente. Pero la única forma de superar la doble externalidad del medio ambiente es superar nuestra separación respecto a la tierra y a los medios de producción, que es la causa raíz de este impulso autodestructivo.

El mito de la clase media

Mucha tinta se ha vertido y muchos árboles han caído durante décadas en las discusiones sobre la “clase media”. Los partidarios de un modelo basado en dos clases y los partidarios de un modelo basado en tres clases han cruzado argumentos de todo tipo sin echar mucha luz sobre el tema. Ciertamente, “clase media” es una mención constantemente presente en los medios de comunicación capitalistas. En contraste, la “clase trabajadora” rara vez hace acto de presencia, y en las raras ocasiones que lo hace es, por lo general, a modo de comentario sociológico, caracterizando a un barrio o una comunidad como marginada económica y culturalmente. Hablar en esos medios de que puede existir una clase capitalista es prácticamente impensable, salvo en el raro caso de que se informe de las declaraciones de algunos agitadores socialistas. En el discurso de los medios de comunicación, la clase media se presenta como el centro de la sociedad, el principal agente del progreso y de la reforma, abarcador de una gran porción de la sociedad. En el caso extremo de EEUU, a causa de las peculiaridades de su discurso social subliminalmente racializado, la clase media se presenta sistemáticamente, desde el Presidente hacia abajo, como si fuese la gran mayoría de la sociedad. La clase media se presenta como clase universal, no ubicada en una relación de lucha, como si fuese un ancla de paz social, mítico espacio central de la política moderna. La clase media es, entonces, lo opuesto a la “clase peligrosa”, la “clase segura” oficial, en relación a la cual el resto somos desviados, peligrosos y situados “al margen de la sociedad”, o, como diría la FARJ, periféricos.

Desde la perspectiva de la composición de clase, por supuesto, está claro que la clase media no es tanto una clase formada autónomamente sino una faceta de la clase real subyacente, el proletariado. La única constatación inmediatamente evidente de una conciencia de clase media es la alienación subjetiva respecto a la clase obrera, independientemente de la situación social objetiva del sujeto. La clase media es clase en modo “de ser denegado”, usando la extraña, pero concisa, fórmula hegeliana.

En todo esto hay cierto paralelismo con la manera en que los líderes políticos y los medios de comunicación sistémicos estampaban sobre la clase media su visto bueno. Se afirma la existencia de la clase media y se niega la existencia de las otras clases. Es la clase sin confrontación, sin lucha de clases, la utopía burguesa de una clase universal, una clase que no participa de una relación de antagonismo entre clases, sino que sostiene una aceptación universal del *statu quo*, respecto al cual sólo se puede ser conformista (“la mayoría silenciosa”) o desviante. Así, la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, líder del Partido de los Trabajadores (PT), pudo anunciar a los medios de comunicación del mundo que su visión para el desarrollo de Brasil era “transformar a Brasil en una población de clase media [...] Eso queremos, una clase media en Brasil” [Financial Times, entrevista con Dilma Rousseff, Joe Leahy, 2/10/2012, on.ft.com/Qziw0N]. No se podría hacer una declaración más clara de la ideología del desarrollo del nuevo imperio del capital. Particularmente escalofriante, dado que la policía brasileña tiene tendencias, bien documentadas, a llevar a cabo guerras encubiertas de exterminio contra los niños de la calle y los habitantes de las favelas en desempleo. Es de suponer que para la derecha brasileña tanto el PT de Rousseff como la FARJ pertenecen a una genérica “izquierda”, pero desde el punto de vista de clase es difícil encontrar dos tendencias políticas más opuestas.

Tras hacer estas consideraciones de

carácter político-ideológico sobre la popularidad de la clase media entre los comentaristas burgueses, ¿qué decir sobre su popularidad entre una gran parte del proletariado? ¿tiene algún fundamento material en las relaciones de producción social?

En cuanto a la primera pregunta, la respuesta simple y simplista sería que los “proles” tienen mala prensa. Los medios de comunicación sólo identifican a los sujetos de sus noticias como clase obrera en historias de “pobreza porno” o en otros relatos sobre víctimas; además, en la televisión y las películas casi siempre se retrata a protagonistas “normales” con ingresos superiores a los de su audiencia media o, incluso, a lo que correspondería a su ficticio empleo, como podemos ver en “Friends”, donde jóvenes con empleos mediocres viven en enormes apartamentos en Nueva York. Las tramas de los seriales televisivos involucran a sus desafortunadas estrellas “corrientes” en retorcidas marañas personales, sexuales o sociales imaginadas por un grupo de guionistas desesperados... sin que aparezcan los problemas de dinero que continuamente afectan a la vida real de sus audiencias. Tener unos ingresos medios realistas está irremediablemente pasado de moda en telelandia.

Pero no se trata sólo de que los medios de comunicación, la publicidad y la cultura consumista estafan a la gente para que aspire a estilos de vida e imágenes corporales no realistas. Las personas consumen las imágenes y la cultura que eligieron consumir, y a pesar de que sus efectos sobre nosotros pueden ser mayores de lo que queremos admitir, eso no quiere decir que seamos víctimas indefensas de un “lavado de cerebro”. Esa imagen no sólo es elitista e insultante, sino que en realidad reproduce las mismas actitudes que forman parte de la subjetividad de clase media, es decir, una alienación subjetiva respecto a las personas de clase obrera.

Nadie elige voluntariamente perder o identificarse persistentemente como perdedor (a excepción de enfermedades psicoló-

gicas que implican auto-odio). Si ser de la clase obrera se asocia con ser explotado, ser víctima, sufrir inevitablemente humillación y desempoderamiento, la reacción natural en la lucha por la dignidad humana es tratar de escapar de eso. Pero ese mismo deseo de escapar de la clase no es una demostración del final de la clase, sino de su persistente poder en tanto que fuerza operativa. Sólo si la gente acepta su posición de clase con indiferencia genuina y ecuanimidad podemos decir realmente que la clase ha muerto finalmente, como relación con el poder potencial de revolucionar la sociedad. Una vez más volvemos a lo antes dicho: la clase media es clase sólo en tanto que denegación.

Sin embargo, a pesar de que mucha gente aceptará la mayor parte de lo dicho, en la medida que se refiere a las conductas subjetivas que empujan a la clase trabajadora a identificarse con la clase media, algunos arguyen que, en realidad, la clase media realmente existe, aunque no de la forma abiertamente ideológica propuesta por Obama y Rousseff, sino sobre una base material que la distingue tanto de la clase capitalista como de la clase trabajadora. Vamos a examinar esta opinión.

Ciertamente, la clase obrera, siendo la gran mayoría de la población, es extremadamente diversa y diferenciada. No sólo por los efectos jerarquizadores de las identidades expuestas anteriormente, sino a través de diferencias en el acceso a las oportunidades de empleo, educación, etcétera. Hay grandes desigualdades en términos de conocimiento, elocuencia, confianza, autoempoderamiento y demás. Profesionalmente, las personas juegan roles laborales muy diversos. Esta diversidad incluye grandes diferencias en cuanto al grado de control y autonomía sobre el trabajo, o en cuanto a la posibilidad de obtener algo de satisfacción o auto-realización en el trabajo o, por el contrario, sea alienante, desagradable, degradante o una afrenta a nuestra dignidad. Además, dado que la clase capitalista es una muy pequeña proporción de

la población la tarea de supervisar y organizar a los trabajadores es hecha principalmente, al menos en los niveles bajos y medios, por otros trabajadores. Sobre la base de estos dos grandes factores, la autonomía sobre las condiciones del propio trabajo y el control sobre el trabajo de otros, algunos teóricos han construido su argumentación en favor de la existencia de una base material para una tercera clase, situada entre los trabajadores y el capital, pero arraigada en las relaciones de producción. Por ejemplo, los defensores del modelo Parecon de economía participativa dicen que esto es la base de una “clase coordinadora” [“Parecon: Life after Capitalism”, Michael Albert, 2003].

Los orígenes de la clase coordinadora “a lo Parecon” se encuentran en realidad en los debates sobre la naturaleza de la URSS dentro del movimiento trotskista después de la II Guerra Mundial. No quiero entrar demasiado en este perenne debate obsesivo de la izquierda, lo que no quiere decir que no sea un problema significativo. Trazar un balance apropiado de los fracasos en el siglo XX de la izquierda revolucionaria o de los movimientos políticos anticapitalistas es mucho más que un lujo para personas obsesionadas con la historia. La dimensión de este tema concreto puede verse en el excelente libro de Marcel Van der Linden “Western Marxism and the Soviet Union” [bit.ly/XL5r2R]. En todo caso, sí diré que la idea de la clase coordinadora surge de la tendencia que decidió ver como nueva clase a los apparatchiks del partido comunista burocrático dominante en la URSS

Según ellos, esto resolvió un problema específico de la peculiar teoría unilineal de la historia propia entonces de los marxistas ortodoxos, según la cual tras el feudalismo los únicos posibles modos de producción eran el capitalismo y el socialismo. Como la URSS no encajaba fácilmente en una u otra categoría, esto causó una disonancia cognitiva importante entre los desorientados trotskistas. Sin embargo, la teoría de la “nueva clase” aún mantenía el esquema

unilineal al afirmar, sin fundamento, que la nueva sociedad de clases había ido más allá del capitalismo en el monorraíl de la historia. Y, por lo tanto, que la retrasada economía campesina de Rusia, destrozada por la guerra mundial y la guerra civil, se las había arreglado para pasar por encima de las potencias capitalistas de Occidente y convertirse en una visión del futuro, no como un brillante sueño para los trabajadores, sino como pesadilla.

El legado de estas pasadas polémicas continúa ahora a través del concepto de clase coordinadora. Sus defensores todavía mantienen que el verdadero peligro de la clase coordinadora reside en su potencial para tomar el control de una situación revolucionaria y crear después del capitalismo una nueva sociedad de clases, tan tiránica como la Unión Soviética de Stalin o la China de Mao. Y en cierto modo tienen razón, pues el concepto de una tercera clase sólo tiene sentido si se presenta como alternativa tanto al mantenimiento de la sociedad de clases existente (papel histórico de la clase capitalista) como a la abolición del capitalismo y de la sociedad de clases (potencial histórico del proletariado). Si no existe una tercera posibilidad entre ambas opciones, se derrumba la idea de una tercera clase, como clase histórica, “Pasada y Futura”.

Generalmente, esa hostilidad se basa en la idea de que la “clase media” reproduce el estado de cosas existente y se incluye dentro de los defensores institucionales del capitalismo y de su sistema de clase. Así es que la pregunta es: ¿cuál de estos dos escenarios es el correcto?

A pesar de las ocasionales referencias de los defensores de la tesis de la clase coordinadora al uso y comprensión popular del término “clase media”, de hecho ambos enfoques no son compatibles. Mi opinión es que el uso popular es más cercano a la verdad. La denominada *clase media*, mucho más que una visión de un nuevo futuro disutópico, es síntoma de lo que está fallando aquí y ahora.

Cuando a la falta de cualquier rol histórico independiente le sumamos la falta de cualquier relación autónoma bien definida con la apropiación de plusvalor, de modo análogo a las diversas maneras que las diferentes fracciones de la clase capitalista dominante tienen de apropiarse de partes identificables del plusvalor total (los terratenientes, a través de la renta; el capital industrial, a través de la ganancia; el capital financiero, a través del interés), podemos concluir, en resumen, que la clase media, de hecho, no tiene una determinación objetiva en las relaciones de producción existentes.

Ahora bien, hay que preguntarse si el que la clase media no sea una clase propiamente hablada, en el sentido que he definido antes, implica que ese término carezca de cualquier referencia significativa.

Si realmente todos somos igualmente proletarios, ¿todos los proletarios somos realmente iguales? Claramente no. La clase está atravesada por estratificaciones y jerarquías basadas en desigualdades de poder económico y social. La sociedad capitalista es tan jerárquica y autoritaria en la práctica como igualitaria y democrática en teoría. Y, para bien o para mal, hemos sido socializados dentro de la sociedad capitalista. Hasta cierto punto, la mayor parte de nosotros hemos internalizado, conscientemente o no, al menos una parte de las formas, la cultura y la ideología de la sociedad existente. Esto tiene un efecto práctico en cada intento de auto-organización, que, consecuentemente, siempre corre, como primer peligro, el riesgo de recrear las mismas formas y jerarquías que forja la sociedad que forjamos.

El ADN de relaciones capitalistas alienadas está en todos y cada uno de nosotros. Para impedir que el desarrollo de órganos de contrapoder sea simplemente subvertido y recuperado convirtiéndoles en nuevos apéndices del poder establecido, se requiere un esfuerzo consciente para quebrantar la simetría, para romper la interminable cadena reproductora de “más de lo mis-

mo”. Esto quiere decir que el trabajo de recomposición política, de construir órganos de contrapoder, debe ser prefigurativo, para evitar reproducir no sólo la exclusión de identidades construidas como “otras”, sino también la tiranía de los expertos, la dominación de los bocazas y de todos aquellos que utilizan la desigualdad de conocimiento o experiencia para marginar al resto de la clase. No es casualidad que ellos denominen “capital humano” a esas habilidades.

Pero debemos tener claro que esto no es diferente, en grado o calidad, de la necesidad de actuar contra todos los elementos de descomposición que mantienen a nuestra clase dividida y estructurada por las necesidades del capital en vez de por las nuestras.

Aunque la “clase media” no tiene ninguna de las determinaciones objetivas que podrían hacer de ella una clase real o pudieran transformar la lucha de clases en una pelea entre tres vías, sí tiene una realidad significativa en la esfera de la subjetivación, lo que cualquier intento de organizarnos prefigurativamente y de modo horizontal debe reconocer y desafiar. Pero tenemos que recordar que, vista en su raíz, la clase es algo que las personas hacen, no algo que las personas son, lo que es un cuchillo de dos filos.

Por un lado, la auto-identificación política con la clase y la renuncia a una auto-identificación como clase media no ayuda a mitigar los efectos destructivos del mantenimiento de conductas propias de las fracciones más empoderadas de la clase, entrenada y socializada para roles de control o dirección social sobre otros. Pero, por otro lado, el recurso a políticas esencialistas de “privilegio” o culpabilidad no puede jugar ningún papel productivo en la creación de espacios verdaderamente horizontales y de prácticas de cooperación. Como Foucault puso de relieve, el poder no es un objeto similar a un cetro que pueda ser tomado o poseído (en particular de forma no pasiva), sino que sólo es operativo en tanto que se ejercita.

Un proyecto libertario de recomposición

Una vez tomada en consideración la intersección entre clase e identidad, podemos volver a la tarea de esbozar una perspectiva libertaria de la recomposición de clase.

El primer reto para la prefiguración es no recrear inconscientemente, en el proceso de crear las formas culturales y organizativas del poder de clase y de la autonomía, las “descompositivas” jerarquías de identidad y exclusión que empapan la sociedad que nos rodea. Es decir, debemos intentar incluir a las mujeres, las personas de color y a otras personas dentro de nuestras organizaciones porque eso refleja la sociedad que queremos crear, no por la consideración instrumental de que la mayoría de nuestra clase está excluida de la norma de trabajador blanco, no transgénero, hetero, varón, fuerte y sano, en edad laboral.

Cuando hablamos de un proyecto de recomposición de clase, necesitamos tener cuidado en no repetir los errores del pasado. En particular, los cometidos a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX por los socialistas que construyeron una identidad de clase por una vía unilateralmente economicista, que veía a la clase desde la perspectiva del capital, es decir, que la veía formada sólo por los poseedores de “fuerza de trabajo”, como “mano de obra” o simplemente como “meros trabajadores”. A pesar de que en el último tramo del siglo XX el movimiento socialista trató de rescatar la identidad de “trabajador” como una identidad positiva, incluso heroica (el trabajador bueno frente al capitalista malo), eso no era más que un simple intento de inversión de la trama capitalista en la que la clase explotada es considerada meramente como trabajadora. Como Mario Tronti resumió claramente ya en los años sesenta: *“Los trabajadores no tienen tiempo para la dignidad del trabajo. El ‘orgullo del productor’ se lo dejan enteramente al jefe. Ciertamente, ahora sólo el jefe declama discursos funerarios en alabanza del trabajo. Es verdad que, desgraciada-*

mente, en el movimiento organizado de la clase obrera aún se escucha esta letanía tradicional, pero no procede de la clase obrera, en la que ya no queda espacio para la ideología”.

Hoy necesitamos comprendernos a nosotros mismos desde una perspectiva no-unilateral, sino multilateral, polifacética. Una perspectiva que no parta del ciclo de la reproducción de capital, sino del ciclo de nuestra reproducción como seres humanos sociales. En ese sentido, dondequiera haya enfrentamiento entre las necesidades materiales y sociales directas de personas y la pulsión por la acumulación de ganancias, hay una lucha de clases en potencia. Por supuesto, para pasar de la potencia a los hechos hace falta que las personas veamos el terreno común entre nuestras necesidades individuales y las de quienes se encuentran en la misma situación de conflicto con el sistema. Y esto no será producto automático de misteriosas “fuerzas históricas” sino una tarea práctica de organización.

Aunque el trabajo asalariado es una parte clave del conflicto de clase, no abarca, ni mucho menos, la totalidad de las relaciones de clase. El enfrentamiento entre la pulsión expansiva del capital y el ciclo de auto-reproducción humana puede plasmarse en confrontaciones en torno a la denominada “acumulación primitiva”, esto es, la expulsión de su tierra de los pueblos tradicionales con economías de subsistencia, como continúa ocurriendo hoy en la cuenca amazónica y en los bosques de India y de muchos otros lugares del mundo. Incluye también las luchas por la tierra de campesinos sin tierra, las luchas de habitantes de los suburbios contra los promotores que tratan de expulsarles de sus casas para impulsar nuevas promociones, las luchas de las mujeres al frente de familias monoparentales que en Europa Occidental exigen a los ayuntamientos guarderías e instalaciones decentes para dar a las criaturas opciones diferentes al robo de coches y al tráfico de drogas

Conclusión

La línea de clase sigue siendo la falla de San Andrés de la sociedad capitalista. Sigue siendo la única falla con el poder suficiente como para crear una ruptura lo suficientemente fuerte como para derribar el entero edificio del orden social capitalista. Esto es hoy tan verdadero como lo era al comienzo de la sociedad capitalista de clase. En respuesta a la pregunta planteada al principio de este artículo, ¿es la clase todavía una herramienta útil para el proyecto de transformación social?, debemos concluir que no sólo es útil sino también necesaria.

En términos sencillos, el proyecto de acabar con el capitalismo con el consentimiento y la participación de la inmensa mayoría de sociedad seguirá siendo una quimera mientras que la mayoría de la gente no perciba que sus intereses materiales están de algún modo, y desde sus fundamentos, en conflicto con la mecánica básica del capitalismo. Parafraseando la broma de Voltaire acerca de la necesidad de inventar a dios, podemos decir que, precisamente porque la clase existe realmente, hay que reinventarla continuamente. Hoy, en el siglo XXI, el proyecto de la recomposición de un contrapoder antagónico de clase que no sólo pueda resistir al capital sino que actúe para su destrucción sigue siendo tan vital como siempre.

Não me consta que nos cárceres haja ninguém por pensar.
Não me consta que nas ruas durmam os desamparados.
Não me consta que nas casas falte o pão.
Não me consta que nas minas seja escuro.
Não me consta que nas balas more a morte.
Não me consta.
Não figura o homicídio. Não me consta.
Não me consta a tortura. Não há indícios
de pancadas nas cozinhas. Não há um rasto de sangue.
Não me consta a miséria nas lixeiras. Não procede
incriminar ninguém. Não há provas de afogados nas barcas.
Não me consta a metralha. Não há indícios de muros,
nem de tanques, nem de casas a arder.
Não há prova qualquer de latrocínio.
Não há corpos suicidas ao pé dos altos prédios.
Ninguém roubou a vida e o trabalho.
Não me consta uma anciã abandonada de mãos secas,
nem a terra vazia, nem o rugir das máquinas,
nem o fedor do rio, nem o bater da árvore.
Não me consta a impotente fúria dos esfarrapados,
o crescer dum clamor. Não há registo certo
da balbúrdia do mundo. Nada consta
nos arquivos do Estado. Tudo é calmo
nas usinas, no exército, nas escolas, nas praças.
Sinto desiludir um desejo de caos, um fervor terrorista.
Há uma ordem completa, um Deus inamovível
que esvoaça nas ruas com as bombas da Verdade.
Não perguntem. Não falem. Não me consta que o façam.
Não há tempo. Não saiam
das moradas para um inútil combate.
Não esqueçam quem manda. Não neguem que o escolheram.
Não cultivem um ódio que vai contra o destino.
Não consta que qualquer luta ingénua triunfasse.
Não esqueçam o pão que obsequiamos.
Não esqueçam a boca do fuzil, a buzina da fábrica.
Não esqueçam vestir a melhor roupa de domingo.
Não esqueçam dar filhos. Não se movam da fila. Não evitem a fuste.
Não provoquem. Não digam que não lhes advertimos.
Não irritem. Não pensem que têm força. Não comparem os meios.
Não me façam sorrir com as suas demandas.
Não desatendam nem um minuto mais as suas obrigas.
Não me retenham com mais extravagâncias.
Não há tempo. Devo ordenar a destruição do mundo.
Devo cumprir a palavra do Deus que me alimenta.
Não me consta que existam. Devo assinar a ordem.
Devo ativar a máquina, devo fechar a porta, devo deitar o gás,
devo lavar as mãos, devo partir embora
antes que o seu fedor me arruine o paraíso.

<https://facebook.com/avelino.abilheira>

Avelino Abilheira

Doug Greene Enaa

hablando con...

Despina Lalaki

Grecia en crisis

A principios de enero de 2013, Doug Greene Enaa, del Boston Occupier, entrevistó a Despina Lalaki sobre la situación actual en Grecia. Despina Lalaki es candidata a doctora en Sociología en The New School University y profesora en el Programa AS Onassis de estudios helénicos en la New York University. Ha escrito en Al Jazeera. También está implicada en investigación sobre la crisis en Grecia.

bostonoccupier.com/greece-in-crisis-an-interview-with-despina-lalaki

***Doug Enaa Greene:** ¿Con qué organización política y/o ideología simpatizas? ¿Cómo y por qué llegaste a implicarte políticamente?*

Despina Lalaki: Apoyo a la izquierda, pero nunca he sido miembro de una organización política o partido. Más recientemente, sin embargo, me he involucrado con el Movimiento de Izquierda grecoamericano de New York (*Aristeri Kinisi*), con el objetivo de generar conciencia sobre la crisis política, social y económica en Grecia y en Europa en general. El acelerado proceso de degradación social y política en Grecia es lo que me obligó a participar más directamente. Desde el mes de febrero hemos organizado una serie de eventos y acciones en la ciudad de New York (NYC), entre ellas una protesta en el Parque Zuccotti, el 18 de febrero, con motivo del Día Internacional de la movilización en apoyo de Grecia, un encuentro público muy exitoso el 9 de octubre en Astoria, New York (NY), contra el partido fascista Amanecer Dorado en Grecia y en la diáspora y una protesta en la Misión Permanente de Grecia ante las Naciones Unidas el 14 de noviembre en solidaridad con la huelga general de los trabajadores en Europa. El 19 de enero de 2013 está prevista una protesta en el Consulado de Grecia en NYC, como parte del Día Internacional de Acción contra el fascismo convocado desde Grecia.

¿Por qué Aurora Dorada ha ganado tanto apoyo? ¿Qué medidas son necesarias para detenerlos?

Históricamente, cuando las democracias fracasan vienen el desencanto, la desilusión y el cinismo político. A menudo, el vacío creado es ocupado por ideologías extremistas como la ofrecida por Aurora Dorada, el partido neonazi presente en el Parlamento griego. Aurora Dorada se presenta como una fuerza antisistema, alegando que nunca han sido parte de aquello que denuncian como un sistema político corrupto, y se hacen pasar por defensores de principios tales como el una soberanía nacional que habría sido acosada por las instituciones de la UE.

No tienen un programa alternativo, más allá de la expulsión de todos los inmigrantes del país, a los que culpabilizan sistemáticamente atribuyéndoles el aumento del desempleo en Grecia, mientras que a menudo dan rienda suelta a sus escuadrones de asalto en las calles de Atenas, así como en otras ciudades, con el fin de atacar y aterrorizar a inmigrantes individuales o a comunidades enteras.

No podemos esperar que tomen medidas contra Aurora Dorada el Gobierno griego o la policía, que frecuentemente colabora directamente con ella. La nazificación de la policía en esta etapa es notoria; en ella crece el racismo, especialmente entre sus rangos inferiores. Tenemos muchos ejemplos de casos en los que desaconsejan presentar cargos a las personas que han sido víctimas de los ataques de Aurora Dorada. Durante las protestas antifascistas protegen abiertamente a Aurora Dorada y detienen y procesan a los manifestantes. En octubre, quince manifestantes antifascistas fueron detenidos en Atenas durante un enfrentamiento con simpatizantes de Aurora Dorada. Fueron torturados en la Dirección General de Policía de Atica (GEDA). El incidente fue documentado ampliamente y la noticia llegó a través de The Guardian, que publicó un artículo sobre el tema el 9 de octubre, y de otros medios de comunica-

ción con audiencia internacional.

Cualquier resistencia contra Aurora Dorada debe venir directamente de la gente. La movilización directa de una comunidad ha obstaculizado en muchos casos sus planes de abrir oficinas en varios lugares o de aterrorizar aún más a las comunidades locales. Las organizaciones de trabajadores griegos colaboran cada vez más con grupos de inmigrantes, protestando públicamente por la presencia de Aurora Dorada en los barrios y denunciando sus crímenes. En los últimos dos años han sido documentados al menos 800 ataques de Aurora Dorada. Sin embargo, nadie ha sido procesado. El sistema político y los partidos de gobierno son directamente responsables del ascenso de Aurora Dorada. Es nuestra responsabilidad, por lo tanto, no tolerar los intentos de Aurora Dorada de convertir en regla de vida el racismo, el fundamentalismo religioso y la homofobia.

¿Por qué Aurora Dorada está abriendo una oficina en NYC? ¿Cómo conecta esto con la situación general en Grecia?

Aurora Dorada no tiene una oficina en NY. Llevan a cabo reuniones privadas y secretas, ya que fueron expulsados por la comunidad tan pronto como se supo de su presencia activa en Astoria, Queens. La Federación de Sociedades helénicas del Gran New York, una organización que agrupa a más de 150 sociedades y grupos griegos, ha negado públicamente que alguna vez les hubiera ofrecido un espacio donde pudieran reunirse o llevar a cabo sus actividades de "caridad sólo para griegos". Sin embargo, la presencia de un grupo neonazi con una agenda racista y anti-inmigrante dentro de una comunidad de inmigrantes, la de NYC y Astoria, en Queens más específicamente, es una ironía en sí misma que debe llamar nuestra atención.

La presencia de Aurora Dorada en NYC está directamente relacionada con la canonización del nazismo en Grecia. Desde que entró en el Parlamento, tras obtener un 7% de los votos y 21 escaños en las elecciones

de mayo, aunque sólo 18 en las de junio, grupos extremistas que ya estaban presentes en NYC y otros lugares se sintieron fortalecidos y pudieron llamar más la atención y, probablemente, ganar nuevos miembros y aparecer en el ámbito público como grupos con una ideología legítima. Por supuesto, hay un fuerte componente étnico y cultural en este caso. Los griegos de la diáspora no se acercan a Aurora Dorada movidos por la desesperación causada por las presiones económicas y la desilusión política, que son los factores que en Grecia han llevado a muchas personas a abrazar la retórica de Aurora Dorada. En la diáspora, el acercamiento se relaciona con la defensa de su identidad cultural. Vivir en comunidades étnica, racial y lingüísticamente tan diversas como NYC constituye un gran reto para las personas que sacan su orgullo de ser distintas y de aislarse de cualquier mezcla cultural y racial. Términos tales como “griego musulmán” o “griego negro”, por ejemplo, constituyen una afrenta directa a su imaginario cultural.

¿Cuál ha sido la respuesta de la comunidad griega en NY?

La respuesta fue casi inmediata una vez que se supo que Aurora Dorada estaba planeando abrir una oficina en Astoria, Queens. A principios de octubre se organizaron dos eventos públicos diferentes en Astoria, en protesta por la presencia del grupo neonazi en la comunidad. El 5 de octubre, se hizo una protesta en Atenas Square Park y funcionarios públicos locales, entre ellos Aravella Simotas [representante en la Asamblea del Estado por el distrito 36], Bill de Blasio [defensor público de NYC] y el dirigente municipal Costantinides Costas, dieron una conferencia de prensa denunciando la ideología de Aurora Dorada y exigiendo que se largasen de allí. Representantes de las comunidades étnicas y religiosas, entre los que se encontraba Alan Jaffe, presidente del “Jewish Community Relations Council” de Nueva York, también expresó su consternación.

Unos días más tarde, el 9 de octubre, se hizo de nuevo en Astoria una reunión pública a la que asistieron más de 200 personas, organizada por varios grupos, entre ellos el Movimiento de Izquierda grecoamericano de NY (Aristeri Kinisi NY), Occupy Astoria Long Isle City y Strike Debt.

La reacción de los medios de comunicación fue igualmente rápida. The New York Times, NY Daily News y la prensa comunitaria local condenaron enérgicamente la presencia de Aurora Dorada en NYC. La reacción inmediata y la movilización contra Aurora Dorada ha limitado definitivamente sus posibilidades de atraer a un público más amplio o de organizarse y actuar en el espacio público.

¿Cuáles son tus impresiones sobre SYRIZA? ¿Cómo le irá en las próximas elecciones? ¿A qué obstáculos se enfrentaría un potencial gobierno de Syriza?

La Coalición de la izquierda radical, Syriza, ha emergido a partir de la crisis económica, la desintegración del viejo sistema político y las nuevas formas de organización popular. En las últimas elecciones de junio de 2012 Syriza obtuvo un 27% de los votos y se convirtió en el principal partido de oposición frente a la coalición de gobierno entre Nueva Democracia, que sólo obtuvo 2,8 puntos más, PASOK y la Izquierda Democrática. En el plazo de un mes, a pesar de la propaganda atroz desatada por los medios de comunicación en Grecia y en el extranjero, Syriza había logrado subir más de 10 puntos. En las elecciones de mayo de ese mismo año había obtenido en torno al 16%, mientras que en las elecciones de 2009 sólo había llegado a un 4,6% de los votos. Existe una correlación directa entre el ascenso de Syriza y el desarrollo de la crisis económica, social y política en Grecia. Yo caracterizaría a Syriza como un “partido en progreso”. Es un partido-coalición que acoge a varias organizaciones de izquierda, desde socialistas revolucionarios a reformistas

radicales, incluyendo a muchas personas sin afiliación que necesitan un programa y una agenda política más clara. Syriza tiende a convertirse en un grupo político y celebró su primera conferencia nacional a finales de noviembre de 2012. En ella surgieron dos corrientes de opinión, la “Plataforma unitaria” y la “Plataforma de izquierda”, lo que es bastante revelador de que Syriza no se adhiere a los modos políticos de los partidos tradicionales, al menos aún no. Los proyectos que fueron votados, obteniendo mayoría la “Plataforma unitaria”, son más bien abstractos, pero pueden señalarse algunas diferencias importantes. Me voy a limitar a citar sólo los principales puntos de discordia entre las dos corrientes de pensamiento.

La “Plataforma unitaria” quiere romper con la Europa del neoliberalismo y el autoritarismo, aunque ve el destino de Grecia concomitante con el destino de Europa y exige una renegociación de la deuda a nivel europeo con el objetivo de descartar una gran parte de ella como ilegal; promete también cancelar el memorando, colocar los bancos bajo control público, reforzar el Estado del bienestar y poco a poco colocar los sectores estratégicos de la economía bajo control público. También sugiere que su objetivo es formar un gobierno que tenga a la izquierda como su eje central, dejando de esta manera la ventana abierta para una posible colaboración con fuerzas políticas conservadoras.

La “Plataforma de izquierda” adopta una visión más crítica hacia la Unión Europea y, si bien no es partidaria de una confrontación directa con el retorno al dracma como moneda nacional, sostiene que es imperativo que Syriza desarrolle un Plan B y esté preparada para una posible salida de la UE. La “Plataforma de izquierda” tiene entre sus propuestas centrales la cancelación de la deuda, la suspensión inmediata del pago de la deuda y la creación de un frente unido de izquierda en estrecha colaboración con el KKE y Antarsya, los otros partidos de izquierda, con los sindicatos y con los

movimientos de base vecinal, un frente que conduciría a un gobierno de izquierda.

Syriza tiene una cita con la historia de la izquierda en Europa. Tiene la oportunidad de liderar los diversos movimientos y formaciones políticas radicales que están surgiendo en todo el continente mediante la identificación con la Europa del radicalismo, como la “Plataforma unitaria” sugiere. Syriza necesita construir relaciones directas con los movimientos y sindicatos que ya luchan contra la austeridad y la degradación social impuesta por los órganos de gobierno de Europa.

Se dice que Syriza está cediendo a las presiones para que ajuste su retórica a una orientación más “realista” porque de lo contrario las fuerzas directamente relacionadas con los intereses del capital obstruirían el camino de Syriza hacia la victoria electoral. Sin embargo, ésa es precisamente la lucha que Syriza está llamada a librar antes o después de una victoria electoral. Si la retórica más reciente de la “realpolitik” no es más que un movimiento estratégico creo que sería un error, porque, como los casos de Bolivia, Ecuador, Venezuela o Argentina sugieren, la implementación de políticas más radicales no se quedaría sin respuesta, por decirlo suavemente, una vez que Syriza recibiese un mandato popular para gobernar.

El tipo de presiones que un gobierno de Syriza sufra está directamente relacionado con el tipo de partido que Syriza termine siendo. Si Syriza desarrolla una política de colaboración con las élites gobernantes europeas, profundamente implicadas en el capitalismo neoliberal y financiero, entonces Syriza será sometida a grandes presiones desde abajo y su victoria electoral tendrá corta vida.

¿Qué efectos de las medidas de austeridad son más relevantes?

En un país donde la vivienda en propiedad y los fuertes lazos familiares habían hecho que el fenómeno de los *sin techo* fuese prácticamente desconocido, ahora, sólo en

Atenas, hay unas 25.000 personas sin hogar. En un país que tenía las tasas más bajas de suicidio en Europa y pese a que el suicidio como causa de muerte es a menudo ocultado porque la Iglesia griega no lo perdona, en el mes de junio se documentaron en Atenas 350 intentos y 50 muertes. Las palabras “ollas populares” eran algo relacionado con la Segunda Guerra Mundial, cuando Grecia tenía una de las tasas más altas de mortalidad en Europa. Hoy en día, los comedores populares y otras iniciativas sociales para alimentar a los más pobres e indigentes constituyen un hecho cotidiano en muchas partes del país. En el norte de Grecia, donde las temperaturas están a menudo bajo cero durante el invierno, los pedidos de gasóleo de calefacción son un 80% menores a los del año pasado y la gran demanda de madera ha dado lugar a un aumento masivo de la tala ilegal, especialmente en las regiones montañosas. Los recuentos más recientes de las tasas de desempleo indican un aumento constante, alcanzando el 26,80%. El desempleo entre los jóvenes es superior al 50%, mientras que estos números dicen muy poco acerca de las personas empleadas pero que han perdido la mitad o más de sus ingresos por los consecutivos recortes salariales y por la subida implacable de los impuestos.

Estos son sólo algunos de los ejemplos que se pueden leer en los periódicos, pero que quienes tenemos amigos y familiares en Grecia podemos completar con historias concretas y personales desgarradoras.

En Grecia se han hecho muchas huelgas generales en los últimos años, sin lograr salir de la austeridad. ¿Cree usted que son necesarias otras medidas?

Las huelgas generales y movilizaciones populares han desestabilizado y finalmente derribado a dos gobiernos diferentes desde 2009. El 14 de noviembre de 2012, cuando hubo huelgas generales y movilizaciones a lo largo de toda Europa, Grecia realizó un paro nacional que había sido precedido por otros veinte en los últimos dos años. En

general, los trabajadores y los sindicatos están atrapados en un mercado laboral fragmentado y caracterizado por condiciones de empleo a las que denominan “flexibles”, enfrentándose en una lucha desigual con los empresarios, muy fortalecidos por los recientes cambios legislativos. Casos como el de la huelga general de nueve meses de los trabajadores del acero de la planta de Hellenic Halyvourgia dejan claro que los capitalistas griegos y europeos no quieren hacer concesiones y que las huelgas no pueden parar los planes de austeridad del gobierno a menos que se llegue a una huelga general indefinida sostenida por las más amplias y poderosas organizaciones sindicales. Sin embargo, otras formas de resistencia pueden obstaculizar mucho los planes de austeridad del gobierno.

La resistencia financiera se ha convertido casi en un supremo deber civil. Los propietarios de pequeñas empresas se resisten colectivamente a pagar los nuevos y aumentados impuestos y tasas. Algunos ayuntamientos han alentado a sus ciudadanos a no pagar los impuestos establecidos por el gobierno a través de la factura de la luz, bajo la amenaza de cortes de electricidad, proporcionando para ello la cobertura jurídica necesaria. Miles de hogares resisten a estas prácticas de tributación creciente sobre los estratos bajos y medios de la sociedad griega. Movimientos como el “no puedo pagar, no pagaré” movilizar precisamente en torno a este tipo de esfuerzos. Además, en muchas partes del país, la gente trata de eludir la austeridad mediante la adopción de un sistema de trueque. Estas pueden ser tácticas de supervivencia en las condiciones extremas de la crisis económica, pero también constituyen prácticas revolucionarias que no sólo cuestionan las políticas del Gobierno sino también al sistema capitalista desde sus raíces.

¿Qué piensas de otros partidos (PASOK, Nueva Democracia, Partido Comunista) y por qué no son capaces de encontrar una salida a la crisis?

El Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) y Nueva Democracia (ND) son directamente responsables de la crisis económica actual. El PASOK, durante los 30 años largos que gobernaron el país, se movió constantemente entre las políticas económicas keynesianas en los años ochenta y el neoliberalismo sin escrúpulos en los noventa. ND, que había dominado la escena política hasta la primera victoria electoral del PASOK en 1981 y que alternó en el poder con él desde entonces, profesó siempre lo que describieron como “liberalismo radical”. Hoy, después de tres décadas de clientelismo, de corrupción desenfrenada y de escándalos económicos, la convergencia ideológica de los dos partidos se ha completado.

A pesar de su recelo inicial hacia la Unión Europea, la pertenencia a ella permitió al PASOK aplicar sus políticas y estimular la economía griega. Con la ayuda de importantes flujos financieros de lo que entonces se conocía como la Comunidad Económica Europea (uno de los “tres pilares” de la Unión Europea), el PASOK fue capaz de redistribuir la riqueza. A pesar de un déficit público creciente, mantuvo el énfasis en el sostenimiento del empleo y la modernización del sistema de bienestar. Al mismo tiempo, el socialismo democrático, envuelto en el clientelismo y el nepotismo, se convirtió en un proceso de democratización de la corrupción. La infame y vulgar declaración del viceprimer ministro Theodoros Pangalos en 2010, “Nosotros [el Gobierno y los ciudadanos] derrochamos como locos el dinero y lo hicimos juntos”, alude a las tácticas gubernamentales con las que durante años garantizaron ciertas posiciones para su electorado a través de una máquina burocrática en constante expansión. Bajo el peso de los escándalos económicos, de la presión del “ala modernizadora” del PASOK y del programa para la convergencia monetaria trazado por el Tratado de Maastricht (1992) hasta finales de 1998, el Gobierno griego puso en marcha un amplio programa de liberalización del sec-

tor financiero y bancario, reduciendo los subsidios gubernamentales y las pensiones, desregulando el mercado laboral y privatizando más de cien empresas entre 1994 y 1999.

La aplicación de políticas neoliberales, al frente de las cuales se fue poniendo cada vez más una raza nueva y emergente de políticos tecnócratas, encontró a menudo una fuerte resistencia de los sindicatos y de grupos de interés poderosos que durante años habían gozado de la protección del Estado. Históricamente el KKE ha jugado un papel importante en estas formas de resistencia, pero no ha sido capaz de articular agendas alternativas convincentes.

Hoy en día, estamos viendo el desenlace de un sistema político que está en las últimas y que hace intentos desesperados para sobrevivir y salvaguardar los privilegios de las élites económicas y políticas. El escándalo de corrupción más reciente, que involucró a una lista de miles de griegos con cuentas bancarias en Suiza, la tristemente célebre “Lista Lagarde”, es bastante revelador de las razones por las que este Gobierno no puede o, mejor dicho, no quiere encontrar una manera de salir de una crisis de la que es directamente responsable.

¿Qué medidas de austeridad se espera en Grecia que sean tomadas en el futuro por el Gobierno y/o la Troika? ¿Cómo espera que esto afecte a su organización en NY?

Grecia está atravesando el quinto año de recesión. Las medidas de austeridad más recientes, que suponen recortes por 13.500 millones de euros durante los próximos dos años, se votaron el pasado mes de noviembre. La nueva ley eleva la edad de jubilación de 65 a 67 y reduce las pensiones, en promedio, entre el 5% y 15%. Los salarios en el sector público se reducirán en un tercio, el salario mínimo quedará por debajo de 400 euros netos, el máximo de días de trabajo a la semana se elevará a seis y los horarios laborales serán cada vez más “flexibles”, no podrá reclamarse legalmente el cumplimiento de los convenios colectivos.

Todo esto sumado a otros cambios en el estatus y derechos laborales de la clase trabajadora representa un retroceso a los estándares propios del periodo de entreguerras.

En Grecia ya se está construyendo una fuerte resistencia contra la aplicación de estas nuevas medidas de austeridad. En Europa las protestas masivas se producen con gran regularidad. En Nueva York también seguiremos organizando y movilizan-do contra la degradación económica y social a la que están siendo sometidas nuestras sociedades. Se trata claramente de una lucha de clases y tiene que ser librada como tal.

29 de enero 2013



Ángel Rebollar

Poemas

La poesía es un derecho humano

Ángel Rebollar (Madrid. 1955) es autor del libro Armonía aleatoria, de amores y otras imposturas, YSE Unbook 2012, del que proceden estos poemas. Blog: gatosdelcallejon.blogspot.com.es

DESEOS

Que se estremezcan
los muros tallados,
sobre el duro material
de la desolada codicia.
Que no se ponga límite
a la línea del horizonte .

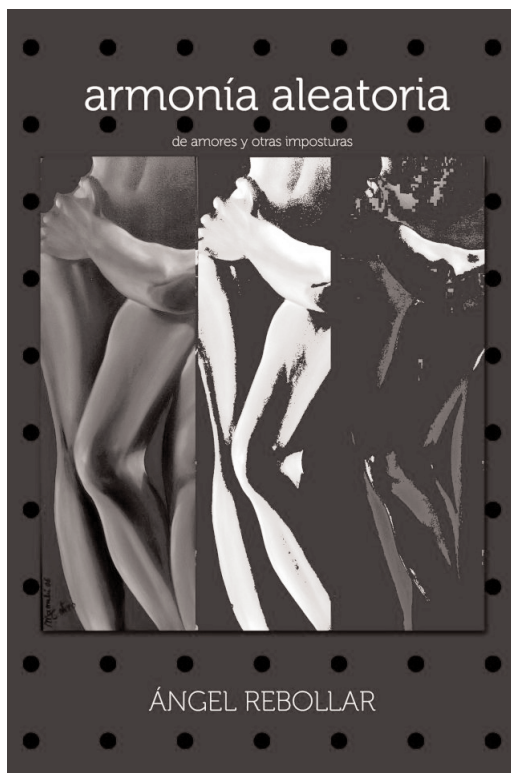
Que no se dé refugio
al pánico que se instala
entre los pliegues
del corazón y las tripas,
que se deje florecer
la disparidad de armonías.

Que se escondan los dolores
y las desalentadas quejas,
en la caverna de los
sinsabores perdidos.
Que se tiren al viento
los gritos insurrectos
de los impenitentes,
con la deseada y requerida respuesta,
del ensordecido flagelo.

Que se consuman los campos de espino,
siendo la oscuridad la única
dominadora de la noche.
Que de un reflejo,
surja la pretendida luz
y de nuevo, el halcón
vuele libre,
sin otro límite que sus fuerzas.
Que vuelvan las raíces
a sujetar la tierra,
con el espíritu guerrero
de hacerla suya.

REMEMBRANZAS

Vuelvo sobre los pasos perdidos,
a caminar por la línea invisible,
deshago, sin prisa,
los vericuetos olvidados,
respirando a cada paso
los aires de olores
y colores ya aprendidos
pero ocultos en la maleza
de los recuerdos.

**ARRANCANDO RAÍCES**

De nuevo, arrancaré raíces,
algunas, quedarán sujetas a tu recuerdo,
ancladas a los deseos estériles,
de las añoranzas, que no fueron.

Las que conmigo vengan,
serán la sombra, de mi voluntad,
la brújula, de mi confundido norte,
el juicio, de mi estéril terquedad.

Volveré a caminar, por los trémulos vericuetos,
de la verdad, que a mí me vale,
más inseguro que nunca, perdido,
con el futuro, o más bien sin él, por hacer.

Ahora, de nuevo conmigo,
el súbito abismo, podré evitar
y aunque el ánimo esté quebrado,
ya sin vértigo, mantengo la ilusión, despierta.

Así que los mexicanos le están quitando el trabajo a los americanos

¿Ah sí? ¿Llegan a caballo
con sus rifles y dicen

Eh gringo, dame tu trabajo?

¿Y tú, gringo, te quitas el anillo,
sueñas la cartera en una manta
tirada en el suelo, y te largas?

Oigo que los mexicanos te están quitando el trabajo
¿Será que llegan a escondidas de noche a la ciudad,
y mientras vas a casa con una puta,
te agarran, te ponen un cuchillo en la garganta
y te dicen: Quiero tu trabajo?

Hasta por televisión, un líder asmático
se arrastra como una tortuga apoyado en su asistente
y desde el nido de arrugas de su rostro
una lengua reptante bajo una lluvia de flashes
de reflectores de los cámaras y carraspea
“Nos están quitando nuestros trabajos”.

Bueno, he ido a buscarlos,
preguntando dónde diablos están esos asaltantes.
Los rifles que oigo atronar en la noche
son de granjeros blancos que disparan a negros y morenos
de costillas que brincan
y con hijos muertos de hambre,
los veo a los pobres partir en busca de trabajo,
veo a pequeños granjeros blancos vendiendo sus propiedades
a granjeros de traje limpio que viven en Nueva York,
que nunca han estado en una granja,
que no conocen el aspecto de una pezuña ni el olor
del cuerpo de una mujer agachada todo el día en el campo.

Esto veo, y oigo que unas pocas personas sólo
tienen todo el dinero del mundo, el resto
cuenta los centavos para comprar pan y mantequilla.

Bajo ese tibio mar verde del dinero,
millones y millones de personas luchan por vivir,
buscan perlas en la oscuridad más profunda
de sus sueños, contienen el aliento durante años
tratando de atravesar la pobreza para tener algo al menos.

A los niños los dan por muertos. Los estamos matando,
eso es lo que América debería decir;
en la televisión, en las calles, en las oficinas, decir,
“No damos a esos niños la oportunidad de vivir”.

Los mexicanos nos están quitando el trabajo, dicen en cambio.
Lo que en realidad están diciendo es, que se mueran,
y sus niños también

La poesía es un derecho humano: Jimmy Santiago Baca

Jimmy Santiago Baca (FEUU, 1952, www.jimmysantiagobaca.com), escritor. Poema "So
Mexicans are Taking Jobs from Americans", traducido por Marisol Sánchez Gómez.
En <http://bit.ly/1YRsUg>, original y traducción.

Lois Valsa

El Nuevo continente negro

Keith Lowe, CONTINENTE SALVAJE. Europa después de la segunda guerra mundial. Traducción de Irene Cifuentes. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2012, 539 páginas.

La historia de la posguerra no es por lo tanto una de reconstrucción y rehabilitación, es en primer lugar una historia de la caída en la anarquía... (Antes) Se pasaba de 1945 al Plan Marshall, los juicios de Núremberg y a la guerra fría (Keith Lowe)

Keith Lowe (Londres, 1970) es uno de los más importantes nuevos historiadores británicos cuyo tema principal es la Segunda Guerra Mundial en la que es un experto aunque también es conocido en su país por sus intervenciones en la radio y la televisión. Antes ya había sido reconocido por su libro *Inferno: the devastation of Hamburg, 1943*, obra sobre la destrucción de Hamburgo que podría considerarse como un embrión de la que nos ocupa al tratarse también de una investigación sobre otro hecho desolador de la Segunda Guerra Mundial, con mucho, para este historiador, la guerra más destructiva de toda la historia de la humanidad.

Lowe nos sitúa su propuesta investigadora en su contexto histórico-bibliográfico ya desde la misma introducción del libro: “*Hay una o dos historias, como Posguerra: una historia de Europa desde 1945 de Tony Judt, que contienen una visión más amplia del continente en su conjunto, aunque lo hacen a lo largo de un periodo de tiempo mayor; y de ese modo se ven obligados a resumir los sucesos de los años inmediatos de posguerra en sólo algunos capítulos. Que yo sepa no existe ningún libro en idioma alguno que describa con detalle todo el continente-este y oeste- durante esta época decisiva y turbulenta*”. Por ello, él lo reconoce, “*este libro es un intento insuficiente de rectificar esta situación*”. Por poner un único ejemplo de esto que dice el autor: no se habla de España en todo el libro.

En esta obra se intenta, pues, entre su introducción y su conclusión, describir el caos de 1944 a 1949, y lo que se destruyó, tanto física como moralmente, incluida la desaparición de la cultura judía, en ese periodo desde el momento de la guerra (El legado de la guerra, Parte I); a través de la venganza contra los alemanes y la “depuración salvaje” de los colaboracionistas en la que las colaboracionistas se llevaron la peor parte (Parte II); con una limpieza étnica peor en la posguerra que en la guerra (Parte III); y con la violencia política y la guerra civil con muchas guerras dentro de una guerra (Parte IV). O sea en el periodo que corresponde a los últimos espasmos de la Segunda Guerra Mundial que será, en muchos casos, un nexo perfecto con el comienzo de la guerra fría. Uno de sus propósitos al escribir el libro era desprenderse de la limitada visión occidental de la mayoría de los

textos sobre esa época (no era fácil obtener información sobre el este, incluso en la propia Europa oriental, y que con la desmembración de la Unión Soviética y satélites se ha vuelto más accesible). Muchos nuevos e innovadores trabajos sólo se pueden leer en la lengua de sus autores y su lenguaje es especializado y académico.

El autor trata con esta investigación de que ese horrible periodo cobre vida y llegue a todos los lectores en general. Ese periodo en que Europa era para el New York Times (marzo de 1945) “el nuevo continente negro” que da título a este texto. Su propósito final, tal vez para él el más importante, es abrir un sendero a través de los mitos, del laberinto creado a través de ellos, que se han difundido sobre ese periodo posterior a la guerra. O al menos eliminar sus falsedades: “Una de mis pesadillas particulares es la superabundancia de estadísticas imprecisas y sin fundamento que se difunden con regularidad en discursos referentes a ese periodo”. Lowe piensa que las estadísticas importan de verdad porque con frecuencia se emplean para fines políticos y los historiadores también las exageran a veces para hacer sus historias más espectaculares.

Frente a esto, y teniendo claro que este periodo necesita exageración, trata de basar todas sus estadísticas en fuentes oficiales o en estudios académicos responsables en ocho lenguas cuando han desaparecido las fuentes oficiales. Pero reconoce que su investigación se puede mejorar ya que no pretende ser una historia “exhaustiva” ni “definitiva” del periodo posterior a la guerra en Europa ya que el objeto de estudio es demasiado amplio para eso. Y su esperanza, al poner estos terribles acontecimientos al descubierto, es que se abra un debate sobre cómo le afectaron al continente durante esas penosas etapas de su renacer y otros historiadores se sientan estimulados para ahondar en el tema en ese periodo de Europa en que no había infraestructuras físicas, destruidas por la guerra, y en que el continente era un mundo sin instituciones

difícil de imaginar para las generaciones modernas. De esta forma, este libro, al desmontar numerosas historias oficiales, cambia radicalmente la visión que hasta hoy se tenía de aquella época y nos ayuda a entender la Europa de hoy heredera de aquellos conflictos.

Concluye que “*por consiguiente, la Segunda Guerra Mundial no fue sólo el clásico conflicto por el territorio: fue a la vez una guerra de razas, una guerra de ideologías, entrelazada con media docena de guerras civiles que se libraron por razones puramente locales*”. De hecho, la idea tradicional de que la guerra llegó a su fin con la rendición de los alemanes en mayo de 1945 es totalmente errónea; en realidad, su capitulación sólo puso fin a un aspecto de la lucha: los conflictos relacionados con la raza, la nacionalidad y la política continuaron durante semanas, meses y a veces años. El ambiente de ira y rencor que impregnaba toda Europa en ese periodo inmediatamente posterior a la guerra era propicio para la revolución, y de ahí la atracción hacia los comunistas como alternativa alentadora y radical frente a los anteriores políticos desprestigiados. Los comunistas, por su parte, vieron su gran oportunidad. Y también los nacionalistas con muchos grupos que aspiraban a crear naciones-estado étnicamente puras en el centro y en el este de Europa. Y Yugoslavia es el ejemplo más impresionante de esto porque fue el único país del este de Europa que no llevó a cabo un programa de expulsiones y deportaciones étnicas después de la guerra. Así se mantuvo con comunidades mixtas hasta la guerra civil de principios de los noventa en la que tuvieron lugar los horrores que en otros lugares habían tenido lugar en 1945. Hoy, visto por ejemplo lo sucedido en 2011 en Hungría, no queda más remedio que reconocer que el odio hacia los judíos sigue muy vivo. Lowe se plantea entonces la pregunta de si estaban en lo cierto, al crear estados étnicamente homogéneos, los nacionalistas en 1940. Las tensiones nacionalistas, basta ver Crimea como otro ejemplo,

se transmiten de generación en generación. El autor se contesta: “*Aparte de las implicaciones morales evidentes, el problema de esta idea es que resulta casi imposible lograr un estado étnicamente homogéneo y ni siquiera la expulsión ‘total’ de las minorías étnicas de una nación resultó ser una garantía contra esos problemas. Porque se nutren de historias y mitos nacionales y esas historias son un pegamento que une a esos grupos nacionales. Ni siquiera occidente es inmune a la creación de esos mitos: unos mitos entran en conflicto con otros y para unos es venganza lo que para otros es justicia. Cada grupo ensalza sus estadísticas y denigra las de sus rivales sin respeto por la realidad. De tal manera que incluso historiadores serios las aceptan y las propagan. Así los grupos de extrema derecha están adquiriendo, desde finales del siglo XX, más influencia en Europa que en ningún otro momento desde la Segunda Guerra Mundial y están intentando desplazar las responsabilidades de los fascistas y nazis hacia sus rivales de izquierda*”.

Frente a esa visión específica de la historia, señala Lowe, hay que ser tan prudentes como con los comunistas. Y con las conmemoraciones también ya que hay que tener mucho cuidado pues a veces no tienen nada que ver con la “historia” y sí mucho con la política. Al revés del aforismo de Santayana: es “porque” recordamos el pasado por lo que estamos condenados a repetirlo y eso precisamente es lo que señalan los odios nacionalistas de las dos últimas décadas. Por ello, Lowe considera el inmediato periodo de posguerra como uno de los más importantes de nuestra historia reciente. Debemos demostrar que las ideas contrapuestas de la historia pueden existir y no hay que permitir que la historia envenene el presente. Finalmente, como ejemplo de esperanza, señala las relaciones entre Polonia y Alemania que situaron su pasado en su contexto debido. De acuerdo con esto, termina su investigación de este periodo histórico de una manera optimista: “*Europa ha hecho las cosas bien para*

refrenar lo que venía del pasado. La Unión Europea ha sido el antídoto contra los nacionalismos. Aunque la integración no es un proceso perfecto, mejora la situación”. Este final creo que también necesita de un buen debate visto el estado actual de incapacidad de la Unión Europea.

Suscripción Trasversales 2013

El periodo de suscripción 2013 incluye tres números de la revista, a aparecer aproximadamente en junio 2013, octubre 2013 y febrero 2014.

Su importe es 20 euros. Las suscripciones con *domiciliación bancaria* da derecho a recibir en el primero año de suscripción alguno de los siguientes libros (mientras queden ejemplares): **IMAGINACIÓN DEMOCRÁTICA Y GLOBALIZACIÓN** (La Catarata, 2001), **VIDA COTIDIANA. Psiquismo, sociedad y política** (Tórculo ed., 2001), **ENTRE DOS SIGLOS 1989-2005** (Sepha, 2006), **LA DERECHA FURIOSA** (Sepha, 2005). **LA IGLESIA FURIOSA** (Sepha, 2008), **EL CAPITALISMO ROTO** (La linterna sorda, 2009) o **COMUNISTAS CONTRA STALIN** (Sepha, 2008).

La modalidad de suscripción de apoyo, por importe de 33 euros, da derecho a dos ejemplares de cada número, a la misma persona o entidad destinataria o a dos destinos diferentes, por lo que puede funcionar como suscripción regalo.

Puedes descargar el boletín de suscripción en www.trasversales.es/suscri.pdf, www.trasversales.es/suscri.rtf o solicitar su envío por correo electrónico a trasversales@trasversales.net, haciéndonoslo llegar relleno por correo electrónico o escribiendo a Trasversales, ap. 6088, 28080 Madrid. En todo caso, si nos escribes previamente ampliaremos la información y buscaremos la fórmula más adecuada a tus preferencias. Hemos dejado de incluir el boletín en la propia revista para que no se anecesaria cortar una de sus páginas.

¿Cómo se financia Trasversales?

Trasversales tiene dos fuentes de ingresos: las suscripciones y las aportaciones voluntarias de sus editores. Esporádicamente hemos tenido pequeños ingresos por algunos libros cuyos autores o autoras han cedido a la revista parte o todos sus derechos. No tenemos ingresos por publicidad ni subvenciones. Tampoco nos “patrocina” ningún tipo de entidad ni somos órgano de expresión de una corriente política determinada, lo que asegura la pluralidad editorial.

¿En qué se gastan los ingresos antes citados?

Casi el 100% de ellos se dedican a cubrir los gastos de imprenta, el coste de los envíos postales y, una muy pequeña parte, el almacenamiento de la web. Ocasionalmente hay algún gasto por material adicional necesario para hacer la revista. La revista se basa 100% en actividad voluntaria no retribuida.

¿Sólo se puede tener acceso al contenido de la revista vía suscripción?

No, dado que la publicación no tiene objetivos lucrativos, todos los materiales se publican unas dos semanas más tarde en la web, en la que además se publican otros muchos materiales de actualidad. Además, si podemos intentamos enviársela a aquellos colectivos y activistas sociales que nos comuniquen que desean recibirla pero que en las actuales circunstancias no creen oportuno suscribirse. En ocasiones también pueden encontrarse en algunas librerías. También podemos enviarla en PDF.

imágenes de un cuatrimestre

Obra gráfica generosamente cedida para su reproducción en esta página por:
Juan Ramón Mora (<http://www.jrmora.com>)



**Que se estremezcan
los muros tallados,
sobre el duro material
de la desolada codicia.
Que no se ponga limite
a la línea del horizonte**

Ángel Rebollar (c)
de "Deseos" en *Armonia aleatoria*
YSE Unbook 2012



Delawer Omar (c)
Unveiling courage 2013
<https://facebook.es/Delawert.Art>